



F. 91
203

MELODÍAS DEL ALMA

POESÍAS

por

M.^a de los Dolores Gorrindo



VALENCIA

JMP. DE LA VIUDA DE AMARGÓS

1893





40000433489

Bibl. General i Històrica



Registrada al fol. 219 del libro de avio y en el
catenario provisional con el n.º 413. al fol. 231.

Valencia 19 de Noviembre de 1893

El Jefe del Registro
Vicente Clivierella $\frac{E}{1203}$ (97)



MELODÍAS DEL ALMA

POESIAS

M.ª de los Dolores Guzmán





MELODÍAS DEL ALMA

POESÍAS

DE

M.^a de los Dolores Gorrindo



VALENCIA

JMP. DE LA VIUDA DE AMARGÓS, ENCARNACION, 16

1893



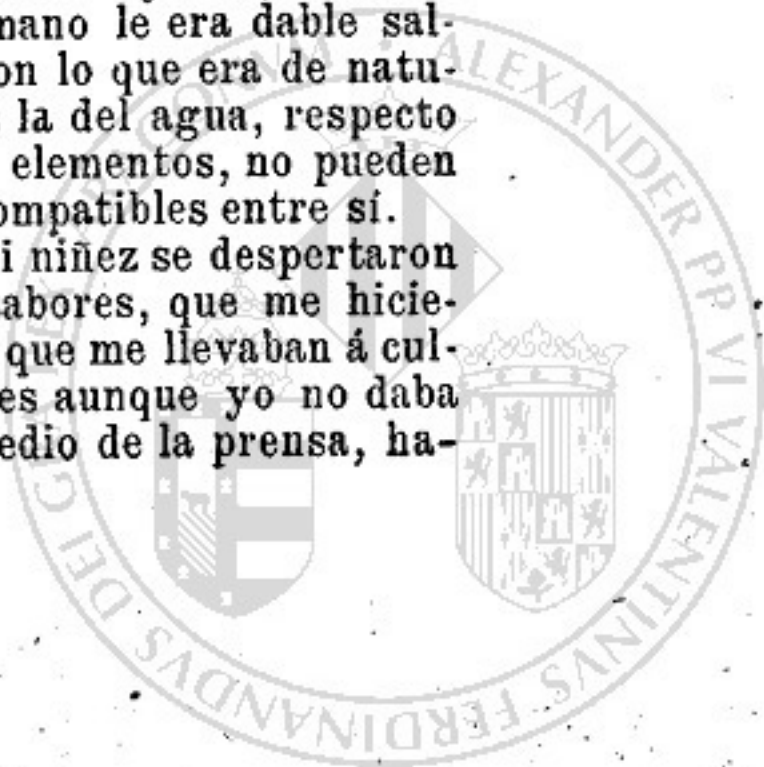
A. 85.112



Prefacio

Apenas doce años contaba yo, cuando compuse los primeros versos que brotaron de mi pluma, y que me hicieron conocer, á pesar de mi tierna edad, que Dios me llamaba por el ameno aunque un tanto espinoso campo de la poesía; y este primer ensayo literario, me animó á pulsar la lira diferentes veces, con composiciones poéticas, que aunque de bien escaso mérito en verdad, mostraban que, si yo no era poeta por la riqueza y facundia del númen conque al cielo plugo dotarme, lo era por sentimientos é inclinaciones, los cuales me llevaban con irresistible impulso á la elevada esfera de la poesía, pues ellos me hacían conocer, que mi alma había sido hecha por su Creador, para vivir en aquélla; pues el amor apasionado que sentía por la belleza, la alejaban de todo lo que fuese vulgar y prosáico, poniendo entre esto y ella, un abismo insondable que á ningún poder humano le era dable salvar, haciendo á mi alma identificarse con lo que era de naturaleza tan diferente á la suya, como es la del agua, respecto de la del fuego, por lo que estos dos elementos, no pueden vivir jamás unidos, puesto que son incompatibles entre sí.

Las aficiones poéticas, que desde mi niñez se despertaron en mí, bien pronto me acarrearón sinsabores, que me hicieron contener los vehementes impulsos que me llevaban á cultivar el amable trato de las musas; pues aunque yo no daba publicidad á mis composiciones, por medio de la prensa, ha-



biendo leído algunas, á personas que con su amistad distinguían á mi familia, noté con dolor, que algunas de ellas, hicieron de mi afición á la poesía, objeto de sus sátiras, mostrando en varias ocasiones, que aquello que á mí me parecía tan bello y seductor, que con su encanto arrebatava mi espíritu á mundos ideales, haciéndome pasar tan deliciosas horas como nunca he pasado en medio del bullicio del mundo, era para algunos, motivo de irrisión, como si con ello quisieran dar á conocer, que la noble afición que hacía la poesía yo había llegado á sentir, fuese solo digna de ludibrio y de mofa.

Confieso, que semejante actitud en las personas que he mencionado, y en otras que por referencia sabían que yo rendía culto á las musas, no dejó de impresionarme dolorosamente; pues veía que lo que yo miraba como objeto de amor y de veneración apasionados, lo era para otros, tan solo de sátiras y de irrisión. Si yo hubiese tenido más edad, y por lo tanto más experiencia, hubiera mirado semejante actitud, con la despreocupación, ó mejor dicho, el desdén que se merecía, y despreciando los tiros que me lanzaba la opinión de personas vulgares por sentimientos é ideas, hubiera continuado por la senda que me señalaba mi vocación, y por donde me guiaban la elevación de mi espíritu y delicadeza de mis gustos; pero yo era todavía una niña en la verdadera acepción de la palabra, puesto que apenas contaría tres lustros de edad, y en tan tierna juventud, no es posible tener la madurez de juicio, ni la rectitud de criterio necesarios, para juzgar y apreciar las personas y las cosas, en su verdadero valer, y seguir el consejo de la propia razón, sin atenerse á la opinión de otros, que suele ser errónea, cuando se trata de juzgar á los demás, y que muchas veces, solo es hija de una envidia ruin ó de una soberbia desmedida, que hace mirar con desprecio, aún aquello que se tendría á gala poseer.

En consecuencia de lo que acabo de referir, yo cometí el error de preocuparme más de lo que debiera, é hice propósito por ello, de no volver á tomar la pluma, para dar curso á las concepciones de mi imaginación, y estuve largo tiempo siendo fiel á mi propósito, creyendo que obraba bien, por más que semejante proceder, contrariaba mis inclinaciones, que tan fuertemente me impulsaban á marchar por el florido campo de la poesía; pero llegó un tiempo, en que por contrariedades de la vida, yo sentía el corazón entristecido y el

alma abatida, por un amargo desaliento, y deseaba espaciar el ánimo, en algo que me hiciera desechar las melancólicas ideas que surgían de mi cerebro, dulcificando la profunda tristeza que dominaba mi espíritu; entonces, cruzó por mi mente el pensamiento de dar libre impulso á mi imaginación, por medio del lenguaje métrico; y sin acordarme del propósito que anteriormente había formado, de no cultivar más el trato de las musas, realicé la idea que como por inspiración del cielo me asaltó entonces, y una nueva composición poética, brotó de mi mal templada lira; fácil y espontánea, aunque exenta de galas retóricas; tierna y rica de sentimiento, aunque escasa de inspiración. A este nuevo ensayo en el campo de la poesía, sucedieron otros, que en poco tiempo hice, animada por el buen resultado del primero, en esta segunda etapa de mi vida literaria; pues aunque mi númen poético no era de los más privilegiados, ví con noble satisfacción, que había logrado con bien poco trabajo, lo que me propuse al escribir la composición que acabo de mencionar y que era el consuelo tan necesario para mi dolorido espíritu. Alentada por tan lisonjero éxito en mis anhelos, no hubo ya dique que detuviera el curso de mi fantasía, contenida durante un largo periodo de tiempo, en los límites de la timidez, que me hizo adquirir la injusticia social; pues al recordar yo las mordaces sátiras y punzantes epigramas con que fui acogida, cuando en mi adolescencia, llena mi alma de cándidas ilusiones, se entregaba en dulce abandono á los halagos de mi poética afición, me dije á mí misma, que era una punible necedad en mí, el dejar de seguir los impulsos naturales, que dulcemente me arrastraban á componer versos, únicamente por el temor que me inspiraba la creencia de excitar la mordacidad de gentes estúpidas ó ignorantes; pues el sano juicio, consiste en sobreponerse á la crítica injusta, despreciando los tiros de la ignorancia ó de la malignidad.

Cediendo á las prudentes reflexiones que mi razón me sugería, volví á pulsar la lira, que había tenido abandonada por largo tiempo, y confieso ingénuamente, que nunca tuve motivo para arrepentirme de haber adoptado esta nueva resolución; pues cuando yo, sintiéndome inspirada por alguna idea que hablaba con vehemencia á mi espíritu, daba curso á mi fantasía, expresando por medio del lenguaje métrico, mis impresiones y pensamientos, sentía mi alma elevarse á las

más altas regiones del sentimiento, alejándose de las miserias humanas; y entre las cultas musas, llegué á olvidar no pocas decepciones y contrariedades, y hallé el medio de dulcificar los tedios y amarguras, que desde bien joven, empecé á gustar en la vida; pero debo hacer notar á mis lectores, que aunque yo volví á coger la pluma y á escribir versos, jamás mis composiciones, vieron la luz pública, excepto dos de ellas, que, firmadas con un pseudónimo, salieron impresas en una revista literaria, que entonces se publicaba en la localidad donde yo residía, pues el director del periódico, habiendo oído decir, que yo rendía culto ante los altares de Apolo, me invitó galantemente y con instancia, á insertar en aquél, algunas de mis poesías, y yo, por atención á la que él había usado conmigo, condescendí al deseo manifestado por dicho sujeto; aunque al acceder á ello, puse por única condición, el que mi nombre quedase oculto bajo el pseudónimo de que acabo de hablar.

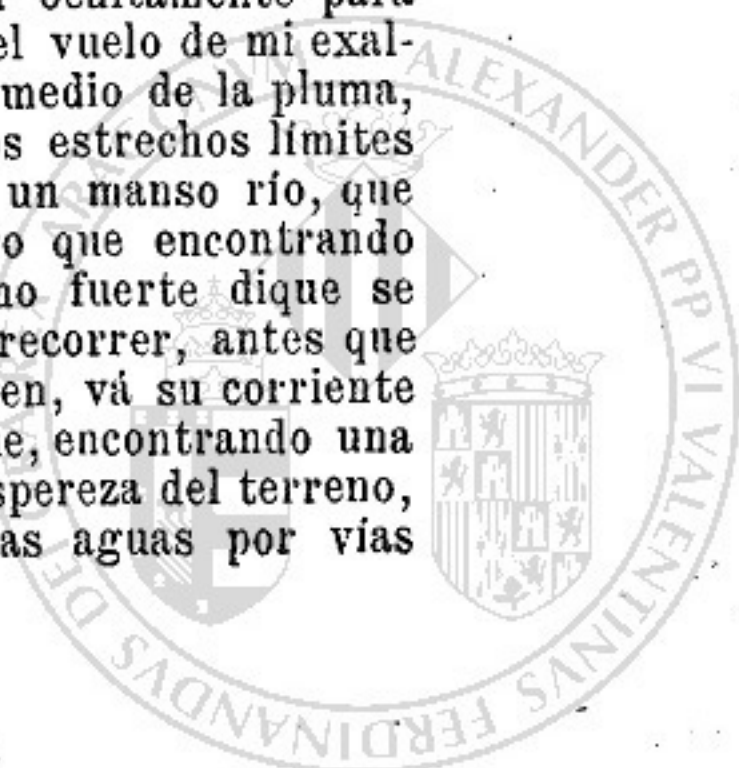
Acaso al lector le parezca extraño este empeño que yo tenía, en ocultar mi nombre, al dar á conocer por medio de la prensa periódica, las ya mencionadas composiciones; pues recordarán, he dicho, que yo conocía ser una obcecación la que antes había padecido, al dejar enmudecer mi lira por el vano temor que me inspirara la opinión de las gentes vulgares; pero debo decir, que si ya, afortunadamente no me preocupaba por la opinión del vulgo, en el sentido que antes indiqué, veía levantarse ante mí, un nuevo y terrible obstáculo, que me impedía seguir abiertamente por la senda de la poesía, teniendo que ocultar, digámoslo así, los pasos que en ella daba, y marchar furtivamente por el camino, que con tanta gloria han recorrido Safo y Corina en la antigua Grecia, y en nuestra España, Gertrudis Gómez de Avellaneda, Carolina Coronado, Rosalía Castro y otras, cuyos nombres omito, y las cuales han dado y dan honra al Parnaso español, con las bellísimas creaciones de su privilegiado ingenio.

Este nuevo obstáculo que veía alzarse ante mi paso, era el que ponían las ideas que en este particular profesaba la mayoría de mi numerosa familia, en la cual dominaba, por desgracia mía, la fatal preocupación que por largos años ha prevalecido en nuestro país, y que aunque ya afortunadamente se vá disipando al contacto de las civilizadoras ideas modernas, aun subsiste en el ánimo de no pocas personas acerca de la educación que debe darse á la mujer, á la cual,

según ellas creen, no debe ocuparse en nada que sirva para su ilustración y cultura intelectual, considerándola, no como un sér inteligente y racional, capaz de sentir y comprender lo grande y lo bello, sino como una máquina viviente, que solo es útil para el trabajo material.

En consecuencia de estas ideas, que profesaban no pocos individuos de mi familia, yo me veía precisada á contener, hasta cierto punto, los impulsos nacidos de mi vehemente inclinación á la poesía, y aunque no dejaba enteramente de cultivar tan bello ramo, lo hacia recatándome de ello, lo mismo que si cometiese un acto por demás punible y vergonzoso; pues sabía positivamente, que si yo hubiese obrado sin rebozo al tratarse de este asunto, me hubiera visto incesantemente expuesta á la más acerba censura, por parte de personas con quienes me ligaban vínculos de sangre y de afección, y me aterraba al pensar cuántas amargas burlas y duros reproches hubiera tenido que sufrir si algunas de aquéllas hubiesen sabido que yo dedicaba una pequeña parte de mi tiempo á trabajos literarios; porque según sus ideas, no hubiera yo podido hacer nada que más ridículo y odioso fuese en una persona de mi sexo; como si la mujer, que lo mismo que el hombre, es un ser hecho á imagen y semejanza de Dios, y que como aquél, se halla dotada de conocimiento, sentimiento y voluntad, no tuviese asimismo, el inapreciable don de sentir y comprender la belleza, y teniéndole, no pudiese expresarla por medio del lenguaje, así como las avecillas cantoras, expresan sus sentimientos con sus dulcísimos trinos y melodioso canto.

En semejantes circunstancias, hallándome coartada en mi libertad de exponer y presentar mis ideas, revestidas con el ropage de la poesía, me limité á escribir ocultamente para mí sola, pues no podía contener á veces el vuelo de mi exaltada imaginación, y necesitaba dar por medio de la pluma, libre curso á mi fantasía, contenida en los estrechos límites que el destino me ponía, á manera de un manso río, que corre sosegadamente sobre su cauce, pero que encontrando en su carrera una prominencia que, como fuerte dique se interpone entre él y el camino que debe recorrer, antes que volver al manantial, donde tuvo su origen, vá su corriente haciendo mil circunvalaciones, hasta que, encontrando una espaciosa y prolongada gruta, entre la aspereza del terreno, penetra en ella y desliza sus tranquilas aguas por vías



subterráneas, buscando el mar, en cuyo seno termina su curso. Por tanto, cuando yo escribía algún trozo de poesía, le ocultaba sigilosamente, y guardaba el manuscrito, que no leía á casi nadie, pues solo á mi madre y mis hermanas, les hice conocer alguna que otra vez, mis composiciones poéticas, siendo muy contadas las demás personas que me han oído recitar alguna de ellas, y el resto de mi familia, ignoraba mis aficiones literarias, puesto que yo ponía, como he dicho antes, especial cuidado en ocultarles que aspiraba por mis ideas á merecer algún día el glorioso y nobilísimo título de poeta; es decir, que tenía que ocultar como una bajeza indigna, la elevación de mi espíritu, que me impulsaba á amar apasionadamente la belleza, teniendo que callar, como si fuese motivo de vergüenza, aquello que debiera serlo de honra. ¡Cuántos males han acarreado siempre la ignorancia en los unos, y el extravío de las ideas ó la influencia de antiguas y erróneas preocupaciones en los otros!....

Al mudar yo de estado, sometiéndome á la coyunda del matrimonio, tuve la desgracia de vivir en una localidad reducida, cuyos habitantes, en general, vivían por sus ideas, en una esfera de positivismo, que les hacía mirar con desdén todo aquello que no fuese *eso* que el mundo ha dado en llamar *lo positivo*, y por tanto, ni la localidad en que me hallaba, ni el tiempo que en ella pasé, podían ofrecer amplio campo á las poéticas ideas que germinaron en mi mente; y cuando mi adverso destino me hizo salir de allí, bajo los golpes de una espantosa desgracia, cuyo recuerdo nubla mi frente y llena de luto mi alma, una serie de terribles desventuras y de crueles pesares, que fueron consecuencia de aquel horroso desastre, los que no por no haber sido conocidos del público, han dejado de ser tan amargos, que han acibarado mi existencia durante mucho tiempo, abrumada por el dolor, no tenía mi espíritu libre para pensar en otra cosa, que no fuese la pena que continuamente la embargaba; pero cuando pasado ya bastante tiempo sucedió á la intensidad de mi amargo pesar, esa profunda tristeza que en el alma dejan los grandes dolores, sentí como una necesidad en mi alma, de espaciarla pulsando la lira, como en tiempos pasados había hecho; y entonces, en sentidas estrofas, expresaba los sentimientos que agitaban mi corazón, los cuales, siempre melancólicos, se reflejaban en mis composiciones, en las que cualquier observador, podrá notar fácilmente un fondo de melancolía que imprime en ellas

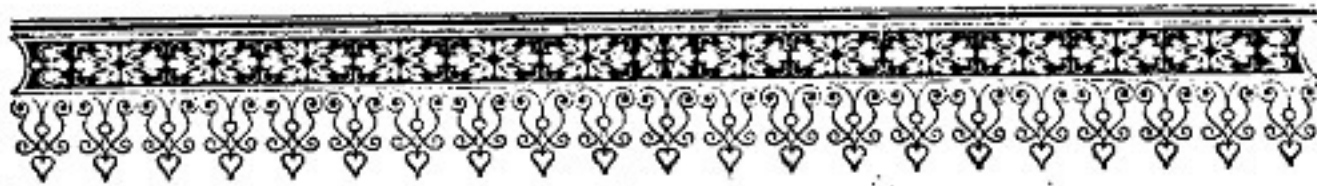
un sello distintivo, y que por ser tan natural y espontánea como los sentimientos que las dictan, les dá un matiz de ternura, que á falta de otros méritos, de que indudablemente carecen, creo que han de hallar simpática acogida entre las personas cuyos pechos den cabida á las tiernas emociones, y cuyas almas se distinguan por la dulzura de sus sentimientos; y si logro interesarlas con la lectura de mis versos, veré coronados mis más fervientes votos, puesto que el más lisonjero triunfo para los corazones sensibles, es el de hacer palpar dulcemente á otros semejantes á ellos.

Nunca, hasta ahora, he dado publicidad á mis poesías, pues aunque he vivido durante largo tiempo en poblaciones donde no me hubiera sido muy difícil poderlo hacer, especialmente en Madrid, centro de la cultura y la ilustración españolas, yo nunca me he ocupado seriamente de ello, hasta ahora, en que al fin, me he determinado á coleccionar é imprimir un corto número de mis composiciones poéticas; y al ofrecerlas á la augusta dama á quien tengo la alta honra de dedicarlas, no espero, ni creo poder deslumbrarla con galas retóricas ni hermosos pensamientos. propios de los poetas de privilegiada fantasía; y solo aspiro á hablar á su espíritu, no con el poder irresistible del genio de que tan distante me hallo, pero sí con la muda elocuencia del sentimiento, que es la sola que mueve los corazones sensibles; y así como la violeta, aunque no puede jamás competir en hermosura con la preciosa camelia. tiene para algunos un singular atractivo, por el delicado perfume que su corola exhala, mis poesías tal vez agraden, por el sentimiento que de ellas brota, y que teniendo por vaso el corazón, es el perfume del alma.

Maria de los Dolores Gorrindo





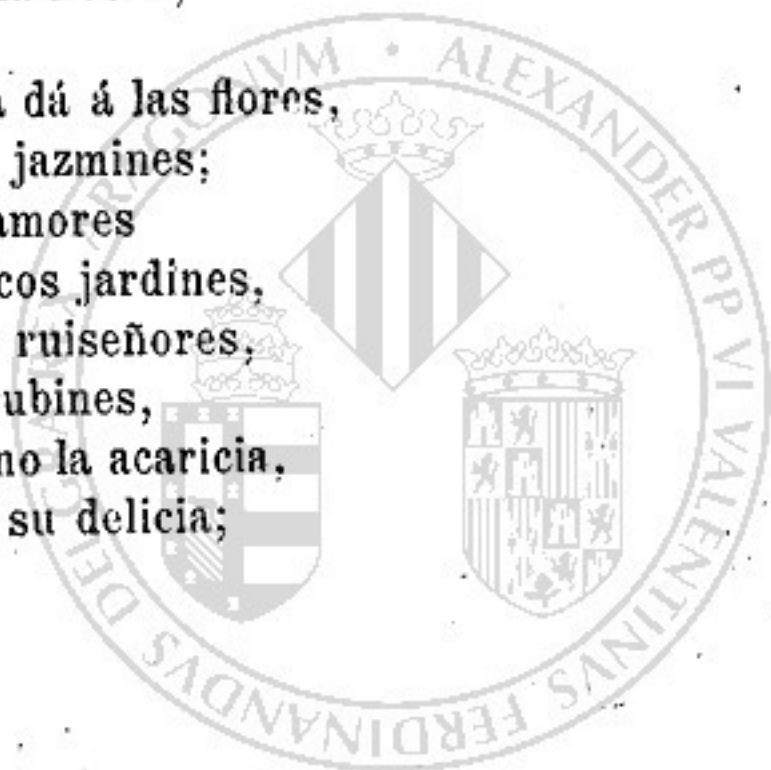


A S. M. LA REINA REGENTE DE ESPAÑA

Doña María Cristina de Austria

GL nombre yo invocando de la MUJER que impera
En todo el orbe, siendo del cielo soberana.
De Cristo Dios y Hombre la madre verdadera
Y joya con que el cielo ufano se engalana;
De aquélla, que sonrisas le dá á la Primavera,
Y con sus claros ojos, la luz á la mañana, ..
A quien coronan soles, y lleva como broche,
Prendido en su cintillo, al astro de la noche;

De aquélla, cuyo aliento, frescura dá á las flores,
Y á cuya huella brotan gardenias y jazmines;
Blanquísima paloma, rendida á los amores
De un Dios; y que anidando en célicos jardines,
En cuyas frondas cantan, en vez de ruiseñores,
Calándrias y gilgueros, alados querubines,
En manos del Dios mismo, que tierno la acaricia,
Purísima agua bebe de amor que es su delicia;



A ti mi voz dirijo, egregia augusta dama,
Que riges desde el s6lio, al noble pueblo hispano;
A quien el pueblo, un6nime, su reina y madre llama,
Y 6 quien Dios ha hecho madre del tierno Soberano
De la naci6n ibera, que le bendice y ama
Y cuyo r6gio cetro, que de 6l la d6bil mano
A6n empu6nar, no puede 6 t6 te le conf6a,
Cual ni6o que de un 6ngel 6 la tutela f6a.

Magn6nima princesa, cuya dorada cuna
En imperial familia, fu6 con amor mecida,
Quien por el himeneo, unido 6 la fortuna
Al suelo castellano, fu6 para bien tra6da:
A t6 en quien el talento, con la virtud se aduna,
Por todos respetada, por todos bien querida,
Al son de tosca lira, mi triste voz levanto;
¡Escucha los acentos de mi insonoro canto!

No pienses, noble reina, que si hoy vengo 6 cantarte,
Es s6lo por dar culto 6 tu real grandeza;
Porque de la lisonja, yo nunca aprend6 el arte,
Indigno de las almas 6 quienes di6 nobleza
El que es Rey de los mundos; y as6 no s6 aduarte;
No creas que con su fausto, me ofusque la realeza;
¡Tan solo de virtudes, la aureola que en t6 brilla,
Doblar me hace la frente al par que la rodilla!

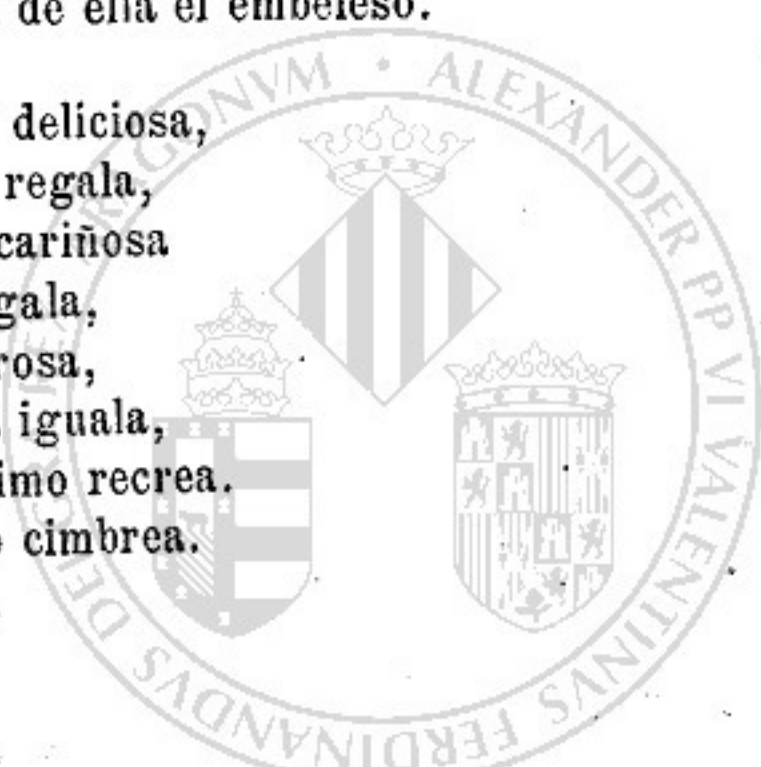
Que no tu excelso rango, tus timbres ni blasones,
Y si de tus bondades, la flor de suave aroma,
Los fieles, pero altivos hispanos corazones,
Con su inefable encanto, atrae, subyuga y doma;
Pues si eres como el 6guila, que 6 alt6simas regiones,
Se eleva, tambi6n tienes ternezas de paloma;
Y sabes, que este pueblo do impera la hidalgu6a,
Se rinde 6 la dulzura, mas no 6 la tiran6a.

Por eso yo, pulsando la lira, me presento
A tí, para decirte, que á la infeliz cantora
Que eleva hasta tu sólio su lastimero acento,
Benévola tú escuches, altísima señora;
Pues si su canto es áspero, le endulza el sentimiento;
En él su alma, parece, que en vez de cantar llora;
Y si al pulsar el arpa su espíritu medita,
A un tiempo entre las cuerdas, su corazón palpita.

También, que oigas pretendo, los cánticos sentidos
Que en tiempos ya pasados, creó mi fantasía,
Y en mal metrados versos, aquí traigo reunidos,
Los cuales me ha inspirado mi amor á la poesía;
Y que si en sí no guardan conceptos escogidos
Ni galas de lenguaje ni métrica armonía,
Encierran un tesoro, tan rico de ternura,
Que bien compensar puede su falta de hermosura.

Y aunque admirar no puedas retóricos primores,
Porque mi estilo, nunca por su elegancia brilla,
Habrá *algo* que te agrade, como cuando de flores
Del campo, un ramo forma la joven pastorcilla,
Y luego, en verde soto, de dulces ruseñores,
Un nido coge, y todo con voluntad sencilla,
Después lleva á su madre que en premio le dá un beso,
Por dones que, aunque humildes, son de ella el embeleso.

Y si mi voz, cual música sonora y deliciosa,
Tu oído con sus dulces cadencias no regala,
Quizás, *por lo que expresa*, penetre cariñosa
En tí, cual en el alma de cándida zagala,
De su zagal rendido, la cántiga amorosa,
A cuyas vibraciones, para ella nunca iguala,
Ni el canto de la alondra, que su ánimo recrea.
Oculta entre los trigos, que el céfiro cimbreá.

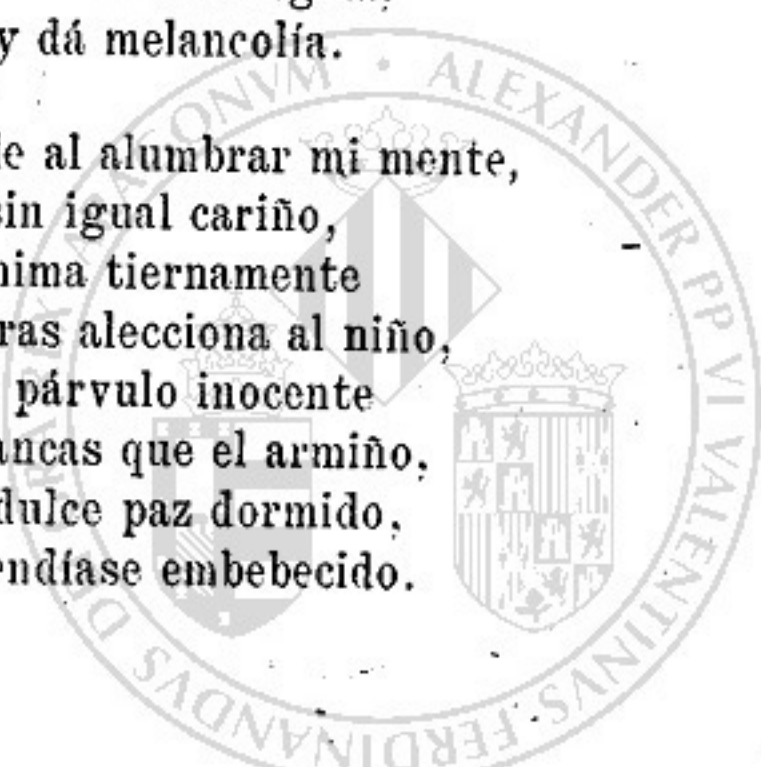


Después que haya cesado el febril canto mío,
No quedará en tu oído un eco cadencioso
Cual el murmullo grato del ondulante río.
Y blando cual susurro del céfiro mimoso
Que juega con las hojas en noche del estío,
Sino cual el de arrullo tiernísimo y lloroso,
De enamorada tórtola, cuando en umbrosa selva
Llama al ausente esposo, que tal vez ¡ay! no vuelva.

Y no vibrará el eco tan límpido y sonoro,
Cual un collar de perlas cayendo desgranado
Al fondo de un joyero de filigrana de oro;
Ni cual el son de cítara meloso y regalado,
O cual de pajarillos el armonioso coro,
Con que al brillar el alba, al que los ha creado
Saludan; sino triste cual lluvias otoñales,
De las que vida toman los árboles frutales.

• Mis versos inarmónicos, también tienen su encanto
Porque si bien, de galas no ofrecen tal riqueza,
Cual de preciosas flores Abril luce en su manto,
En cambio ellos rebosan dulcísima tristeza,
La que á llorar incita, pero refresca el llanto
El alma; y en las lágrimas haber puede belleza,
Así cual si es hermoso, el sol dando alegría,
También bella es la luna, y dá melancolía.

Mi musa, siempre amable al alumbrar mi mente,
Mi espíritu halagaba con sin igual cariño,
Así cual una madre, que mima tiernamente
Caricias prodigando mientras alecciona al niño,
Y cual del ángel bueno, el párvulo inocente
Al roce de las alas más blancas que el armiño,
Poquito á poco, queda en dulce paz dormido,
Mi espíritu, á su halago rendíase embebecido.

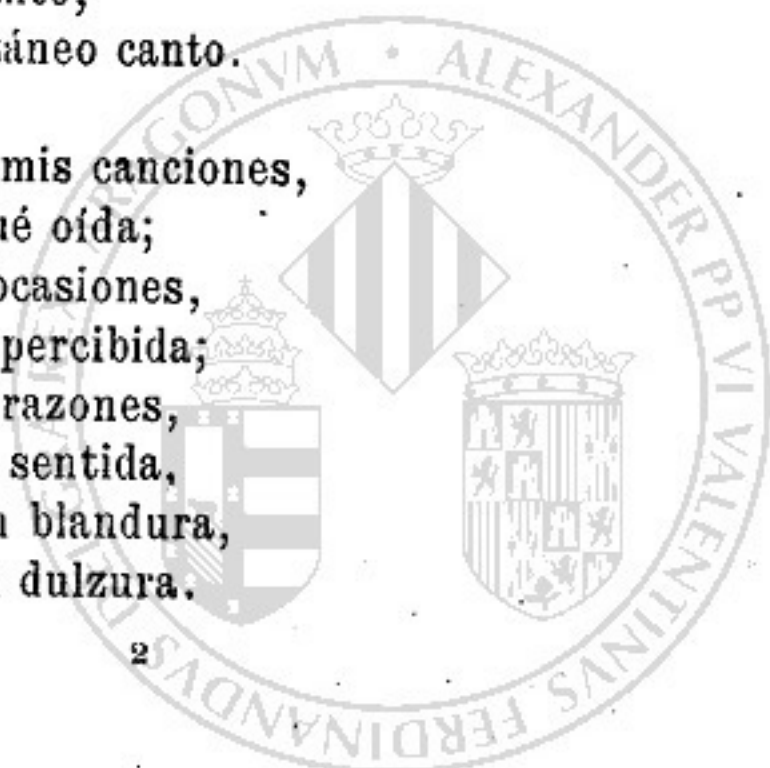


Y no eran de natura las fuerzas colosales,
Las fuentes abundosas donde ávida bebía
De luz inspiradora, purísimos raudales;
Pues solo en lo apacible, mi ardiente fantasía
Absorta se inspiraba, y á mundos ideales
De dulces sentimientos, mi espíritu ascendía,
Y en lo sencillo y tierno, volvía á encontrar la calma
Que un mar de desventuras arrebató á mi alma.

Los cuadros más poéticos y más arrobadores
Que ofrece la natura, pintáronse en mi mente
Si no en dibujos exactos, con vívidos colores
Cual sol que se refleja en límpida corriente
De un río, cuyos movibles cristales, los fulgores
Refractan, pero copian el disco refulgente
Del astro, del que guardan lumínico trasunto,
Si no exacto en detalles, cabal en el conjunto.

Los cielos tachonados de fúlgidas estrellas,
Y de verdor cubiertas las selvas y colinas;
Los prados que tapiza Abril de flores bellas;
Las sonoras fuentes de linfas cristalinas;
Los pájaros, trinando, de amor en las querellas,
Las tórtolas del campo, gimiendo en las encinas,
Tenían para mi alma tan delicioso encanto,
Que hacían vibrar mi acento en espontáneo canto.

Y nunca en el gran mundo, sonaron mis canciones,
Así cual por el pueblo, mi voz jamás fué oída;
Pero también es cierto, que en varias ocasiones,
De algunos, aunque pocos, llegó á ser percibida;
Y siempre en los sinceros y amantes corazones,
Halló un eco simpático mi voz grave y sentida,
Cual arpa bien templada que herida con blandura,
Responde aún al profano, vibrando con dulzura.



Por eso espero ¡oh reina magnánima y piadosa!
Que tú, que eres de España la augusta Soberana,
Y tienes alma recta, sensible y generosa,
La que es del alma mía, en la ternura hermana,
De aquestas MELODÍAS, conserves cariñosa
Memoria, dulce y grata cual el panal que ufana
La abeja, en su colmena, fabrica con las mieles,
Que obtiene de los jugos de azahares y claveles.

El libro de mis cantos, acepta gran señora
Propicia; y tus miradas benévolas inclina
A quien desde la infancia, Dios quiso hacer cantora;
Así cual otra reina, que el nombre de CRISTINA
También cual tú llevaba, su mano protectora
Benéfica inclinaba á *nuestra* Carolina,
Estrella que el Parnaso inunda de luz pura,
Y perla, cuyo brillo, dá gloria á Extremadura (1).

Y cual la golondrina de pico y piés de grana,
De niveo peto, y alas cuya negrura diera
Envidia al azabache, desde su nido, ufana
Escucha de su amante la charla placentera,
Así cual en su hamaca, la criolla americana,
De tez alabastrina y negra cabellera,
Del plátano á la sombra, escucha dormitando,
La voz de etiope esclava, que allí le está cantando;

Escucha mis cantares, y tu bondad sea el nido
Donde halle dulce asilo y bienhechor reposo,
Del hado en las borrascas, mi corazón herido;
Cual tierno pajarillo, que huyendo temeroso

(1) Aludimos á la inspirada poetisa extremeña, Carolina Coronado, de quien fué decidida y bondadosa protectora, la difunta reina doña Maria Cristina de Borbón.

Del ábrego, á su madre se ampara, y escondido
Bajo las alas de ella, refugio halla amoroso;
Y si estas *hojas* riegas con perlas de tu llanto,
Cual el rocío á las flores, tú les darás encanto.







EL PUDOR

POR reina de las flores,
Aclamó Dios la rosa; de belleza,
La hizo emblema; y colores
Vió que no había mejores
Para ella, que el color de la pureza.

La nitida blancura
De la nieve, la dió, y preciosa esencia;
Y su corola pura,
Besaron con ternura
Como á símbolo fiel de la inocencia;

Los seres celestiales;
Y al posar en las blancas tersas hojas
Sus labios de corales,
Las hojas virginales
Cubriéronse á la vez de tintas rojas.

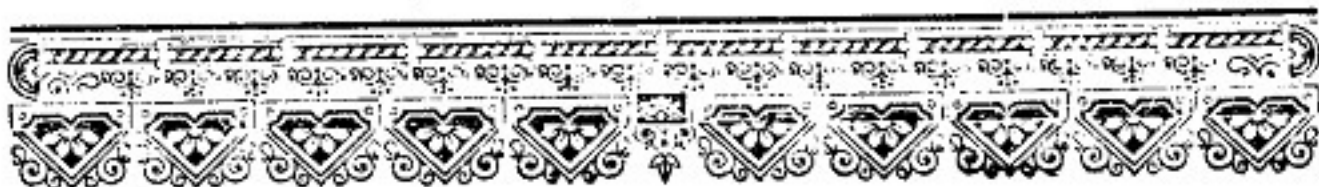
Desde entonces, la rosa,
El carmín en sus pétalos fragantes
Luce fresca y donosa;
Y tanto es más hermosa
Cuanto luce colores más brillantes.



Y el Todopoderoso,
Ordenó entonces, que el pudor vistiera
Su carmín delicioso,
Y ornato el más precioso,
De la mujer ya siempre el pudor fuera.

14 de Abril de 1883.





LA MÚSICA ⁽¹⁾

CUANTO la música encierra
De tesoros peregrinos,
Cuántos acentos divinos
Sabe á veces expresar;
Qué de gratas emociones
Profundas ó pasajeras
Ya dulces ó placenteras
Nos hace experimentar!

La música, cual un hada
Va con su mano invisible,
Del alma dulce y sensible
Las tiernas fibras á herir;
Y con sus notas expresa
Todo cuanto sentimiento
Puede el veloz pensamiento
Alcanzar ó concebir.

Ella con sus varios sonos,
Nos impresiona y halaga;
Entrega la suerte vaga

(1) Esta composición, así como la que lleva por título *A Dios*, han visto la luz pública en periódicos de Madrid y de provincias firmadas con diferentes pseudónimos.



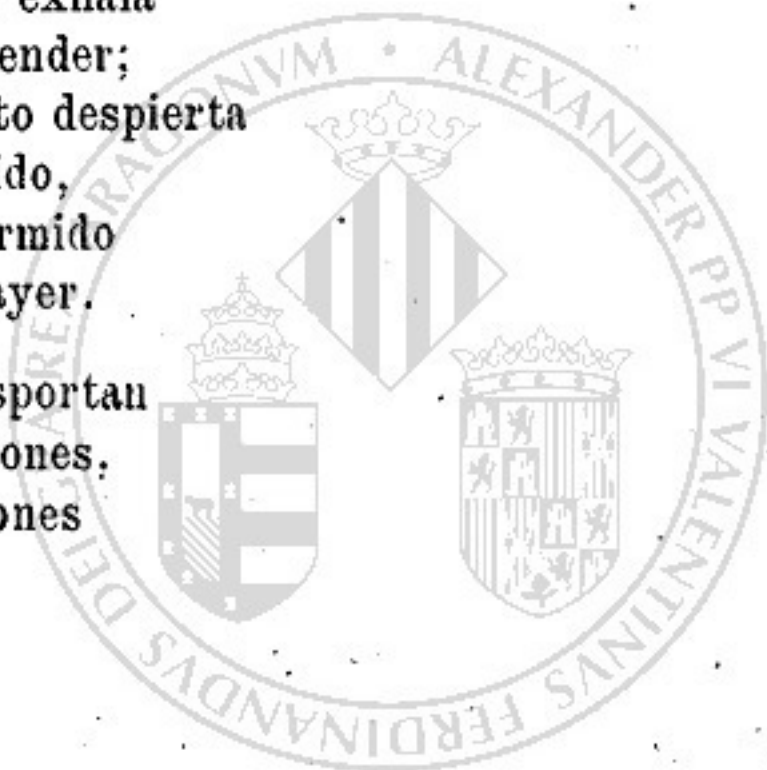
A dulce meditación,
Y siempre en un pecho amante
Va su célica armonía,
De gozo ó melancolía
Arrancando una emoción.

Ora á la mente presenta
Con sus brillantes colores,
Los sueños encantadores
De una esperanza de amor;
Ora el mágico embeleso
De una ilusión lisonjera,
Ya una queja lastimera
Hija de acerbo dolor.

¡Cuántas veces los acentos
De unas notas musicales,
Con sus ecos celestiales
Conmueven hasta llorar;
Y otras veces escuchando
Su lenguaje misterioso,
En éxtasis delicioso
Se deja el alma arrobar!

Tal vez, cuando dulce canto
Grato el oído regala,
Un suspiro el labio exhala
Que no deja comprender;
Y es que aquel canto despierta
En un corazón herido,
Algún recuerdo dormido
Que triste dejó el ayer.

El espíritu transportan
De la música los sonos,
A las ignotas regiones



Donde la vida es mejor;
Que esos sonos dan al alma
Que sueña con desvarío,
Lo que gotas de rocío
Dan al cáliz de la flor.

La música en su armonía
La imaginación eleva,
Y con sus notas se lleva
Todo nuestro ser en pos:
Ella es bálsamo precioso
Que amargos pesares calma.
¡Es intérprete del alma!
¡Es el lenguaje de Dios!





LA GOTA DE ROCÍO

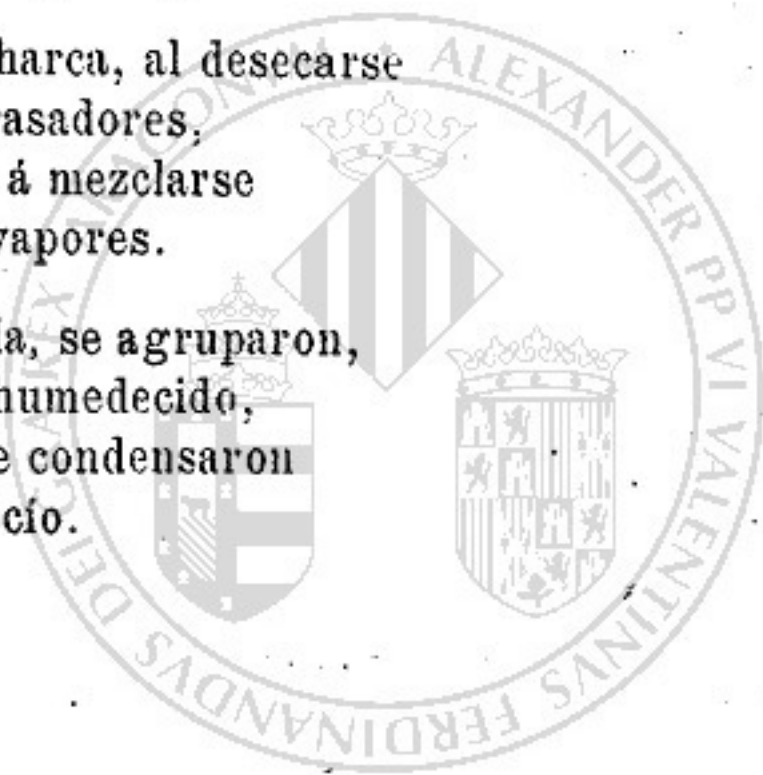
TRAS abundante lluvia, en el estío,
Un arroyuelo manso y transparente,
Llegó bien pronto á convertirse en río,
Y lo que era cascada, fué torrente.

Mas cuando el temporal hubo pasado,
Y la corriente límpida y serena
Del arroyuelo, en su primer estado,
Volvió á correr por la floresta amena.

Cuando ya riego dando á las praderas,
Volvió en su cauce á entrar la linfa undosa,
Detenida quedóse en las riberas,
En charcas, agua turbia y cenagosa.

Mas luego, de una charca, al desecarse
A los rayos del sol abrasadores,
El agua con el aire fué á mezclarse
En sùtiles y diáfanos vapores.

Varios átomos de ella, se agruparon,
Y al contacto del aire humedecido,
Un día, al amanecer, se condensaron
En purísima gota de rocío.



Que entre las frescas hojas de una rosa,
Brillando como fúlgidos diamantes,
Al par que otras, diadema esplendorosa
Formaba en la corola rozagante.

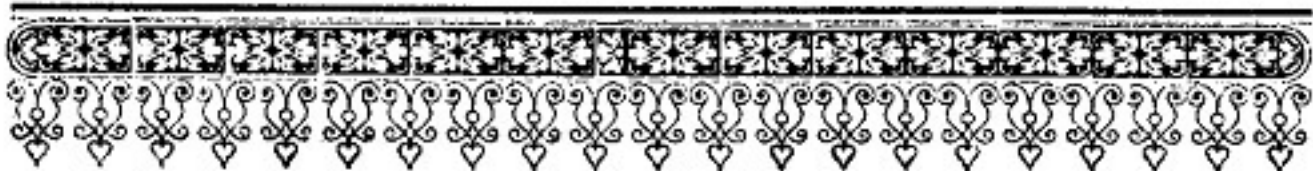
Y cuentan, que al mirarse transformada
En lágrima brillante de la aurora,
Ella dijo sintiéndose halagada
Por los besos del aura arrulladora:

«¿Quién hubiera pensado cuando un día
»Envuelta estaba en fétidos vapores,
»Que á ser yo el ornamento llegaría,
»De la flor, que es la reina de las flores?»

Así el alma, tras vida borrascosa,
Manchada por el vicio ó las pasiones,
Puede alzarse á su vez pura y hermosa,
De Dios hasta las inclitas regiones.

Y ya por el dolor purificada,
Al llegar ante el Ser Omnipotente,
Ha de brillar en la eternal morada,
Del Creador junto al sólio refulgente.





CANTARES

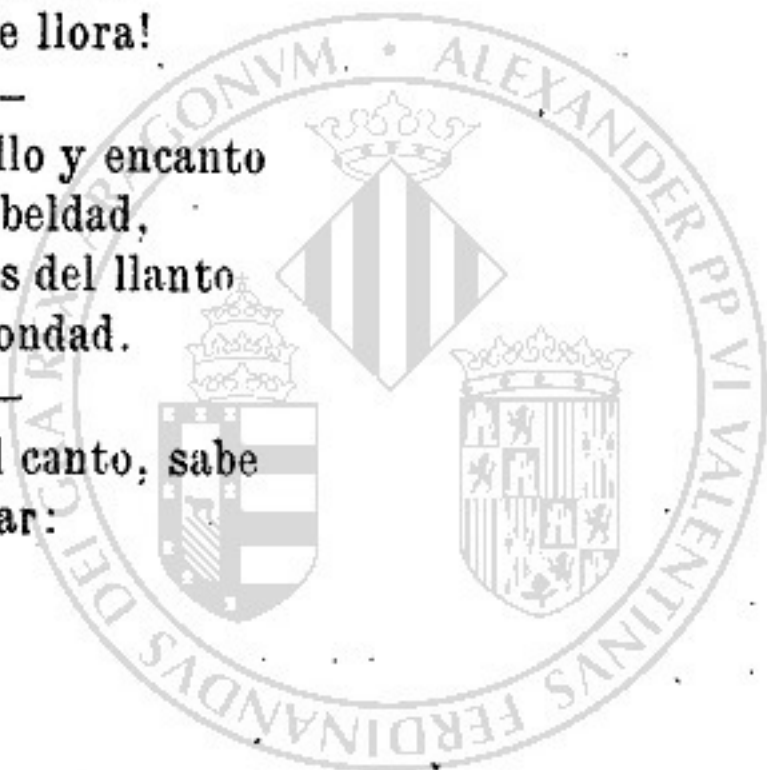
GL ave canta en la selva,
Porque no piensa un instante
Al ver partir á su amante,
En que quizás ¡ay! no vuelva.

Por amar, ama la flor
Al aura, que es invisible,
Y el corazón, lo imposible
Ama, por sentir amor.

¡Oh de amor suspiro ardiente!
¡Vé y dile á quien mi alma adora,
Que eres el eco doliente
De mi corazón que llora!

Las perlas, brillo y encanto
Dan á la humana beldad,
Y ornan las perlas del llanto
De las almas la bondad.

Mi pecho, en el canto, sabe
A su pena curso dar:



Mas si en el alma no cabe
¿Qué voz la podrá expresar?

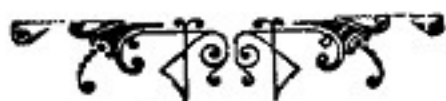
Luchan en mí á competencia
Resentimiento y amor;
Van de potencia á potencia:
¿Quién ¡ay! saldrá vencedor?

Cuando al corazón herido
Habla amorosa pasión,
Ni se escucha á la razón
Ni al amor propio ofendido.

Conmigo en la muerte irá
Al mundo de lo infinito,
Tu nombre que ha tiempo está
En mi corazón escrito.

Nunca cesará de arder
En mí de tu amor la llama
Pues la pasión que me inflama
Es la vida de mi ser.

Lágrimas mi desconsuelo
Y un suspiro me arrancó:
Ellas subieron al cielo;
¡El suspiro, á tí voló!





¡OH DOLOR!

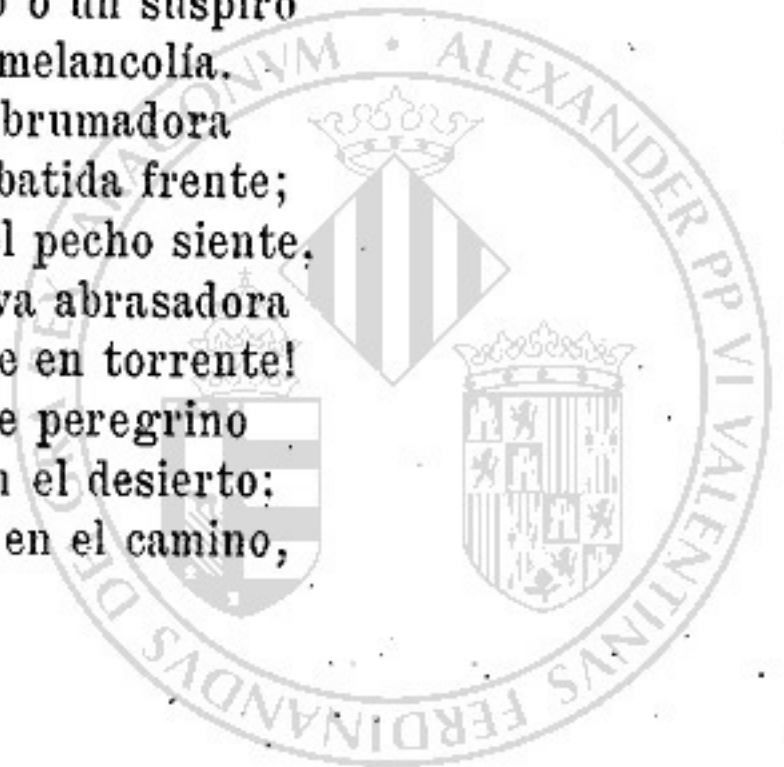
DE mi alma en lo profundo, hay una herida
Tan honda y dolorosa cual sangrienta;
Recuerdo de una dicha, que, perdida
He llorado, y las horas de mi vida
Emponzoña, y mi espíritu atormenta.

Recuerdo, que aún en sueños me persigue
Y del pecho á turbar viene la calma:
El que incesante por doquier me sigue,
Y un incesante anhelo no consigue
Alejar para siempre de mi alma.

Él me asalta en la noche y en el día;
Del mundo en la confusa tropelía
Cual de mi caro hogar en el retiro;
Y un gemido profundo ó un suspiro
Me arranca de mortal melancolía.

Él pesa como losa abrumadora
Que me oprimiera la abatida frente;
¡Y á veces, tal dolor el pecho siente,
Que el llanto, como lava abrasadora
De mis ojos desbórdase en torrente!

Mas así cual el triste peregrino
Va el oasis buscando en el desierto:
Y cansado y sediento, en el camino,



Ver quiere el arroyuelo cristalino,
Cual el náufrago anhela ver el puerto;
Y al ver la selva, que arboleda umbria
Le ofrece, al par que esmeraldina alfombra,
Alivio busca del calor del día,
Allí, donde la muerte encontraría
Tal vez de un árbol á la fresca sombra (1):
Cuando el alma abrumada de tristeza
En el pasado á meditar empieza,
Y al ir reconcentrándose en sí misma,
En sus dolores íntimos se abisma
Mientras la sangre hierve en mi cabeza;
¡Mi pena es tan intensa y tan horrible,
Y tanta la amargura de mi duelo,
Que el olvidar, no siéndome posible,
En mi primer dolor, aunque indecible,
Busco yo lenitivo al desconsuelo!
¡Y él á mí, es lo que al triste peregrino
El oasis en medio del desierto!
Lo que es el arroyuelo cristalino
Al cansado y sediento peregrino!
Lo que al náufrago el faro que guía al puerto!

(1) Sabido es que en los países tropicales se encuentra el manzanillo, árbol cuya sombra produce la muerte del que se acoge á ella.



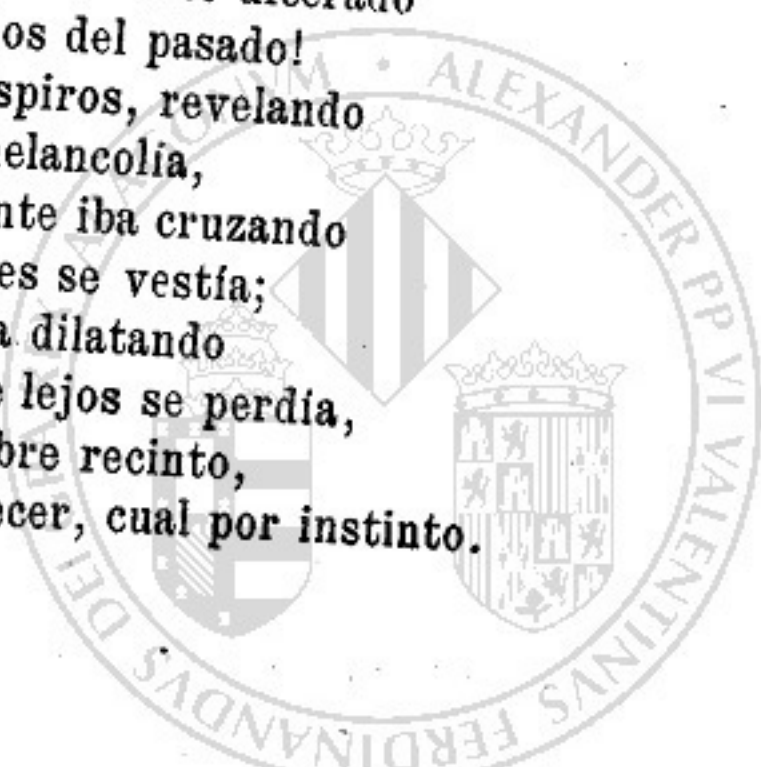


EL CEMENTERIO



Al caer de una tarde tan serena
Como del niño el sueño candoroso,
Yo paseaba en la campiña amena,
Que el sol ya no doraba esplendoroso:
Y con el alma de tristeza llena,
Iba á buscar á mi dolor reposo,
Contemplando las galas y hermosura
De la rica y espléndida natura.

 Mi mente en reflexiones sumergida,
En graves pensamientos se abismaba:
Y en tanto, la mirada, distraída
Vagar por la llanura yo dejaba;
Mas ¡ay! que para el alma dolorida
Encanto ni solaz en nada hallaba,
¡Pues quien el corazón siente ulcerado
En todo vé recuerdos del pasado!
 En profundos suspiros, revelando
Estaba mi mortal melancolía,
Al par que lentamente iba cruzando
El valle, que de flores se vestía;
Cuando ví, la mirada dilatando
Por la extensión que lejos se perdía,
Un espacioso y fúnebre recinto,
Que me hizo estremecer, cual por instinto.



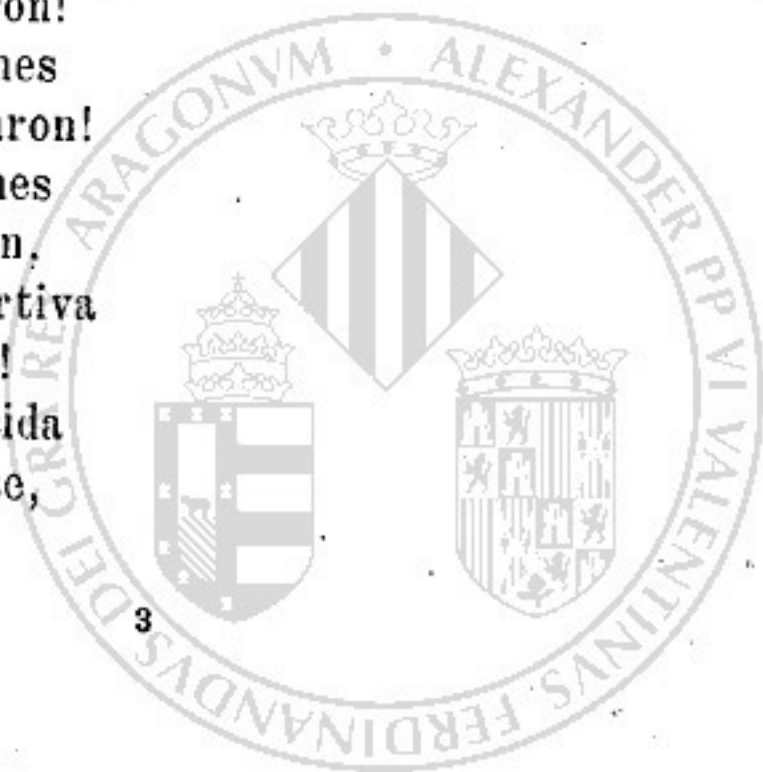
Mas dirigi mi paso vacilante
A esta mansión que en nuestro ser infunde
Religioso temor; en un instante,
Allí en polvo y escoria se confunde
El rico con el pobre mendicante;
Pues la muerte su aliento allí difunde;
Y allí, donde ha instalado su morada.
Belleza, oro y poder, vuelve á la nada.

Yo tras pasé en silencio los umbrales
De aquel lugar de luto y de tristeza,
Do acaba de los míseros mortales
La vana pompa y frívola grandeza
Do en torno de las armas sepulcrales
Parece que hasta el aura gime y reza;
Y que el sauce es de un ser que *aquí* no mora
Sombra que *allí* sobre su tumba llora.

¡Cuánta obra admiré maravillosa
Del arte escultural, gala y portento
Que en piedra dura, fina y valiosa
Labraron la constancia y el talento!
Allí ví estatua en cuya faz hermosa,
El cincel había impreso el sentimiento
Tan vivo, cual si el mármol de Carrara
A un soplo del artista se animara.

¡Qué varias y encontradas reflexiones
En tropel á mi mente se agolparon!
Qué diversas y opuestas emociones
En mi pecho á la vez se despertaron!
¡Y fueron tan diversas las pasiones
Que mi espíritu entonces agitaron.
Que en mis pestañas, lágrima furtiva
Tembló al beso del aura fugitiva!

¡Cuánta bella ilusión, desvanecida
Allí fué para siempre á sepultarse,
Con seres adorados, cuya vida



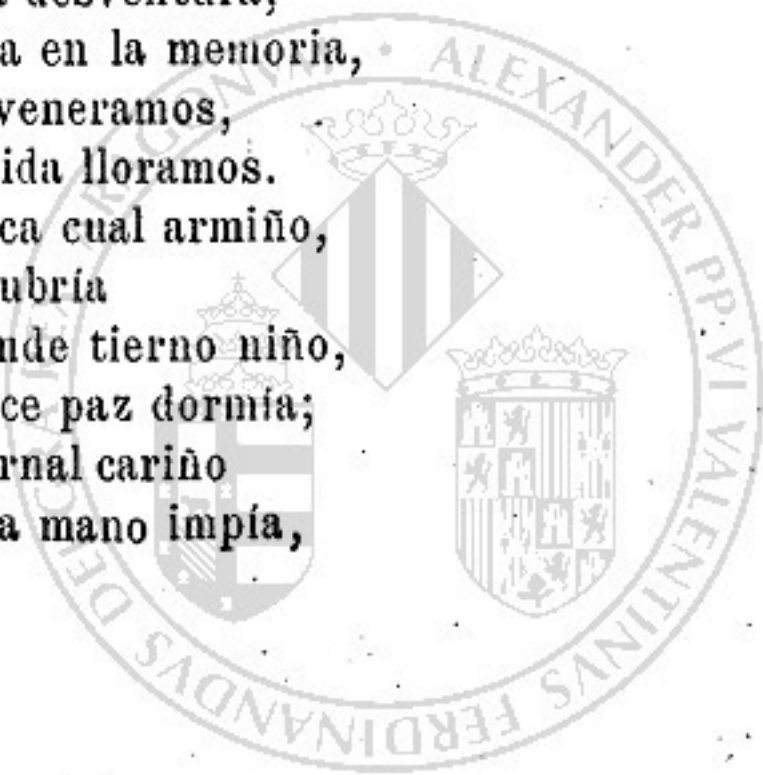
Como temprana flor, se vió agostarse!
¡Cuánta dulce esperanza ya perdida
En sus oscuros antros á encerrarse;
Y qué tristes misterios así mismo
Se pierden de lo eterno en el abismo!

¡De cuánto padre amante, en quien cifraba
Una tierna familia, su ventura;
Pues la estrella, era él, que la alumbraba
De los azares en la noche oscura
Y cual faro luciente la guiaba
De la vida, en la senda no segura,
Mientras tocaba la campana á muerto,
Los despojos guardaba el mármol yerto!

¡A cuánta hermosa virgen, que inocente
Miraba en su feliz adolescencia
La vida deslizarse dulcemente
Tranquila cual del justo la conciencia,
Cuando Amor la miraba sonriente
Arrebató la muerte la existencia,
De sus labios las rosas marchitando
Y el sol de sus pupilas eclipsando!

Sobre losa de humilde sepultura,
Ví sencilla corona mortuoria;
Y al mirarla, pensé con amargura,
Que en la vida tan triste y transitoria
Todo acaba, si no es la desventura,
Pero siempre nos queda en la memoria,
El recuerdo que fieles veneramos,
De aquellos, cuya pérdida lloramos.

Marmórea losa, blanca cual armiño,
La tenebrosa cavidad cubría
De estrecha tumba, donde tierno niño,
El sueño eterno en dulce paz dormía;
El cual, robado al paternal cariño
Fué de la muerte por la mano impía,



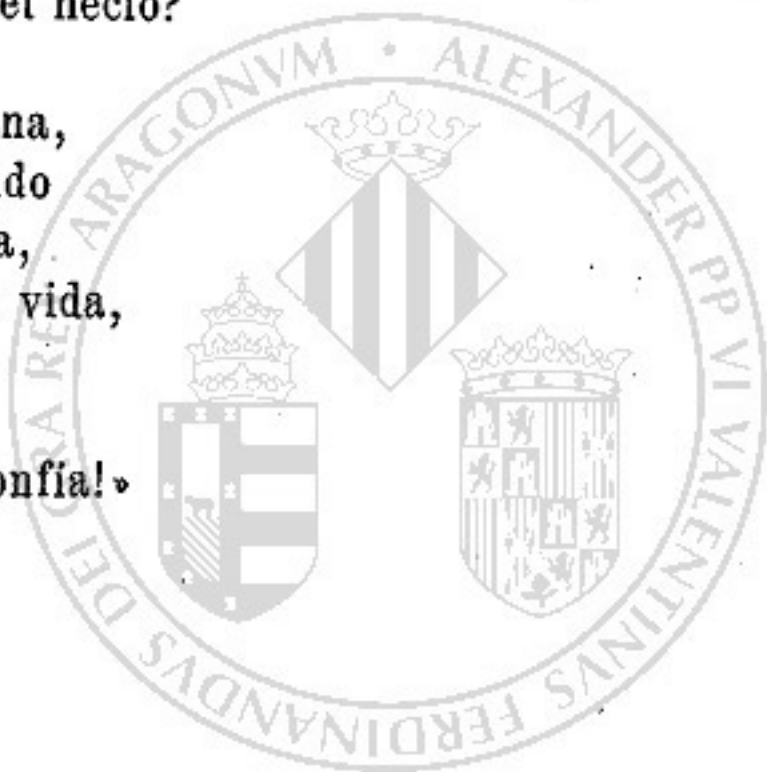
Y hoy, allá tras la bóveda celeste
La inocencia le cubre con su oeste.

Pensé al mirar la losa funeraria,
Que el que hoy habita en la región del cielo,
De su madre amorosa y solitaria
Sonriendo contempla el desconsuelo;
¡Y por sarcasmo de la suerte varia,
Veces mil, contemplamos en el suelo,
Que aún el dolor más íntimo y profundo
Sirve de befa y de ludibrio al mundo!

¡Contrastes véñse allí desoladores,
En los cuales la mente se extravía!
De aquéllos, á quien llaman pensadores,
Alguno la fe santa perdería,
Al ver que los que duros opresores
Fueron quizá del desvalido, un día,
Reposan en sepulcros blasonados
¡Y sus víctimas yacen ignorados!

¿Quién su vida alargar, loco ambiciona,
Donde el mal no termina y siempre crece,
Donde la obra del bien se desmorona,
Mientras al vicio se adula y enaltece;
Al malvado, con lauros se corona;
A la virtud, se humilla y escarnece;
Donde al sabio relégase al desprecio
Mientras al fulgor del oro brilla el necio?

Estaba yo, con ánimo abatido
Así pensando en la miseria humana,
Y en aquello, que solo comprendido
Es de Dios por la mente soberana,
Cuando lento y vibrante hirió mi vida,
El metálico son de una campana,
Que el *Ángelus* tocando parecía
Decirme en su vibrar: «¡Ora y confía!»

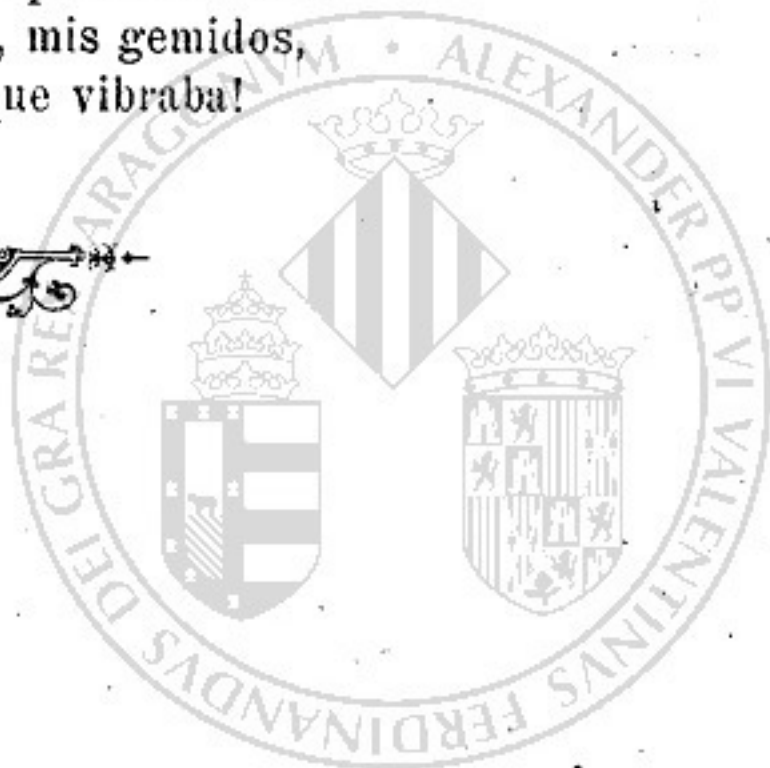




EL ARPA

SONETO

UNA vez, en que el alma yo sentí
Abrumada de amargo desaliento,
Expresar mi profundo sentimiento
En cántico tristísimo quería;
Mas en la lira, sones ni armonía
No hallaba, ni en mi lengua un solo acento
Y de vagar ideas, el pensamiento,
En un piélago inmenso se perdía;
Cuando un arpa yo oí que en sus sonidos
Fiel mi oculto penar interpretaba
Con acordes tan dulces cual sentidos:
¡Era el dolor, la mano que arrancaba
Como notas y acentos, mis gemidos,
Y el corazón el arpa que vibraba!



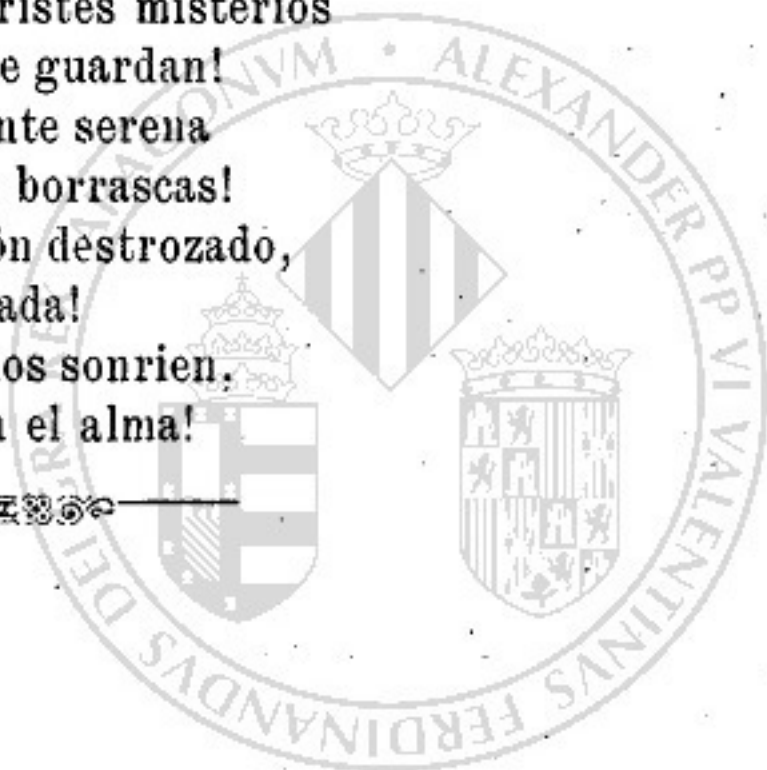


MEDITACION

UNA tarde de Mayo serena
Cuando el sol á su ocaso marchaba,
Yo de un prado alfombrado de flores,
Reclinéme en la alfombra galana.
Contemplando á Natura, sentía
De inefable placer llena el alma,
Admirando el poder del Eterno
Que supremo doquier se retrata.
Ya miraba volar á las aves
Que el espacio gozosas cruzaban,
O moverse al impulso del viento
De los árboles verdes las ramas.
Ya á pintada y sutil mariposa
Agitar sus bellísimas alas,
De las flores campestres buscando
Las corolas de aroma impregnadas.
De río claro, la undosa corriente
Junto á mí deslizábase mansa,
Refrescando la yerba mullida
Al besarla sus límpidas aguas.
Cual en terso y purísimo espejo,
En sus plácidas ondas rizadas,
Los reflejos del sol, se veían
Entre bellos celajes de grana.



Al fijar la mirada tranquila
En sus ondas que arrullan las auras,
A mi mente, en tropel acudieron,
Reflexiones profundas y amargas.
¡Ay!—pensé—¡cuán extraños contrastes
Por doquiera en el mundo se hallan!
¡Una bella y tranquila apariencia
Qué terribles misterios disfraz!
Este río de corriente apacible,
Que parece un espejo de plata,
Al rugido de fiera tormenta,
Un torrente sería, que asolará!
De sus aguas, se oculta en el fondo,
Do la vista del hombre no alcanza,
Tosco lecho de duros peñascos
En los cuales sereno se arrastra.
¡En sus líquidos claros cristales
Que ese sol tan hermoso retratan,
Puede hallarse una muerte, que solo
El pensarla, horroriza y espanta!
Meditando tan raros contrastes,
Se meditan también, se comparan,
Los contrastes que aún más dolorosos,
Con frecuencia en el mundo se hallan.
¡Ay qué tristes, qué tristes misterios
Ignorados del mundo se guardan!
Cuántas veces tras frente serena
Sordas rugen terribles borrascas!
¡Cuántas, sí, un corazón destrozado,
No revela apacible mirada!
¡Cuántas veces los labios sonrien,
Y se lleva la muerte en el alma!





EL CRISTIANO POR AMOR

ORIENTAL

DÍME, hermosa nazarena
A quien rendido yo adoro;
La de la frente serena,
La de la tez de azucena,
La de las trenzas de oro.

¿Por qué cuando con amor
Fijo en tu rostro mis ojos,
Viste tu faz, del rubor,
El delicioso color
Sin que á la vez muestre enojos?

¿Y por qué, al par que tu frente,
Ante mi mirada ardiente
Se sonroja pudorosa,
Veo tus párpados de rosa
Inclinarse dulcemente?

¿Es de mi mente ilusión,
O quizás, de esta pasión
Que todo mi sér inflama,
Temes que prenda la llama
En tu tierno corazón?

Abre tus labios de grana
Para decirme: ¡oh, sultana!



Que este pensar allagüeño,
No es tan solo un dulce sueño
Que tuve en bella mañana.

Fija de tus ojos bellos
En mí, los puros destellos,
Y yo, tu alma angelical,
Como el sol en el cristal,
Mire reflejarse en ellos.

Al contemplar tu belleza,
Paréceme que al crearte,
Aláh toda la riqueza
Que esparció en naturaleza,
Agotó para formarte.

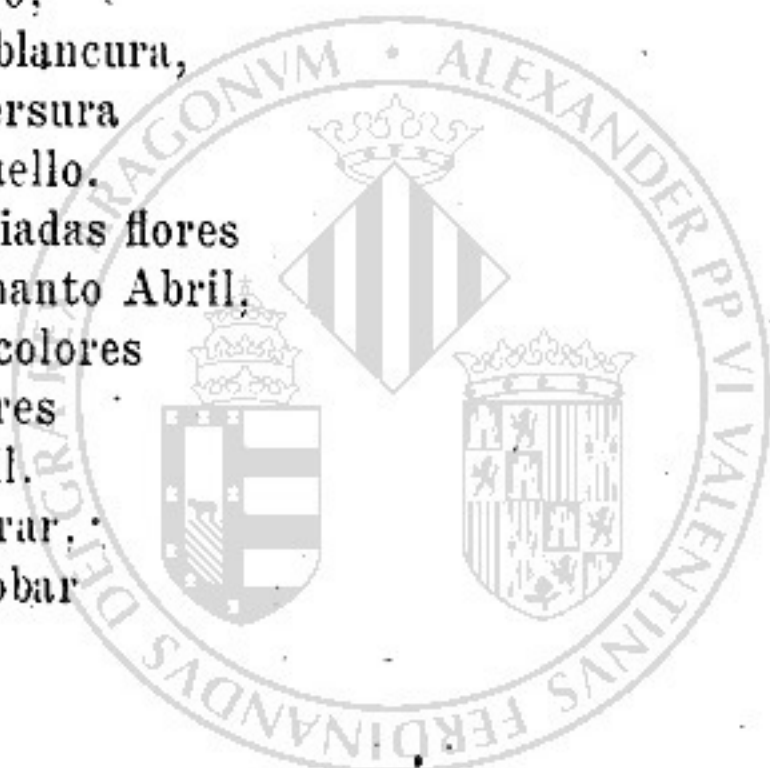
La luz de la azul esfera,
De la dulce primavera
En las mañanas tranquilas,
Dió á tus brillantes pupilas
Y á tu mirada hechicera.

Y su mano omnipotente,
Del mar entre los cristales
Para tu boca riente,
Extrajo perlas, corales;
Y nácar para tu frente.

De la tierra halló en la hondura
Oro para tu cabello;
De las nieves, la blancura,
Y del mármol la tersura
Para tu diáfano cuello.

De las más preciadas flores
Con que orna su manto Abril,
Dió los brillantes colores
Y delicados primores
A tu rostro juvenil.

Para tu tez colorar,
Fué las tintas á robar



A las rosas y carmines,
Nardos, magnolias, jazmines,
Margaritas y azahar,

Y de tu voz, dió al acento,
De los bosques los rumores,
Cuando suena al movimiento
De las frondas con el viento
Música de ruiseñores.

Pues de tu voz el sonido
Y su armónica inflexión.
Cual un cántico sentido,
Dulce acaricia el oído,
Y deleita el corazón.

Y como beldad no brilla
De virtud sin el aroma,
Te hizo Aláh, dulce y sencilla,
Cual la mansa corderilla
O la tímida paloma.

Si esclava de mis amores,
El hogar de tus mayores
Dejaras, tú mi sultana
Serías, y la soberana
De otros dominios mejores.

Deja el castillo feudal
Que es tu mansión señorial;
Deja tus dueñas y pajes,
Y por orientales trajes,
Cambía el severo brial.

Ven á morar en mi harén
Que por tí al ser habitado,
Se tornará en un Edén;
Y á la cúspide del bien
Yo me creeré transportado.

Y tendrás, gacela mía,
Flores, sedas, pedrería



Y velos de rica blonda,
Bordados de argentería
Y diamantes de Golconda.

Allí vapores nevados,
De aromas los más preciados
Que nos aportan de Oriente,
En pebeteros dorados,
Perfumarán el ambiente.

En alfombras afelpadas,
Verás con sedas bordadas
De los más varios colores,
Preciosas aves y flores
Con verdad tanta, imitadas.

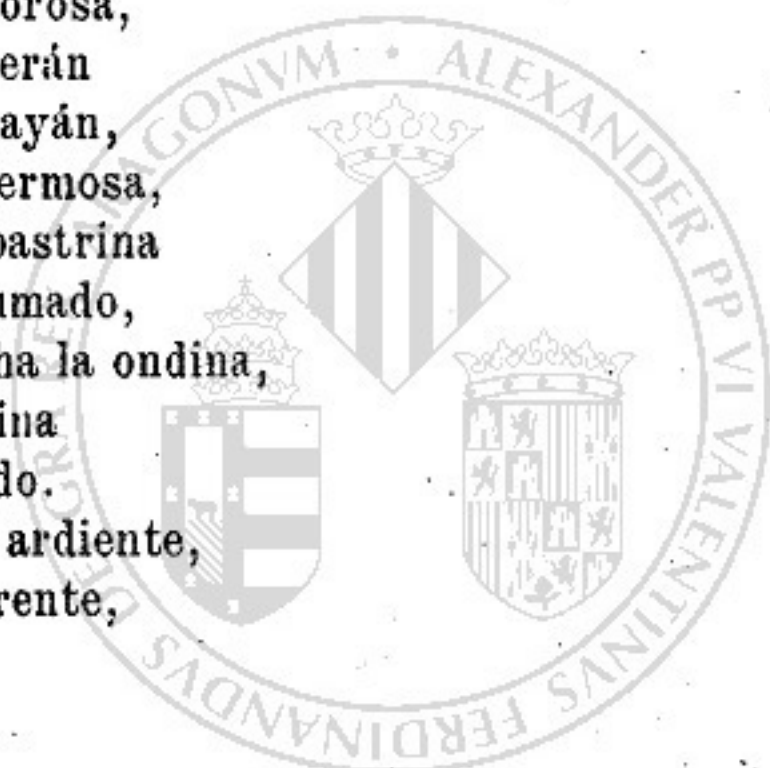
Que las flores tú al mirar
Entre su verde follaje,
Creerás su esencia aspirar,
Y oír los pájaros cantar
Cuando admires su plumaje.

Entre esclavas de color
Y de etiópicas facciones,
Lucirás tus perfecciones
Cual la luna en fulgor
Entre oscuros nubarrones.

Y tu cuerpo bañarán
En agua tibia, olorosa,
Do confundidos serán
El nardo y el arrayán,
Pareciendo tan hermosa,

En la taza alabastrina
De tu baño perfumado,
Como en su concha la ondina,
O la rosa purpurina
En búcaro delicado.

En la canícula ardiente,
Esa tu cándida frente,



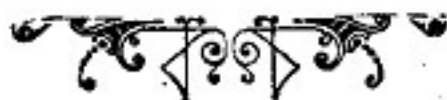
Con abanicos de pluma
Blanca cual del mar la espuma,
Refrescarán dulcemente.

Mientras en muelles almohadones
Luces tu talle gentil,
Oír te harán dulces canciones,
A los armónicos sonos
De cítaras de marfil.

¡Cede á mi ardiente pasión!
Ábreme tu corazón
Bella huri, casta paloma;
Y abraza la religión
De mi profeta Mahoma.

Pero si tú, mi sultana,
Mi religión musulmana
Te resistes á seguir,
Queriendo en tú fe cristiana
En que has nacido, morir,

Con decirme tú así mismo,
Que eres un ángel de luz
De los que habla el cristianismo,
Yo abjurando el islamismo
Me postraré ante la Cruz.

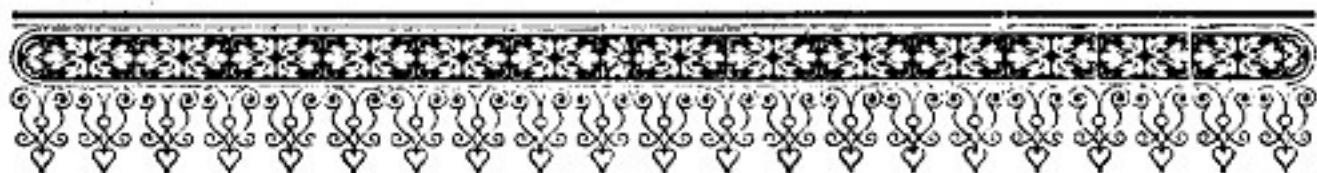




LA MUJER

CON sonrisa de ternura,
Dios, al formar la mujer,
Dijo: «En la tierra has de ser
»Angel de paz y dulzura;
»Sol cuya luz bella y pura
»Dará la vida al hogar:
»Siempre el dolor ha de hallar
»Un eco en tu corazón;
»Porque tu noble misión
»Sería: VIVIR PARA AMAR.»





LA HERMANA DE LA CARIDAD

CONTRASTE consolador
Del audaz excepticismo
Y del odioso egoismo
Que es hoy del mundo señor;
El monstruo, que aterrador
Devora á la humanidad,
Y alma es de la sociedad,
Como flor que en un desierto
Alza su cáliz abierto,
Mirase á la Caridad.

¡La Caridad! ¡Clara fuente
Cuyo caudal no se agota;
Que en los corazones brota
Y les riega dulcemente;
A influjo de su corriente
Nacen rosas sin espinas;
Y sus aguas cristalinas
Del alma vida y salud,
Reflejan de la virtud
Las bellezas peregrinas!

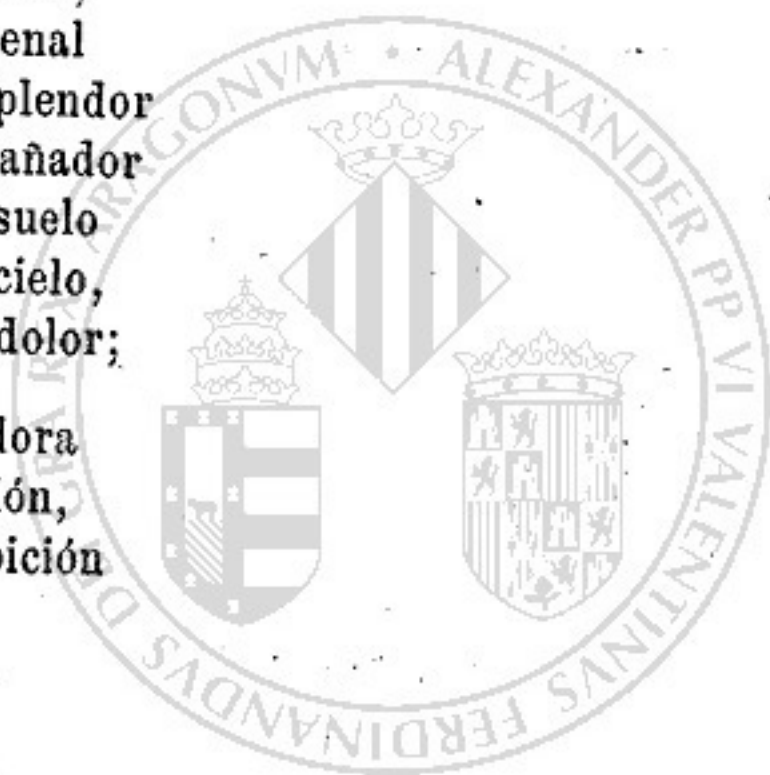


En un delicado sér
Sus riquezas atesora;
El sér que tan solo llora
Si le ofenden: La Mujer;
Que ella sabe comprender
Con la sola inspiración
De su propio corazón,
Que es la Caridad, la esencia
Del bien, y que en la existencia
Ejercerla es su misión.

Mujer existe también,
Cuya alma es tan noble y bella,
Que dedicándose á ella,
Vive solo para el bien;
Siempre lleva por sostén,
La fe, en la senda escabrosa
De esta vida borrascosa;
Porque el áncora es, que al puerto
Lleva, que al justo es abierto,
Do halla corona gloriosa.

Ese sér angelical,
Esa mujer adorable
De grandeza incomparable
Sublime hasta lo ideal;
Que la pompa terrenal
Desprecia, y el esplendor
De este mundo engañoso
Y cruza el mísero suelo
La vista fija en el cielo,
Si la inclina, en el dolor;

La mujer arrobadora
Modelo de abnegación,
Lo que cifra su ambición



En consolar al que llora;
La que el dón del rico implora
Y llama á nuestra piedad
Gala haciendo de humildad,
Por los pobres á quien ama,
Sencillamente se llama:
HERMANA DE CARIDAD.

Ella de su edad florida
En los cándidos albores,
Cuando lícitos amores
La invitan á amar la vida;
Cuando á sus plantas rendida
Vé á la Fortuna quizá
La que ofreciéndola está,
De la ventura la palma,
Con los ojos de su alma
Mira siempre MÁS ALLÁ.

Y en tanto que hay quien de ciencia
Y honores vanos blasona,
No anhela ella otra corona
Que la paz de su conciencia;
Con admirable paciencia
Escudada, sonriente
Camina; y donde doliente
Haya un sér por quien velar
Ó lágrimas que enjugar,
Siempre acude diligente.

Y por el bien soberano
Lograr y ser grata á Dios,
Ella vá de Cristo en pos,
Consolando al que es su hermano;
Y su benéfica mano
Por tender al desvalido,

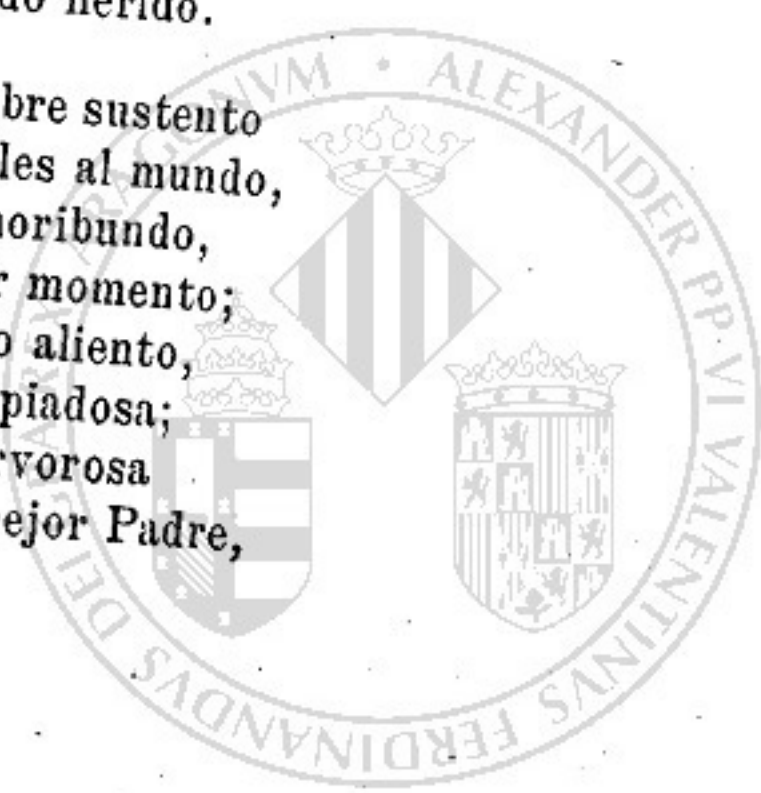


Trueca ufana su vestido
Por un modesto sayal,
Y ya es angel terrenal
Que dá sostén al caído.

Cuida con tierno desvelo
Y solícito cariño,
Del abandonado niño
Á quien sólo ampara el Cielo
Y entre tanto pequeñuelo,
Parece la madre amada
De sus hijos rodeada;
Flor que al hogar dá su aroma,
O cual la casta paloma
De sus pichones cercada.

Ella entre el bélico ardor
De la lucha pavorosa
En que la guerra espantosa
Hace estallar su furor,
Entre horrisono fragor,
De las balas al silbido,
Del cañón al estampido,
Como un angel tutelar
Corre auxilios á prestar
Al triste soldado herido.

Ella dá al pobre sustento
Y ejemplos nobles al mundo,
Asistiendo al moribundo,
En su postrimer momento;
Recibe su último aliento,
Cierra sus ojos piadosa;
Y su oración fervorosa
Por él alza al mejor Padre,



Como la más tierna madre
O la hija más amorosa.

Del bien, á que se dedica,
Es la figura más bella;
Y hasta la tierra que huella,
Con su planta santifica;
Con su ejemplo, vivifica
La Fe, y en la juventud,
Como en la decrepitud,
Al contemplarla el ateo,
Tiene que decir: «¡Yo creo!
¡Creo en el bien! ¡Creo en la virtud!»





EL RUISEÑOR

IMITACIÓN DE LAMARTINE

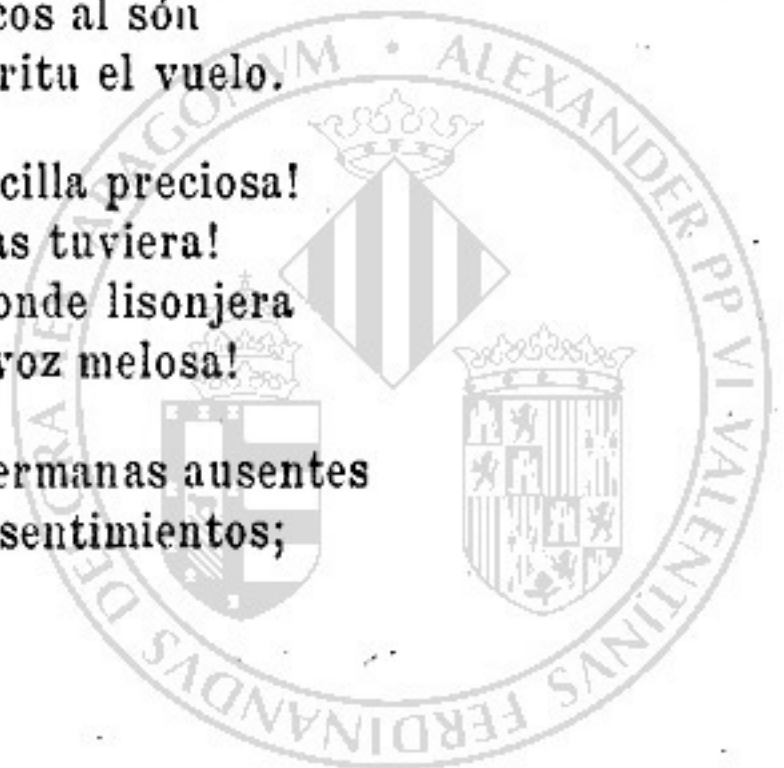
QUÉ dices pájaro amante,
A la encantadora luna,
Que en la límpida laguna
Mira el pálido semblante?

Ese tú armonioso canto,
Parece no escucha ella;
Y oye tu tierna querella
Sin responder, más en tanto,

Desde el lugar donde velo,
Siento que á etérea región,
De tus cánticos al són
Alza mi espíritu el vuelo.

¡Oh miavecilla preciosa!
¡Si yo tus alas tuviera!
¡Bien sé á donde lisonjera
Me llama tu voz melosa!

¿De mis hermanas ausentes
Sabes tú los sentimientos;



Y por eso, tus acentos
Son aunque dulces, dolientes?

¿De ellas, noticia, siquiera
Dame, tierno mensajero:
¿Tu nido en el limonero
Han visto en la primavera?

¿Acaso á su tez nevada
Dió el placer tintas de rosa,
Cuando á tu hembra amorosa,
Vieron en el nido echada?

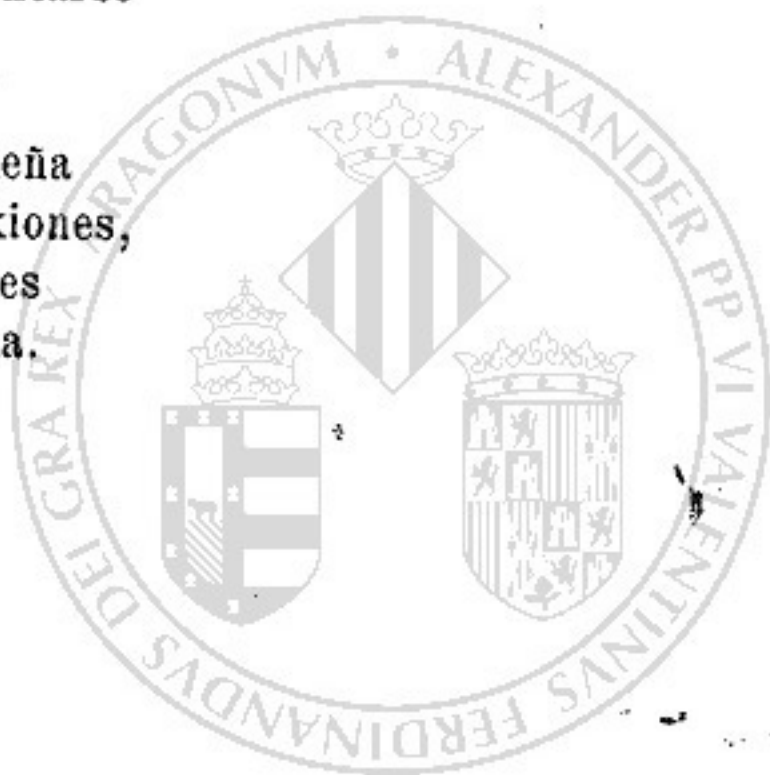
¿Y el instante han expiado
En que hubo á tus pequeñuelos,
El sol que brilla en los cielos
Por vez primera alumbrado?

Dí, si las viste jugar
De Mayo en fresca mañana,
Sobre la yerba lozana,
Viendo la aurora brillar.

Dí, si la acacia frondosa
De flores volvió á cuajarse;
Si mi madre aún va á sentarse
A su sombra deliciosa;

Si su voz, tan halagüeña
Aún suena en sus inflexiones,
Cuando toma las lecciones
A mi hermana la pequeña.

Si su arpa, del salón
Por el ámbito al sonar,



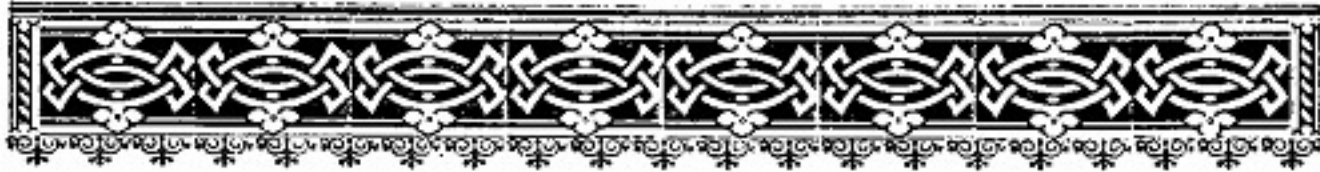
Dulcemente hace vibrar
Las fibras del corazón.

Si la fuente donde sueles
Beber, cuando asoma el día,
Llover hace argentería
En los tiestos de claveles.

Si al escuchar sus rumores,
Mi madre siente correr
Las lágrimas, que caer
Vé en las hojas de las flores.

Y si piensa en su embeleso,
En el cristal de la fuente,
Ven mi imágen sonriente
Pasar, tirándole un beso.





LA SULTANA

ORIENTAL

MAGNÍFICO palacio, es mi morada;
Y en salones de lujo deslumbrantes,
Vivo de esclavas siempre rodeada,
Que me adornan de galas y diamantes.

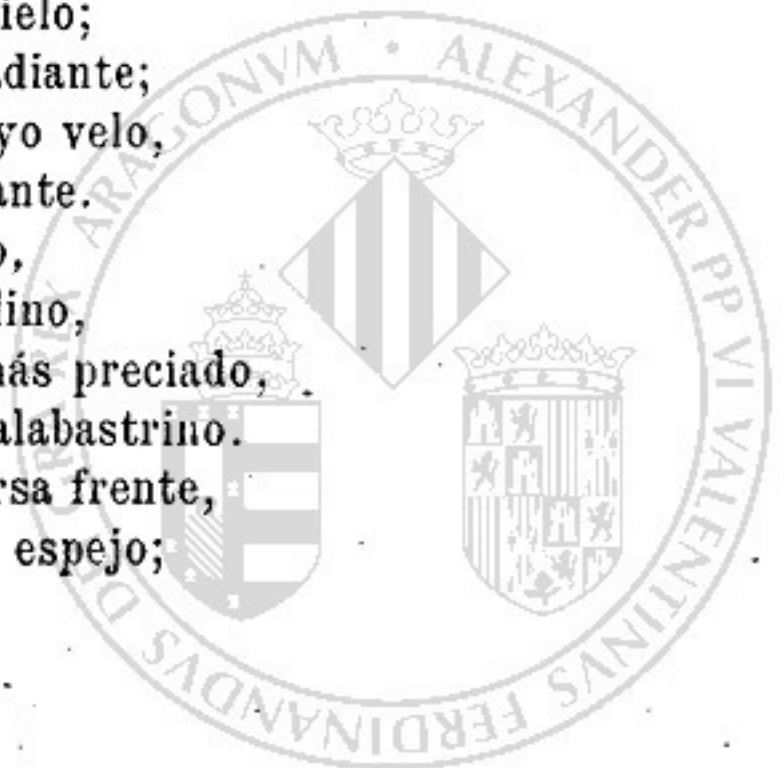
Yo de todo el haren, soy la sultana,
Y al sultán á mis piés rendido veo;
Quien dice, es mi hermosura sobre humana,
Pues es mayor que la soñó el deseo.

Dice, que mis mejillas son dos rosas
Cuya belleza á Venus diera enojos;
Y el dios Amor, al verlas tan hermosas,
La luz, sintió eclipsarse de sus ojos.

A mis ojos azules, llama cielo;
A la luz que despiden, sol radiante;
Y á mis pestañas, nubes, cuyo velo,
Aténua dulce su fulgor brillante.

A mi boca, joyero delicado,
Cuyo centro precioso y coralino,
Guarda un collar de perlas más preciado,
Que el que adorna mi cuello alabastrino.

Y dice, que al mirar mi tersa frente,
Las Gracias la tomaron para espejo;



Que la nieve, al herirla el sol poniente,
De su blancura es pálido reflejo.

Que son mis hermosísimos cabellos
Cadenas que aprisionan corazones,
Y un Eden ofrecieran, para aquellos
Que hallaran tan dulcísimas prisiones.

Que es el aroma de mi puro aliento
Mejor que el de los nardos y alhelies;
Y de mi voz más dulce es el acento,
Que las arpas que pulsan las huries.

¿Mas qué importa mi espléndida belleza
Ante la cual el corazón se exalta?

¿Qué me importan el lujo y la riqueza
Si la preciosa libertad me falta?

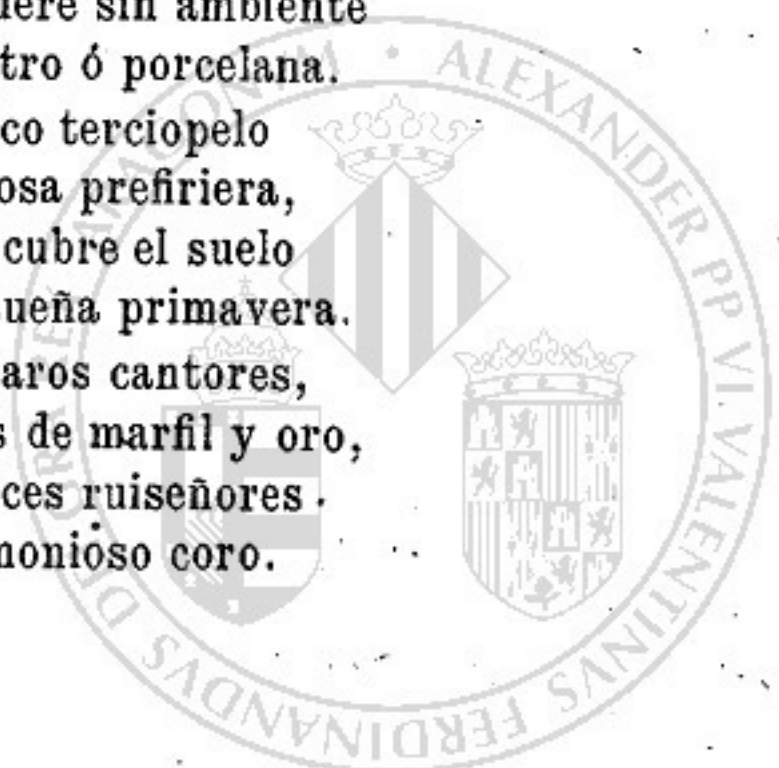
¿Qué me importan las perlas orientales
Con que mis brazos y mi cuello prenden,
Si del alma, las perlas virginales
Frecuentes de mis ojos se desprenden?

¿Qué las esclavas ven en torno mío
Cual cercan mariposas á las flores,
Si el triste corazón, que está vacío,
Vive aislado de goces y de amores?

Yo aquí, vivo, cual tórtola inocente
Que en rica jaula por volar se afana;
O cual rosa, que muere sin ambiente
En jarrón de alabastro ó porcelana.

Los cogines de rico terciopelo
Yo trocara, y gustosa prefiriera,
El florido tapiz que cubre el suelo
Del campo en la risueña primavera.

Y trocara los pájaros cantores,
Que tengo en jaulas de marfil y oro,
Por escuchar de dulces ruiseñores.
En la floresta el armonioso coro.



Cuando á través de densa celosía,
Miro la golondrina hendir ligera
El espacio, un ¡ay! del alma mía
Se exhala, como queja lastimera.

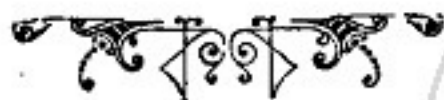
¡Ella vuela contenta y afanosa
Al nido donde están sus pequeñuelos;
Y lejos de mi madre cariñosa
No me alienta el calor de sus desvelos!

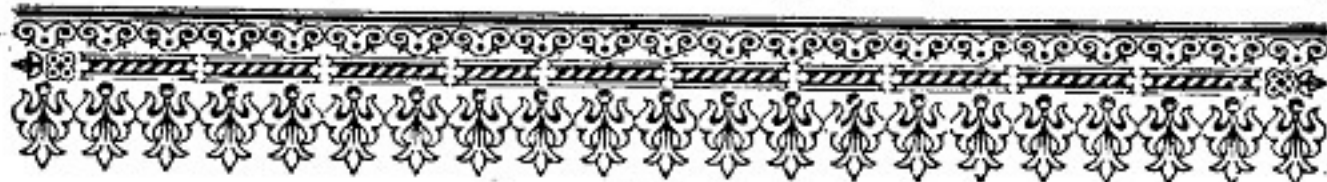
Creo sentir, cuando el céfiro en las frondas
Del jardín, oigo gime dulcemente,
Mientras acaricia mis guedejas blondas,
Los besos maternales en mi frente.

Las hondas quejas que mi pecho siente,
Doy en la noche á mi falaz fortuna,
¡Y tan solo testigo y confidente
De mis lágrimas es la blanca luna!

En sus alas, el aura mensajera,
Se lleva mis tristísimos gemidos,
Al hogar do pasé mi edad primera,
Y donde habitan seres tan queridos.

Mi vida diera, por pisar un día
El suelo hermoso donde yo he nacido;
¡Mas de volver á verte pátria mía,
La esperanza por siempre ya he perdido!





A MI HIJA BLANCA

de edad de cinco meses.

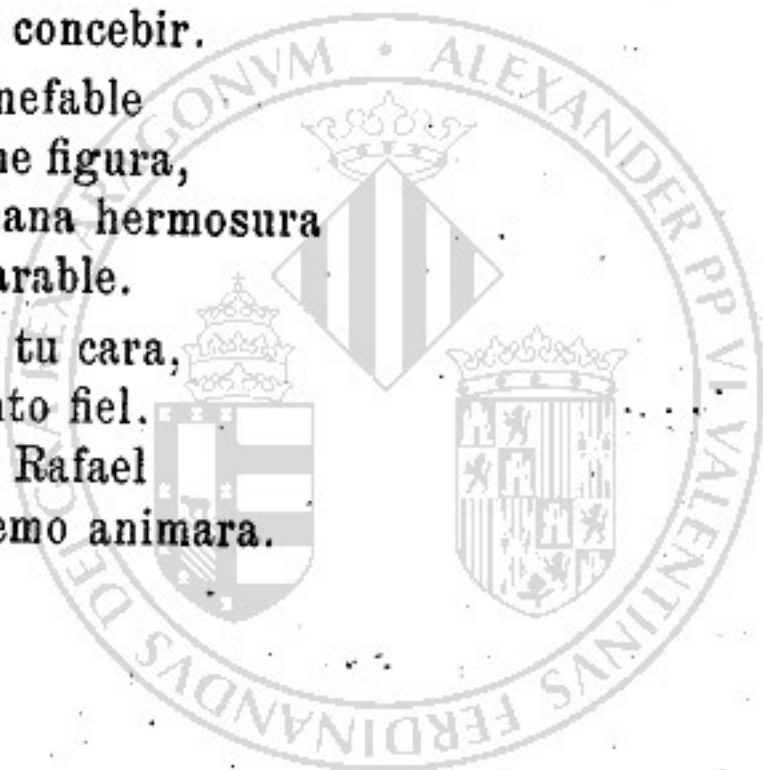
BLANCA, vida de mi vida
Hija del alma adorada,
Bella ilusión realizada
De mi mente enardecida!

Tú, de mi existencia eres,
El encanto y la alegría;
Amarte, es la gloria mía,
Contemplarte, mis placeres.

La ternura describir
Que por tí mi pecho siente,
Es imposible; la mente
Ni aun la puede concebir.

En el cariño inefable
Que siento, se me figura,
Que no hay humana hermosura
A la tuya comparable.

Me parece que tu cara,
Es solo el trasunto fiel.
De un cuadro de Rafael
Que el Sér Supremo animara.



Esa tu boca preciosa
Que envidia diera al coral,
El capullo virginal
De una aromática rosa.

Y cuando leve sonrisa
Dilata sus tintas rojas,
Paréceme, abre sus hojas
Ese capullo á la brisa.

¡Cuan brilla al sol dando enojos,
La luz de la inteligencia
Tan pura cual tu inocencia
En el cielo de tus ojos!

En mirarte me recreo
Más que el avaro en su oro:
Y hay para mí otro tesoro
¿Cuál es que en tí yo poseo?

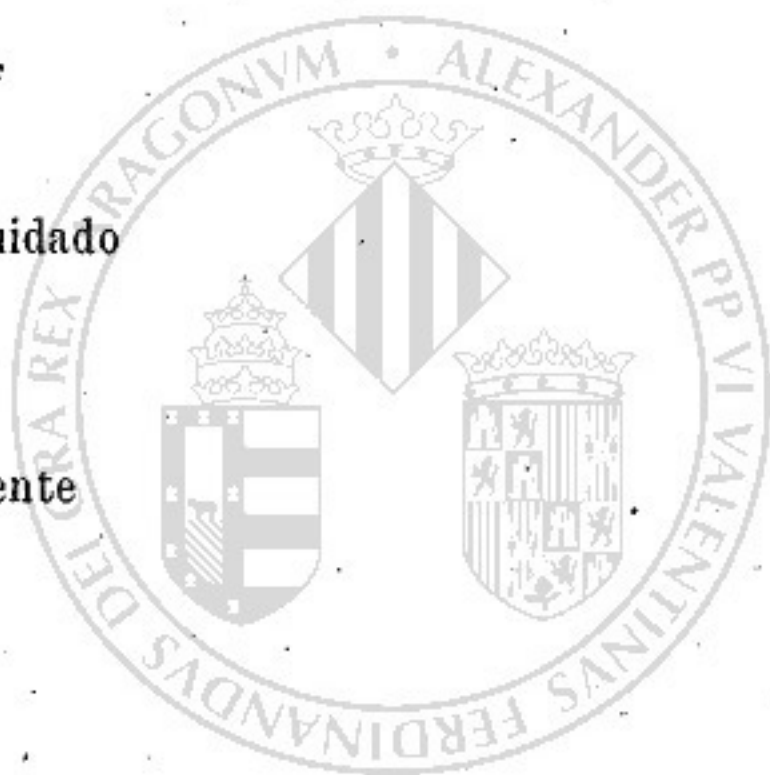
Son tus gracias mis delicias,
Tu bien, mi sola ambición;
Y mis sumos goces son,
Prodigarte mil caricias.

Cuando tu cuna meciendo
Te miro, Blanca querida,
Que al blando sueño rendida
Tú te aduermes sonriendo,

Tu semblante angelical
Revela en su dulce calma,
Esa paz que goza el alma
En la mansión celestial.

Duermes sin ningún cuidado
En tu corazón sencillo,
Como duerme el pajarillo
Por las auras arrullado.

Si lo que vaga en tu mente
Se pudiera reflejar,



Como la luna en el mar,
En el nácar de tu frente,
¡Cómo entonces yo leería
En tu rostro encantador,
El poema de candor,
Que en él impreso estaría!

Y si hubieran de expresar
Los humanos corazones
Sus ocultas impresiones
Solamente al palpar,

Llena de dulce emoción,
Cual de un arpa los sonidos,
Escuchara los latidos
De tu tierno corazón.

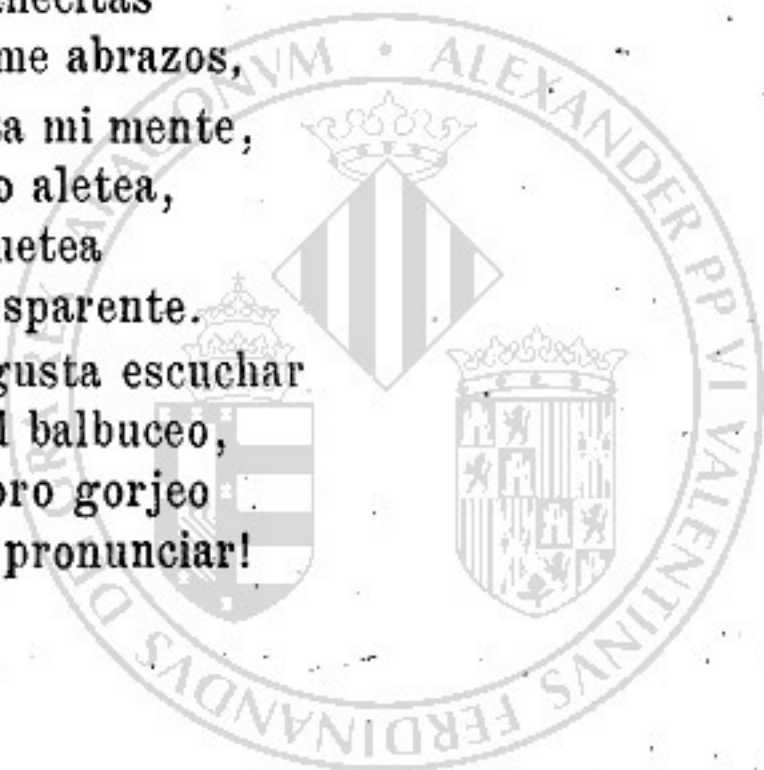
Cuando del día á los albores,
O del sol al puro rayo,
Abres con dulce desmayo
Los ojos arrobadores.

Entre tu blanco vestido,
Parécesme alba paloma,
Que apenas la aurora asoma,
Deja arrullando su nido.

Y cuando tú entre mis brazos
Bulles gozosa, y te agitas,
Alzando tus manecitas
Como para darme abrazos,

Se representa mi mente,
Al cisne cuando aletea,
Y del lago juguetea
En la linfa transparente.

¡Cuánto me gusta escuchar
De tu lengua el balbuceo,
Cuando en sonoro gorjeo
Frases quieres pronunciar!



Pues tu boca de carmín,
En sus sones me remeda,
El canto entre la arboleda
Del gracioso colorín.

Y al besar yo con ardor,
Tu rostro que es mi embeleso,
Envuelto con cada beso
Te doy un mundo de amor.

Cuando en tu rostro infantil
Miro el júbilo brillar
Y tus encantos realzar
Una sonrisa pueril,

Con profundo sentimiento,
Pienso, en que quizás un día,
Esa tan pura alegría
Se tornará en sufrimiento.

Pues si aquí gusta el mortal
De la dicha la dulzura,
Cuéstale un día de ventura
De lágrimas un raudal.

Si tú siempre niña fueras,
Y en la cándida ignorancia
Que solo se halla en la infancia,
Nunca el mundo conocieras,

Feliz tu vida verías
Pasar cual un sueño hermoso,
Y á tu despertar glorioso
Un cielo te encontrarías.

Mas ¡ay! ¿para qué pensar
En lo que no puede ser?
¿Si has de llegar á mujer
O este mundo abandonar?

Así, mi ilusión dorada
Es, que siempre ¡oh, niña hermosa!



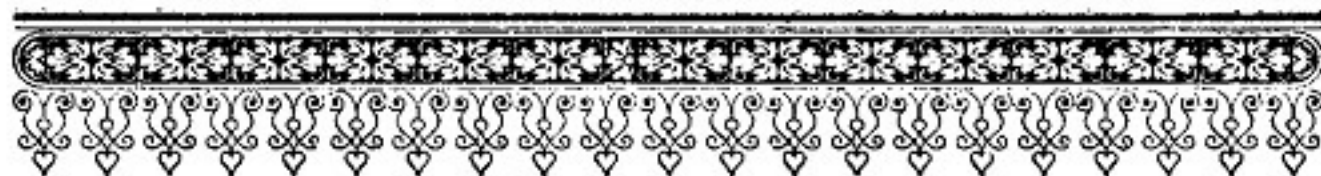
Seas feliz y virtuosa
Siendo de todos amada.

Hacerse amar, es la ciencia
Que á veces dá la ventura;
Y la virtud, la asegura
En la paz de la conciencia.

Cuando yo esta triste vida
Deje por otra mejor,
Y en las manos del Creador,
Entregue el alma rendida,

Espero hija mía, de tí,
Cierren tus manos mis ojos,
Y alces, postrada de hinojos,
Tus preces á Dios por mí!

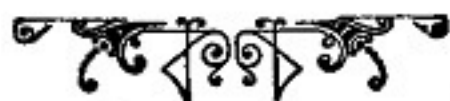


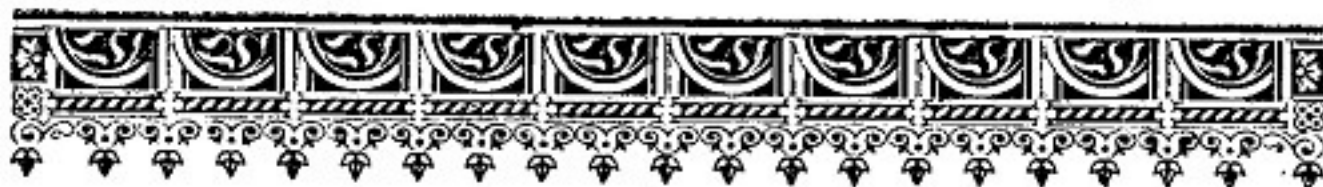


A DIOS

SONETO

DAME Señor el bálsamo que cura
El corazón llagado y dolorido;
Dame de los agravios el olvido,
Que llenan mi existencia de amargura!
En el amor de la virtud más pura
Haz que mi pecho siempre esté encendido;
Fortalece mi espíritu abatido
Que en la vida, la senda es insegura.
Busca el sediento el agua cristalina:
En su nido reposa el ave alada
Y la abeja la miel liba en las flores;
Así busqué yo el bien en tu doctrina;
En tí repose el alma lacerada;
Beba en tu amor consuelo á mis dolores!



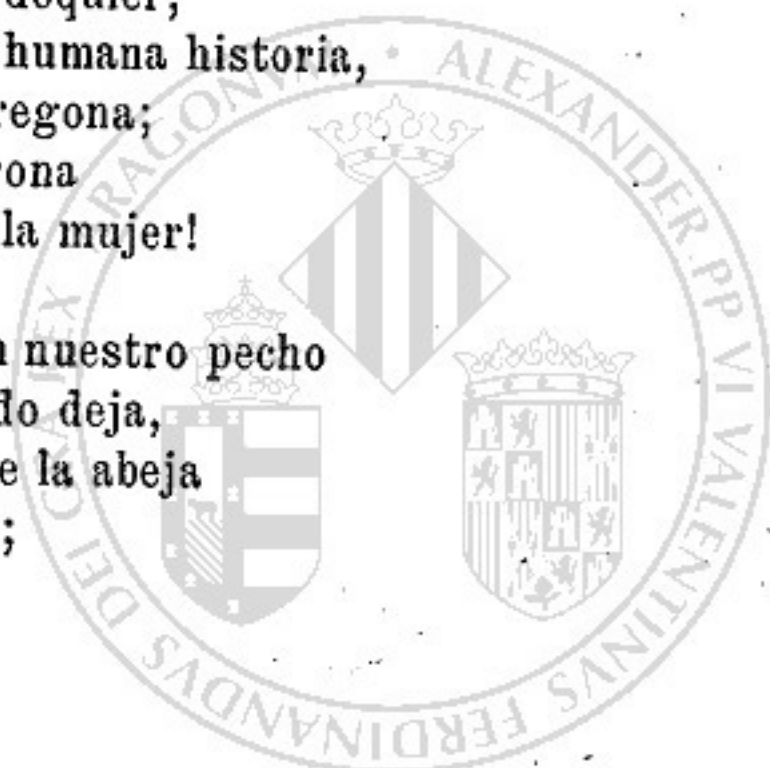


¡MADRE!

MADRE! ¡Sublime palabra
Que es por sí sola un poema,
Cuyo dulcísimo lema
Es la esencia del amor!
Nombre que el niño en la cuna
Hasta en sus sueños invoca,
Y el hombre en su mente evoca
En placer como en dolor!

Este nombre simboliza
Cuanto hay más grande en el mundo,
El alma, en lo más profundo
Le lleva impreso doquier;
Y siempre en la humana historia,
Altas virtudes pregona;
¡Inmarcesible corona
Que Dios puso á la mujer!

Ese nombre, en nuestro pecho
Tan dulce recuerdo deja,
Como al gusto, de la abeja
El delicioso panal;



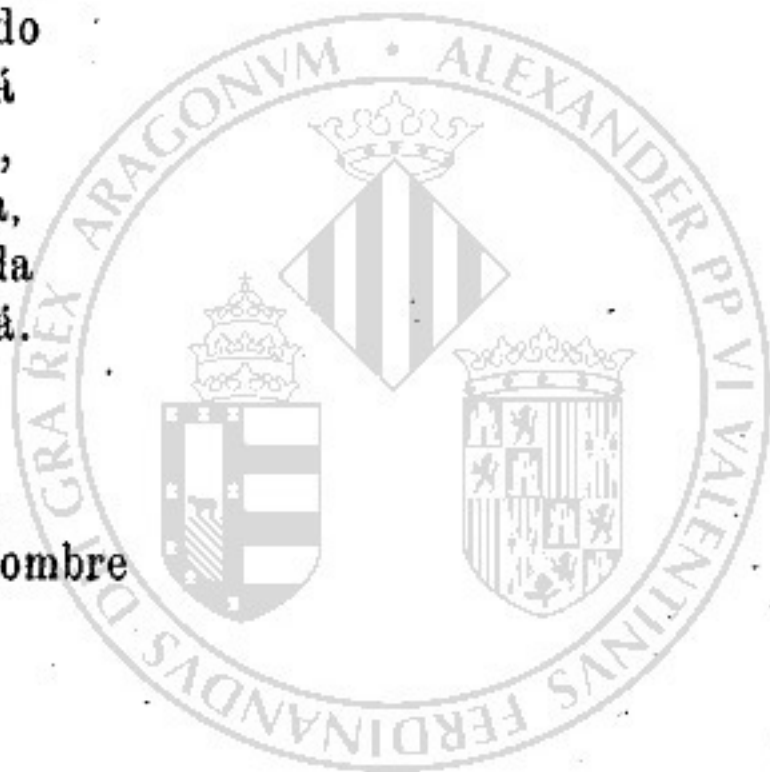
Así al decrepito anciano,
Como al tierno adolescente;
Al parvulillo inocente
Como al duro criminal.

El soldado en la campaña,
Recuerda el tierno cariño
De aquélla, que cuando niño
Arullábale al dormir;
Y espera que llegue el día
Por que suspira afanoso,
En que en su hogar venturoso
Vea de paz horas lucir.

Cuando en la fiera borrasca,
La mar hinchada y rugiente,
Remando intrépidamente
Cruza el joven pescador,
Piensa le espera en la playa
Su madre que vendrá ansiosa,
A reanimarle amorosa
De sus besos al calor.

Tras de rústica faena,
Cuando el día vá declinando,
Vuelve el labrador cantando
A su albergue, donde está
Al par que los caros hijos,
La esposa amante y amada,
Que por ser madre, adorada
Es aún más que ellos quizá.

Al invocar á María,
Llamámosla con el nombre
Que siempre recuerda al hombre



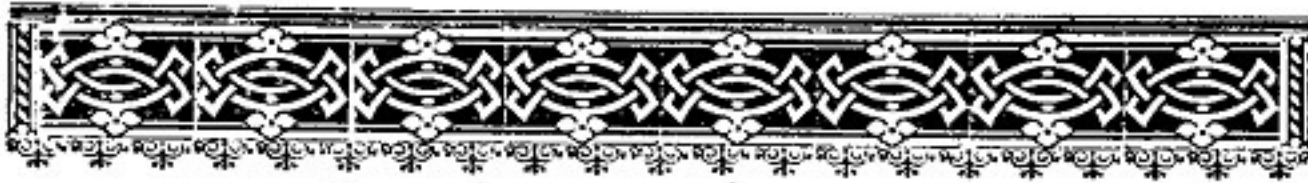
Aquella que el sér le dió;
Y título es que la halaga
Más que el de «Reina del cielo»
El de «Madre de consuelo
Y de Aquél que nos creó.»

Sueña con ser madre un día,
La doncella pudorosa,
Sin que con tintas de rosa
El rubor cubra su tez:
Mientras en sus castos amores
Al recordar á su amante,
Siente el juvenil semblante
Colorarse alguna vez.

¡Madre! La tierna avecilla,
Dice entre el verde follage
En su musical lenguaje;
La tórtola en su arrullar;
¡Madre! repite triscando
En el bosque, el cervatillo;
En el monte, el cabritillo,
Y la ovejuela al balar.

Amor de madre es consuelo
De las almas doloridas;
Bálsamo de las heridas
Del llagado corazón:
Y en sus acerbos dolores
Proclama la humanidad,
MADRASTRA á la sociedad,
Y MADRE á la Religión.





AL CORAZÓN DE JESÚS

PLEGARIA

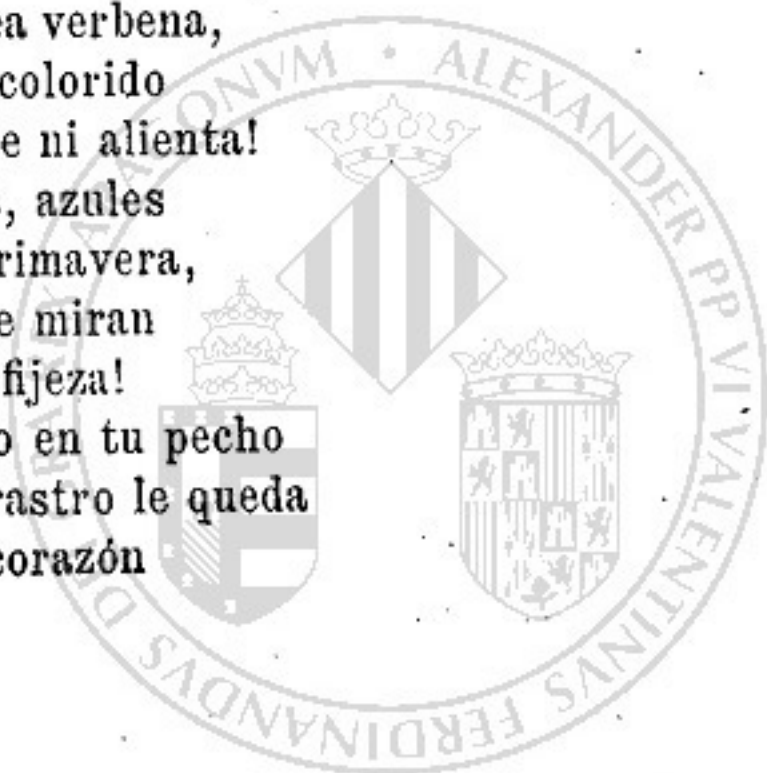
MANANTIAL inagotable
De bondad, paz y dulzura:
Dulce vaso de ternura:
Centro del bien más amable;
Haz corazón adorable,
Sea un cielo mi corazón,
Haciendo, amor, de aversión;
Preciosas flores de abrojos;
Delicias de sus enojos,
Y honra de la humillación.



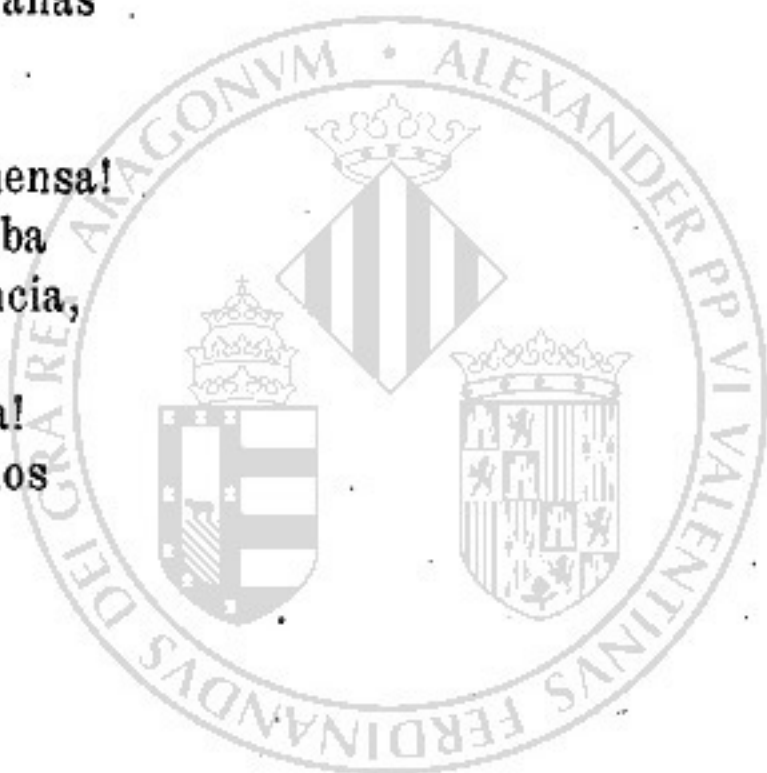


LA NIÑA MUERTA

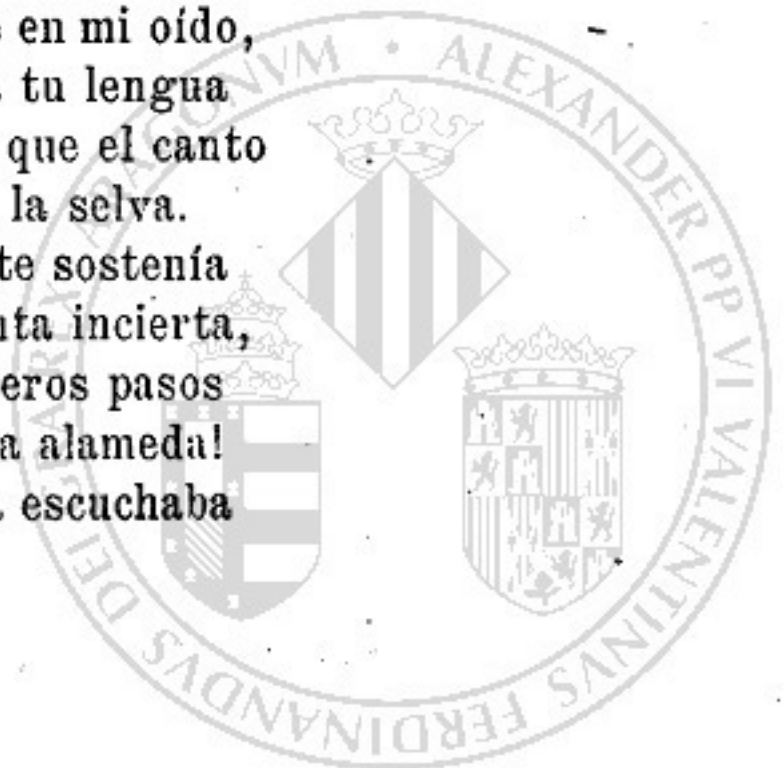
AÚN parece que en mi oído
Tu acento infantil resuena,
Como un gemido doliente
O una queja lastimera;
Aún me parece que clavas
En mí la mirada incierta,
En la postrimera hora
De aquella tu agonía lenta!
Aún parece que tu pecho
Se agita exento de fuerza.
De tu blanca vestidura
Tras de la diáfana tela,
Mas ¡ay! ¡Tu labio antes rojo
Cual la purpúrea verbena,
Marchito y descolorido
Ya no se mueve ni alienta!
Tus bellos ojos, azules
Cual cielo de primavera,
Aterradores me miran
Con espantosa fijeza!
Pongo mi mano en tu pecho
Por ver si un rastro le queda
De vida, y tu corazón



No late, nó, que estás muerta!
Tus párpados que en blancura
Con la nieve compitieran
Besé; y cual si fuesen hielo,
Mi boca dejaron yerta.
También con mi amargo llanto
Riego tus manitas bellas,
Sin transmitirles calor
¡Cuando mis lágrimas queman!
Si sus encantos á un ángel
Arrebatarse pudiera,
¡Cómo diría que la muerte
Desfiguró tu belleza!
Tu frente que antes mostrara
Del nácar la transparencia,
Tiene en su mate color
La opacidad de la cera;
Y tus redondas mejillas,
Encantadoras y frescas
Cual rosas del ledo Mayo,
Tornáronse en azucenas.
Al morir tú ¡cuántos sueños,
Cuánta ilusión lisonjera
He visto desvanecerse
Como en el éter la niebla!
Cuando sentí en mis entrañas
Revelarse tu existencia,
Mi corazón palpitaba,
¡Porque mi dicha era inmensa!
¡Con qué ansiedad esperaba
Y aún con febril impaciencia,
El día feliz en que vieses
La luz por la vez primera!
¡Y cuántas veces en sueños
Creía ver tu faz serena



Y estrecharte con mis brazos,
Y decirte mil ternezas!
¡Con cuánto afán yo bordaba
Sin dar á mi labor tregua,
La camisa de batista
Que en tu bautismo vistieras!
¡Con qué placer contemplaba
La linda cofia de seda,
Que para entrar en el templo
Debía cubrir tu cabeza!
Al verte recién nacida,
Derramé lágrimas tiernas,
Tan dulces, como es el llanto
De la aurora á la floresta.
Yo estática contemplaba
Tus facciones hechiceras,
Cuando el jugo de mi pecho
Extraías con faz risueña,
Meciéndote en mis rodillas,
Te arrullaba con voz queda,
Mientras cerraba tus ojos
El sueño de la inocencia;
Y era mi dulce solaz,
Besar tus mejillas tersas,
Y acariciar con mi mano
Tu rizada cabellera.
Tu primer frase en mi oído,
Al pronunciarla tu lengua
Sonó más dulce que el canto
Del ruiseñor en la selva.
¡Con qué amor te sostenía
Guiando tu planta incierta,
Al dar tus primeros pasos
Del jardín por la alameda!
¡Con qué delicia escuchaba

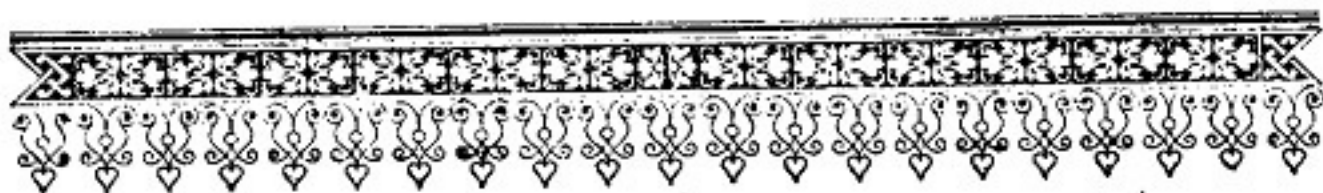


La oración sencilla y tierna,
Con que al despertar loabas
A la eternal Providencia!
Recuerdo cuando de flores
Yo adornaba tu cabeza,
En las deliciosas tardes
De la alegre primavera,
Pensaba que de azahar
La aromática diadema,
Así adornaría tus sienes
De tus bodas en la fiesta.
¡Quién imaginara entonces,
Que en inodoras camelias,
Blancas rosas y jazmines,
Símbolo de tu pureza,
Yo tan en breve trocarse
Vería la nupcial diadema,
Adornando tu cadáver
Como guirnalda funesta!
Cuando en nuestro caro hogar,
De inefable gozo llena,
Te miraba en torno mío,
Jugando con tu muñeca,
Verte feliz madre un día
Soñaba mi mente inquieta,
Y en tus brazos ver á niños
Que me llamaran abuela.
¡Tan breve pasó tu vida
Cual flor que al abrir se seca,
Que pierde forma y color
Y se evapora su esencia!
Dejásteme en esta vida
De lágrimas y miserias,
Para gozar en el cielo
Delicias que son eternas.



Estos tus mortales restos,
Pronto cubrirá la tierra;
¡Y entonces yo estaré sola!
¡Sola con mi amarga pena!
Mas si tú de aquesta vida
Me abandonáste en la senda,
Que eres ángel, y tornáste
Al cielo, tu pátria excelsa,
Bien hiciste; que tu madre
Si antes que tú fuese muerta,
Mansión de dolor el cielo
Hallara sin tu presencia!
Pronto iré á unirme contigo;
(¡Tanto la vida me pesa!)
Y de la eternal morada
Saldrás á abrirme la puerta;
Y allí eternamente unidas,
Serán dos almas gemelas,
Al confundirse en un beso,
Mi ternura y tu inocencia.





Sarcasmo de la Fortuna

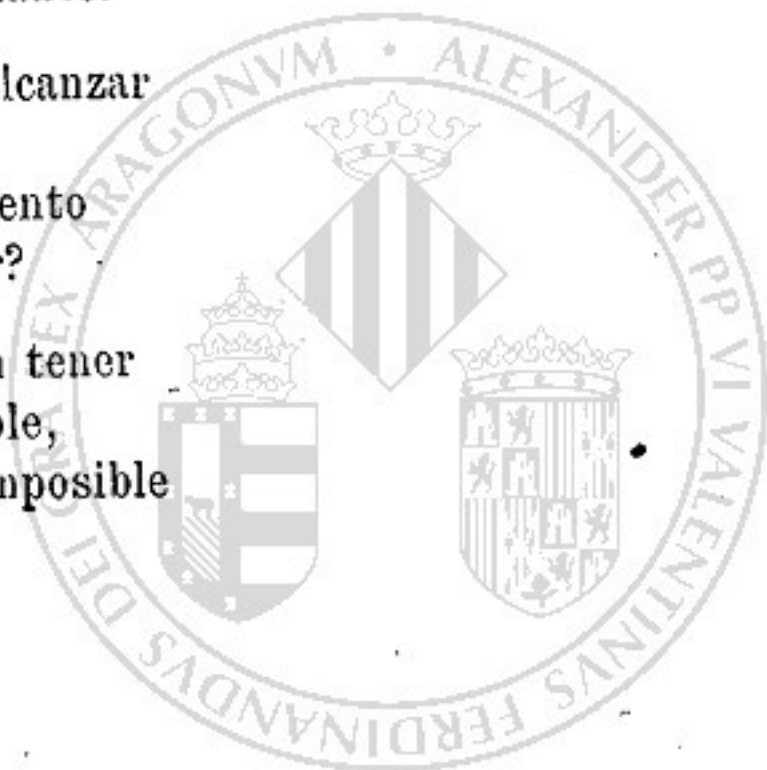
LLORANDO en cierta ocasión
Una cándida doncella
Tan discreta, como bella
De rostro y de corazón,

Así exclamaba: ¡Ay de mí!
«¿Acaso mujer alguna,
»De tan escasa fortuna
»Nació como yo nací?»

¿Qué importa que mi semblante
Me digan que es hechicero,
Si el hombre por quien yo muero,
En mí no piensa un instante?

«¿Y qué me importa alcanzar
Fama de claro talento,
Si esta pasión que yo siento
No la he sabido inspirar?»

«¿Por qué un corazón tener
Al dolor de otros sensible,
Y el bien que anhelo, imposible
Es para mí el obtener?»



En tanto que esto decía
Lamentándose la hermosa,
Oyó una voz misteriosa
Que en su interior le decía.

«¡Oh niña desventurada!
»Treguas dá á tu amargo duelo:
Pues es don que otorga el cielo
A un alma privilegiada.

Dios te dotó de hermosura
Para que así puedas ver,
Que no es prenda de valer
Para lograr la ventura.

De despejado talento
Quiso dotarte así mismo,
Para que el profundo abismo
Contemples del sufrimiento.

Y de noble corazón,
Para que al sentirte herida,
Pienses en la eterna vida
De que el cielo es la mansión.

*¡Belleza, para soñar:
Talento, para sufrir;
Corazón, para sentir,
Y vida, para llorar!*





Gloria Oculta

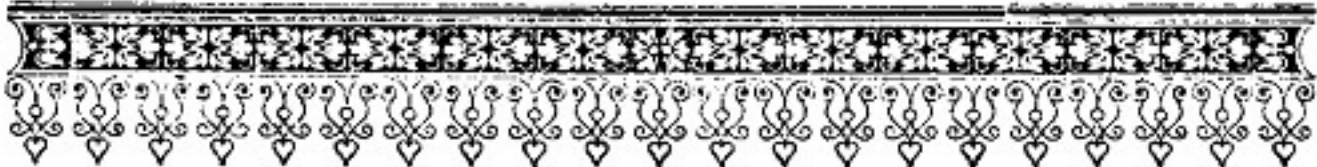
GN medio de la noche serena y misteriosa,
De la argentada luna al pálido fulgor,
Del campo en el silencio, allá en la selva umbrosa,
Sus célicos acentos dá al aura el ruiseñor.

Su tierna compañera, su esposa enamorada,
Tan solo es la que escucha, aquel dulce cantar;
Y echada sobre el nido, oyéndole arrobada,
Consigue su tristeza, en tanto mitigar.

Así el vate ignorado cual ruiseñor canoro
Que en solitario bosque entona su canción,
En su retiro canta, pulsando lira de oro,
De la que nadie escucha el cadencioso son.

Mas cuando del poeta, el genio preponente,
Su cántico armonioso al alma deja oír,
¡Sus penas ella olvida, y mira dulcemente
Un rayo de consuelo, purísimo lucir!



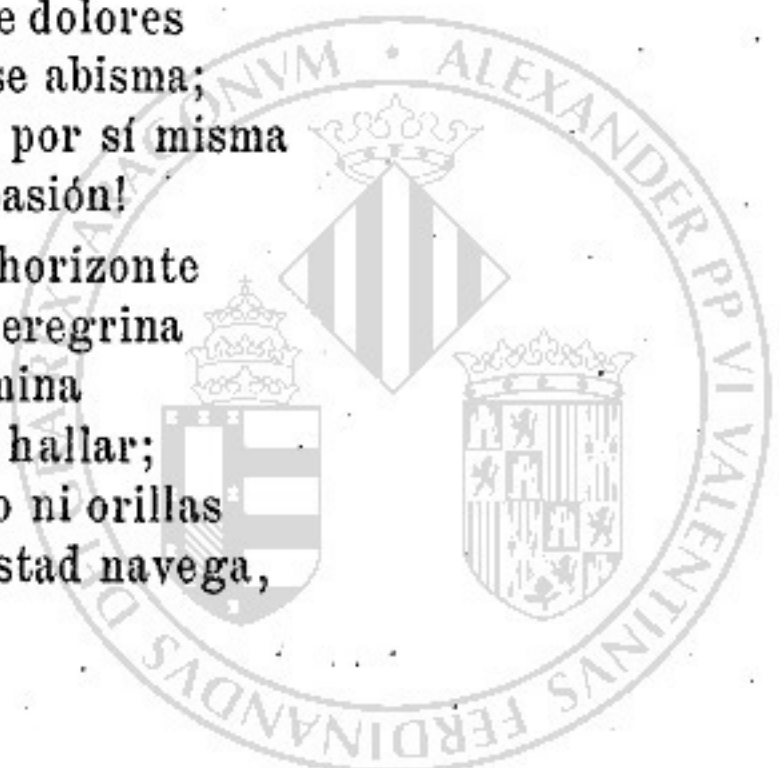


AMAR SIN ESPERANZA

GS amar sin esperanza,
Del alma horrible tormento;
Veneno que mina lento
Aquí el misero existir:
Sed ardiente, abrasadora,
La que cada día parece
Que en vez de apagarse, crece
Y hace muriendo vivir.

Fiero huracán, que en el pecho
Se alza potente rugiendo;
Gusano que vá royendo
Fibra á fibra el corazón;
Noche eterna de dolores
Do el espíritu se abisma;
Llama que arde por sí misma
Y se nutre de pasión!

Desierto sin horizonte
Donde el alma peregrina
Desalentada camina
Sin oasis nunca hallar;
Y mar sin fondo ni orillas
Do en la tempestad navega,



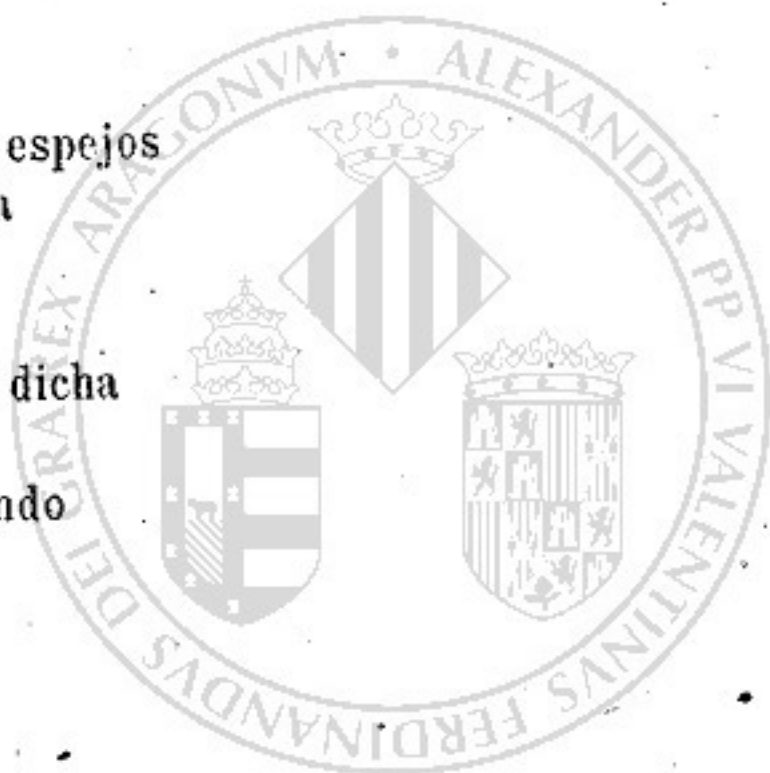
Y entre las sombras no llega
Jamás el puerto á encontrar!

¡Qué titánicos combates,
Cuánta lucha pavorosa
En su pena silenciosa
Firme habrá de sostener,
El amante que en secreto
Adora sin ser amado,
Para que quede ignorado
Su indecible padecer!

¡Cuánto pesar ignorado
Hay del mundo corrompido!
¡Cuánto doliente gemido
Lanzado en la soledad!
¡Cuánta dosis de amargura
En el cáliz de la vida!
¡Cuánta lágrima vertida
Que no enjuga la piedad!

Triste es ver que quien un día
Con dulce amoroso acento
Y frases de rendimiento
Amarnos siempre juró,
De día en día sin un motivo
De adversión, desdén ó queja
Más su corazón aleja
De quien en él imperó.

Hay quien los ojos que espejos
Son de su alma enamorada
Fijar la ardiente mirada
Con apasionado afán
Vé en otros que están de dicha
Y de amor reberberando
Mientras los suyos nublando
Tristes lágrimas están.



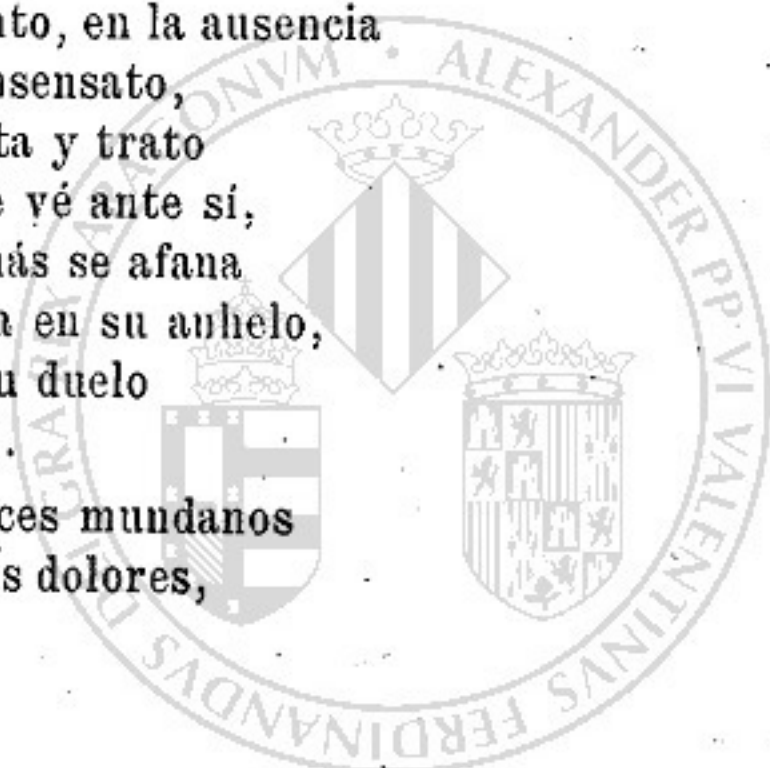
Que quien tan dulces halagos
Le dió cual la madre al niño,
En frialdad torna el cariño
Sin explicarse el porqué;
Y cual copa que al sediento
Al beber se le arrebatá
El alma á su amor ingrata
Arrebatársela vé.

Si de quien adora, aparta
El mirar que amor destella,
De aquel mismo sér la huella
Sus ojos buscando ván;
Y siente, que en el combate
Que en su dignidad sostiene
Fuerte atracción le retiene
Como irresistible imán.

Quiere olvidar, y está siempre
Viendo al sér por quien delira;
Y hasta el aire que respira,
Vá impregnado de su amor;
Y siente, que al soplo helado
De glacial indiferencia;
Se aumenta más la violencia
De su incendio abrasador.

Si á su tormento, en la ausencia
Busca alivio el insensato,
Y esquiva la vista y trato
De quien siempre vé ante sí,
Cuanto en ello más se afana
Y más se empeña en su anhelo,
Más acrecienta su duelo
Y su loco frenesí.

Si acaso en goces mundanos
Busca alivio á sus dolores,



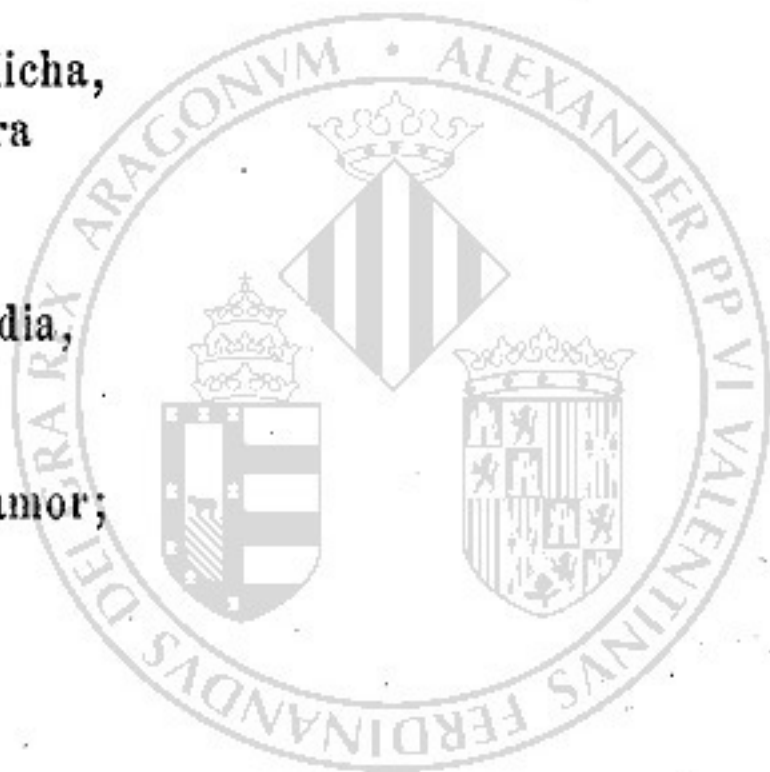
Halla espinas, nunca flores,
Que más su alma van á herir;
Cual girando fascinada
Vá en torno á la luz que brilla,
La gentil mariposilla,
Sus alas á consumir.

Si cree hallar en los halagos
Con que otro amor le convida,
Bálsamo para la herida
Que siente en el corazón,
El nuevo amor con que intenta
Dar al dolor lenitivo,
Hace el recuerdo más vivo
De su primera pasión.

¡Qué largas noches de insomnio
Pasará deshecho en llanto!
¡Cuántas horas de quebranto
Y de tristeza mortal
Viendo que á otro amor dá culto
Quien motiva sus desvelos;
Pensando loco de celos
En la dicha del rival!

¡Qué imágenes en su mente
Hijas de febril delirio
Redoblando su martirio
Pinta su imaginación,
Que si un día soñó en la dicha,
Ahora tormentos le augura
De su soñada ventura
Matando toda ilusión!

Vé solo en quienes envidia,
Los goces incalculables;
Las delicias inefables
De un mútuo y ardiente amor;



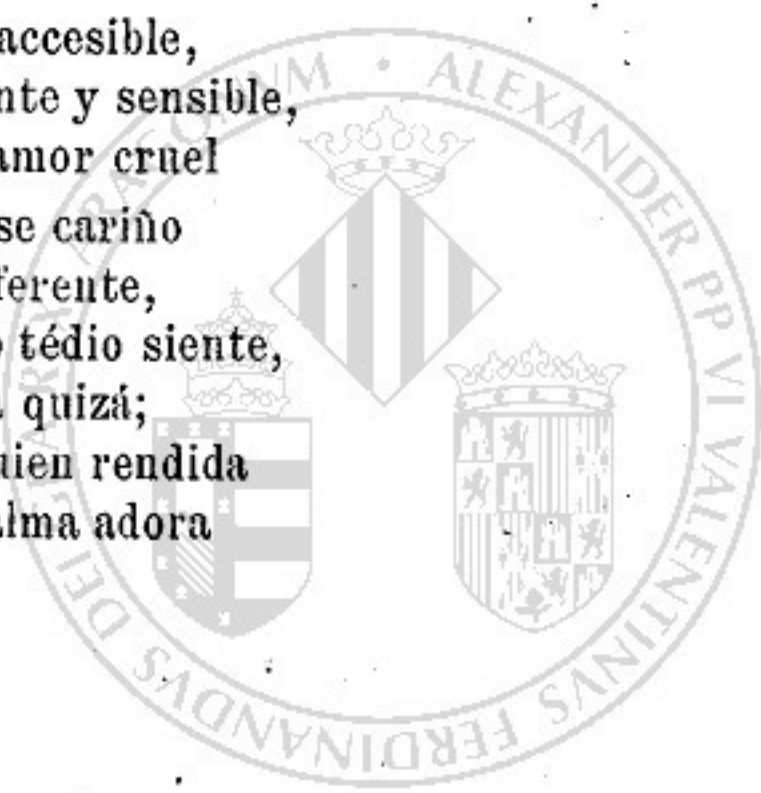
Y en tanto que vé fundirse
Un alma con otra alma,
La suya anhelando calma
Se confunde en el dolor.

Y ante esa dicha, que su alma
En las tinieblas sepulta,
Y su padecer insulta
Con cinismo sin igual,
Que la llena de amargura
Y su existencia envenena,
Al que es causa de su pena
Quiere volver mal por mal.

Porque el corazón herido,
En su dolor sin templanza,
Busca en su sed de venganza
Otro corazón que herir;
Pero la voz prepotente
Le grita de la conciencia:
«¿Lastimando á la inocencia
Vás la dicha á conseguir?»

¿Y el que piensa que el objeto
De su pasión delirante
Es quizás á un tiempo amante
Sin esperanza cual él,
Y el corazón que cual roca
Halló duro é inaccesible,
En tierno, amante y sensible,
Transforma el amor cruel

Para quien ese cariño
No sólo vé indiferente,
Sino que hondo tédio siente,
O de él se mofa quizá;
;Del amor de quien rendida
En silencio el alma adora



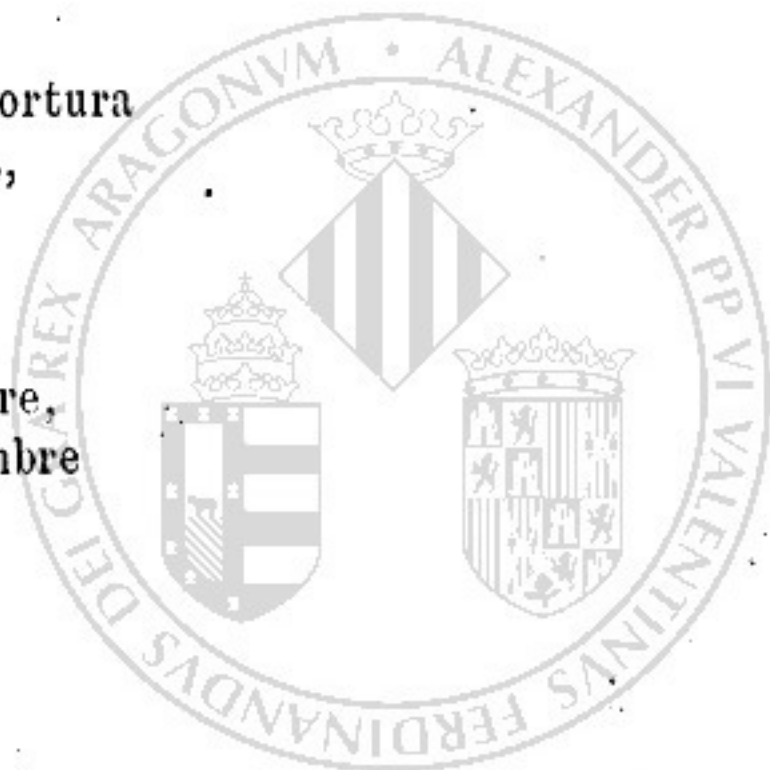
Y el corazón triste llora
Y por él gimiendo está!..

¡Y aquel sér idolatrado,
Por quien cien vidas se diera,
Si cien vidas se tuviera,
Sin temer ni vacilar,
A cambio de una mirada
O una amorosa sonrisa,
A otro ser desprecio ó risa
Tan sólo sabe inspirar!

¡Oh, sarcasmo del destino!
¡Del hado burla sangrienta!
¡Atroz, impunible afrenta
Que es represalia también!
¡En tanto que á él en la pira
Inmola de los amores,
Al que causa sus dolores
Hace mártir por desdén!

Muchas veces quien inspira
El amor que á otro devora,
Aquella pasión ignora
De que hiciera vanidad,
Si del secreto amoroso
Viera descorrerse el velo,
Que de dos almas un cielo
Oculta con la verdad.

Hay quien la horrible tortura
Que el pecho le despedaza,
Con la sonrisa disfraza
De mentiroso placer;
Y aquella lucha violenta
De sufrimientos sin nombre,
Por despecho calla el hombre
Y por pudor la mujer.

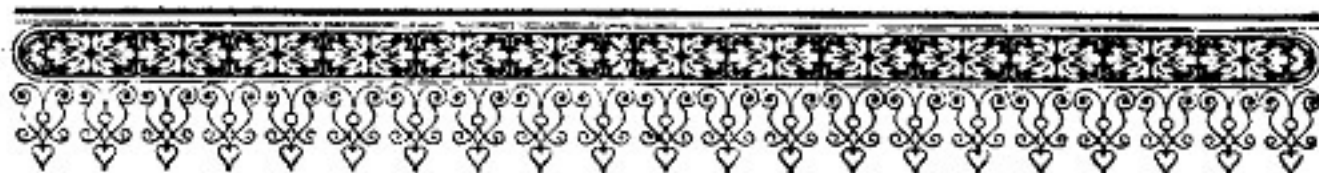


Cuando el alma que en sí escrito
Vé el «*Lasciate ogni speranza*» (1)
El maléfico ángel lanza
Al abismo del horror,
El ángel bueno le dice:
«¡Mira al cielo, noble alma;
»*Que allí también llevan palma*
Los mártires del amor!



(1) «*Dejad toda esperanza*». Palabras, que el célebre poeta italiano, Dante Alighieri, supone escritas sobre las puertas del Infierno, en el grandioso poema, con que inmortalizó su nombre.





La Oración de una niña al despertar.

OH Dios que *invisible brillas*
Y al universo das leyes;
Ante quien doblan los reyes
La cerviz y las rodillas;
Oye la tierna oración
Que en este día al despertar
Mi voz hacia tí al alzar
Te eleva mi corazón!
Dígnate escuchar Señor
A una niña que te invoca,
De quien tu nombre en la boca
Siempre sonó con amor.
Pues mi madre, apenas fui
Capaz de poder pensar,
Me hizo tu nombre adorar
Mucho hablándome de tí.
Por ella, sé que tú eres
Un Sér Eterno, Infinito
De ángeles y hombres bendito
Creador de todos los seres.
Sé que es suma tu bondad,
Omnímado tu poder,



Infinito tu saber,
E inefable tu piedad.

Que morando en las alturas,
De arcángeles rodeado,
Das tu amor y tu cuidado
En el mundo á las criaturas.

Desde el sér angelical
Al humilde gusanillo;
Desde el tierno pajarillo
Hasta el águila real.

Tú oyes siempre al que te implora;
Tú levantas al caído,
Das apoyo al desvalido
Y consuelos al que llora.

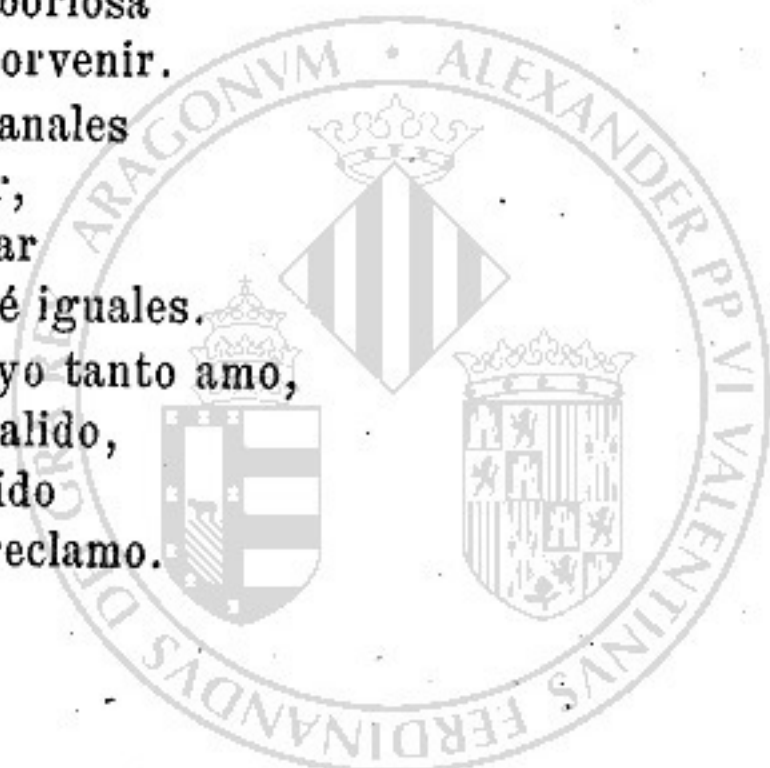
Tú das su vario plumaje
A los pájaros cantores,
Vistes los prados de flores
Y los bosques de follaje.

Tú de Mayo al aura leda
Le das el grato murmullo,
Y haces tejer el capullo
A los gusanos de seda.

Y su nido construir
A la avecilla industriosa,
Y á la hormiga laboriosa
Ahorrar para el porvenir.

A la abeja los panales
Enseñas á fabricar,
Y las arañas á hilar
En hebras ténues é iguales.

Por tí, á quien yo tanto amo,
Dá el cordero su balido,
La tórtola su gemido
Y la perdiz vá al reclamo.



Tú del cielo descendíste
Y hombre te quisíste hacer;
Y por madre, á una mujer,
A una virgen escogíste.

Sé que esta hermosa doncella
Es madre y tocaya mía,
Pues me nombraron María.
Para llamarme cual ella.

La que en belleza á eclipsar
Vá al Iris con sus colores,
A las perlas y á las flores,
Y al Sol rielando en el mar.

Y brilla más dulcemente
De sus ojos el fulgor,
Que el primer rosado albor
De la aurora en el Oriente.

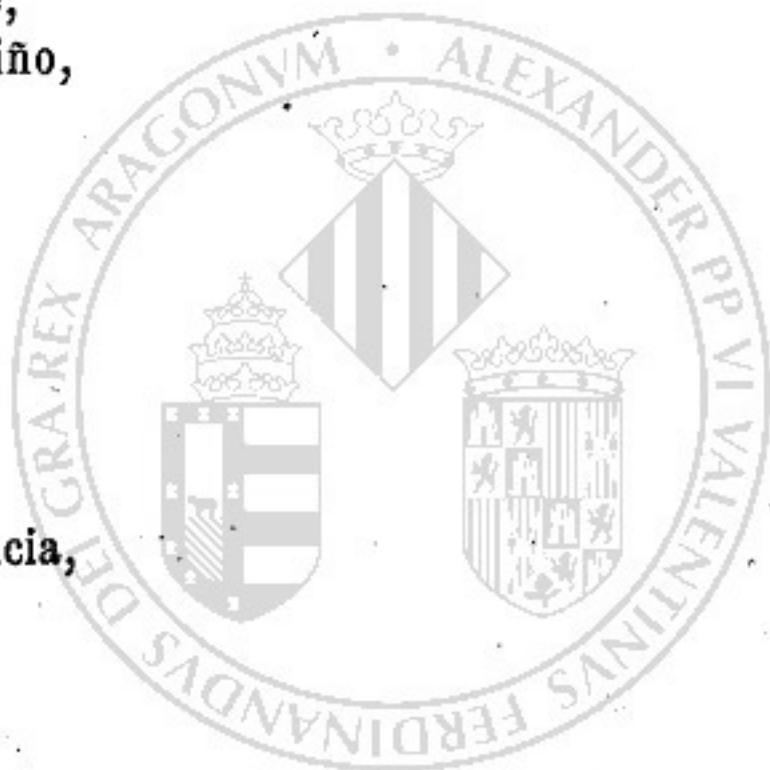
Bajo su huella, jazmines
Frescos nacen, y abren rosas;
Y en torno, cual mariposas
Se agrupan los querubines.

Mas aunque mora en los cielos,
Desde allí guarda á su hija,
Cual paloma que cobija
Con sus alas los polluelos.

Cuando la tierra habitáste,
Antes que hombre fuíste niño,
Y siempre, tierno cariño
A la infancia demostráste.

Y á los niños, de caricias
Colmáste y bendiciones:
Y en sus puros corazones,
Tú cifráste tus delicias,

Por eso, tú, la oración
Siempre escuchas de la infancia,



Flor cuya suave fragancia
Se eleva hasta la región
Donde el celestial palacio
Te dignáste colocar,
Como la perla en el mar,
O la estrella en el espacio.

Así la plegaria mía,
Llegue á tí mi tierno Padre,
Por mediación de tu Madre
La inmaculada María.

Y cual mi madre amorosa,
A veces darme promete,
Ora un dulce, ya un juguete,
Si soy humilde y juiciosa,
Sé que siempre has prometido
Mostrar siempre complacencia,
De la voz de la inocencia
Al eco puro y sentido.

Y así como de placer
Arrullando, mis pichones
Vienen trigo y cañamones
En mis palmas á comer;
Y alguno tengo enseñado
Que en mi boca purpurina,
Beba el agua cristalina
Con su pico sonrosado,

Así, mi Dios y Señor
Beba el agua celestial
Yo en tí, eterno manantial
De gracia, vida y amor.

Hazme dulce y bondadosa,
Humilde afable y honesta,
Pues dicen que la modesta
Es preferible á la hermosa;



Que en dicha ó adversidad,
Alce mis ojos al cielo,
Y sea tu Madre, el modelo
Que yo imite en toda edad.

Y si Ella fué la alegría
De su madre, en su niñez,
También lo sea yo á mi vez
De la cara madre mía.

Su sangre me quiso dar,
Con su jugo me lactó;
Y ella mis pasos guió
Cuando yo comencé á andar,
En su falda me mecía;
Y al llorar me acariciaba;
Y en tanto que me arrullaba,
En sus brazos me dormía.

Y hoy que casi adolescente
Soy, al irme yo á dormir,
Viene á mi lecho á imprimir
Un tierno beso en mi frente.

¡Y hay en él tal expresión,
De ternura tal exceso,
Que parece que en un beso
Darme anhela el corazón!

Haz que mi alma al volar
A Tí, su Padre y su dueño,
Dulce haga mi postrer sueño
Un ángel con su arrullar.

Y que el que me disteis vos,
Por custodio en este suelo,
Haga que al tornar al cielo
No entre *un* ángel sino *dos*!





AMOR

TRANQUILO como lago transparente,
Es el amor del que ama y es amado;
Y es el amor violento y desdeñado,
Turbio raudal que ruge sordamente:
Quien de celos se abrasa en fuego ardiente,
Es como el que de sed gime apenado,
Y vé llegar el líquido anhelado
Al labio del que sed quizás no siente:
Es en silencio amar, fatal dolencia,
Cuyo remedio, aunque en la tierra existe,
Nunca puede alcanzar la humana ciencia:
Adorar esperando, en lontananza
Ver un cielo, do solo hay noche triste
Cuando muere la luz de la esperanza!





POESÍA

HAY muchos, que nos dicen que es mito la poesía,
Y solo del poeta quimérica invención;
Delirios de una ardiente y loca fantasía;
Irrealizable sueño, utópica ilusión.

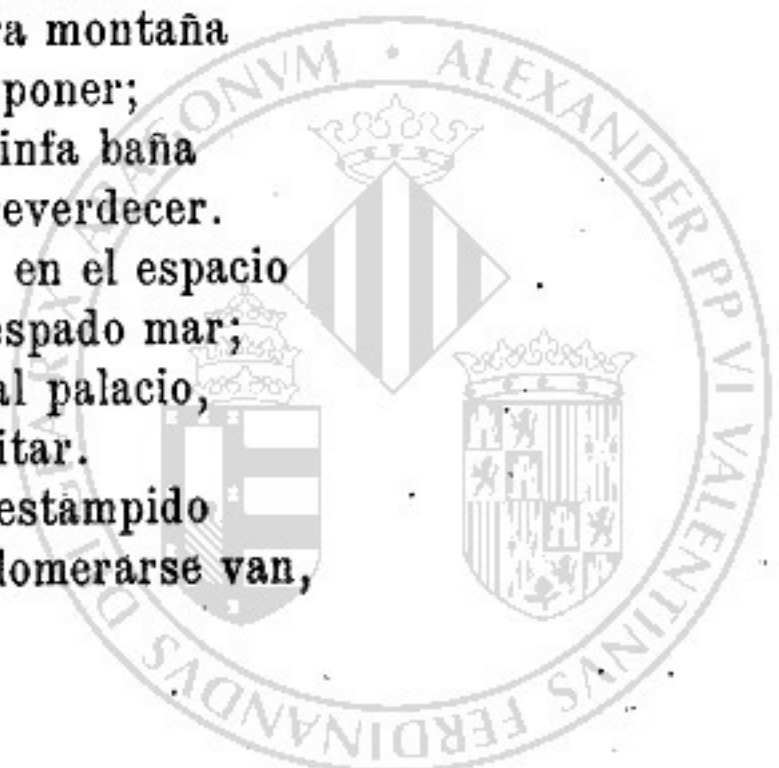
Pues comprender no puede, quien el materialismo
Fué el ídolo al que culto su corazón rindió,
Que en la creación entera la mano del Dios mismo,
Tesoros de poesía doquiera prodigó.

Poesía, en su inmenso círculo, el universo encierra;
La tiene el sér anímico, la planta, el mineral;
Y desde el alto cielo, al centro de la tierra,
Existe en lo corpóreo, y existe en lo ideal.

En la elevada cumbre de la áspera montaña
Do el águila altanera, el nido va á poner;
Y en el frondoso valle que con su linfa baña
El río, que hace aquel suelo feraz reverdecer.

Se encuentra la poesía, lo mismo en el espacio
Que en las hinchadas olas del encrespado mar;
En la cabaña humilde, que en el real palacio,
Do exista la belleza, se siente palpar.

Del fragoroso trueno el hórrido estampido
Que vibra entre las nubes que á aglomerarse van,



Del león rey de la selva, el bélico rugido,
La llama que despide el cráter del volcán.

Revelan la poesía sublime é imponente,
Pues son de la belleza, enérgica expresión,
Sellada por la mano de un Dios Omnipotente
Y que en el alma deja insólita impresión.

Y cuando en la borrasca, el trueno ya retumba,
Y surgen los relámpagos el uno de otro en pos,
Y la celeste bóveda parece se derrumba
Y estalla abrumadora la cólera de Dios,

Después que la tormenta se calma, y no aparece
De súbito relámpago la luz clara y fugaz,
Y el iris, de los cielos, las sombras desvanece,
Luciendo sus colores el nuncio de la paz,

¿En dónde hay espectáculo de igual magnificencia,
Que el iris esmaltando un cielo de zafir,
Tan puro cual la hermosa angélica inocencia
Que brilla en el semblante del niño al sonreír?

Que en el grandioso libro de la naturaleza
Del himno el son, la horrisona rugiente tempestad.
Recuerda; y del idilio, la cándida belleza,
De azul límpido cielo, la dulce claridad.

Poesía tiene la aurora, brillando en el Oriente,
El cielo embelleciendo con su rosado albor,
Que al mundo que despierta, anuncia el día naciente
Los campos revistiendo de luz y de color.

También esplendorosa se muestra la poesía,
Cuando al caer la tarde, se vé el poniente sol,
La huella señalando del espirante día,
De púrpura y de oro con fúlgido arrebol.

¿Y dónde se vé nada más bello y más grandioso,
Que un estrellado cielo, en cuyo fondo azul
Destaca de la luna el disco luminoso
Y diáfanos celajes desplagan su albo tul?

Poesía tiene el campo, desnudo de follaje,

Cubierto por la nieve, de invierno en el rigor,
Tornando alabastrino bellísimo paisaje,
Como copiar exacto, no le es dable al pintor.

Poesía tiene el prado cuando con lindas flores
Le torna primavera en mágico pensil;
Poesía tienen los céfiros, que son los portadores
De aromas y suspiros en el templado Abril.

Poesía tienen las frondas del bosquecillo umbrio
Cuando del aura al beso se sienten murmurar,
Poesía tiene en sus aguas, el ondulante río,
Que entre cimbradas cañas se sienten murmurar.

Poesía es encantadora, y música suave,
De límpida cascada al cadencioso son,
En la enramada verde, el dulce pío del ave,
Que mora en la floresta do entona su canción.

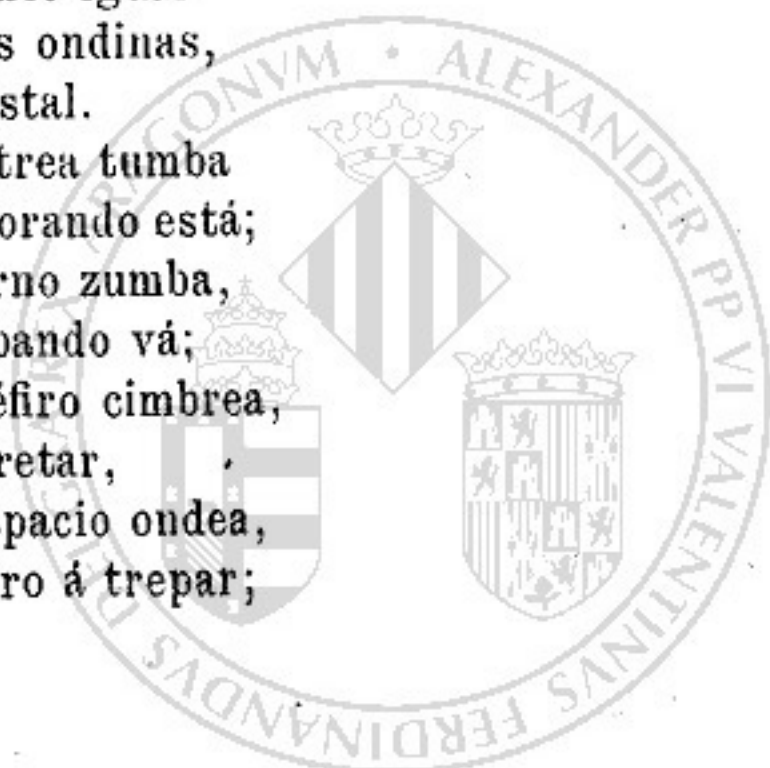
Pues nada hay más poético que el gorjear sentido
De amantes ruiseñores, y el canto matinal,
De trinadora alondra, que va á ocultar su nido
Entre las rubias mieses que dá el tiempo estival.

Poesía tiene el suave y perfumado ambiente,
Efluvios esparciendo de nardo y de jazmín;
Y el agua que murmura en la marmórea fuente,
De noche, entre las frondas de plácido jardín.

Poesía tienen del lago las ondas cristalinas
Que mece blanda brisa con movimiento igual
La que al gemir, parece suspiran las ondinias,
Que viven prisioneras en líquido cristal.

El sauce que inclinado sobre la pétrea tumba
Parece que al recuerdo de un sér, llorando está;
Y el naranjal florido, del cual en torno zumba,
La abeja que en sus flores la miel libando vá;

La tierna y rubia espiga que el céfiro cimbreá,
El cedro que parece las nubes va á retar,
La esbelta y alta palma que en el espacio ondea,
La humilde campanilla que vá el muro á trepar;



El plátano de América, y la magnolia indiana,
El roble, cuyo tronco no inclina el aquilón,
La purpurina rosa, abriendo á la mañana
Los pétalos corvexos que forman su botón;

La sin rival camelia, que en el salón descuella
En ánfora de Sevres alzándose gentil,
La blanca margarita, que busca la doncella
Para amoroso oráculo de su alma juvenil,

Son bellos en sí mismos, ó misterioso emblema
De nobles sentimientos y de virtudes son:
Cada uno, de los mundos, es frase en el poema
Y nota en el concierto de toda la creación.

El arroyuelo manso, que su cristal dilata
Y en sosegado curso, se vé undoso correr,
Y desde la alta roca la hirviente catarata,
Quebrando con estrépito sus ondas al caer;

Los bosques, con sus árboles que albergan ruisseños,
Y con sus grutas cóncavas do á refugiarse ván
Las tímidas gacelas, los gamos saltadores,
Y los esbeltos corzos, del frío y del huracán;

Aquel beso tan casto, dulcísimo, amoroso
Que cambia la paloma con su consorte fiel;
El salto, que gallardo al relinchar gozoso
Dá cuando vé á la yegua intrépido corcel;

Y la robusta vaca que pasta en la pradera,
Al sér á quien dió vida llamando en su mugir;
La joven ternera, que acude placentera
De blanca leche llenas los ubres á exprimir;

La negra golondrina, que vá en su raudo vuelo,
Batiendo con sus alas sin producir rumor,
Del río las claras ondas, cuando con tierno anhelo
Vá al nido, donde guarda las prendas de su amor,

Ofrecen, de poesía, conjunto más amable
A todo aquel que sabe con fe y verdad sentir

Que toda la poesía más alta y admirable
Que aquí inspirado vate llegára á concebir!

Poesía, son las frases que dice el fiel amante
A la mujer amada, que oyéndole, es feliz,
Al par que la modestia colora su semblante,
De púdico sonrojo con virginal matiz.

La madre que arrobada contempla al tierno niño
Que juega en su regazo con júbilo infantil,
Y de ella, que le mira con íntimo cariño
Es inefable goce su distracción pueril;

Y cuando sus mejillas de nácar y de rosa
La amante madre besa con acendrado amor,
Cual besa dulcemente la linda mariposa
Los pétalos fragantes de campesina flor,

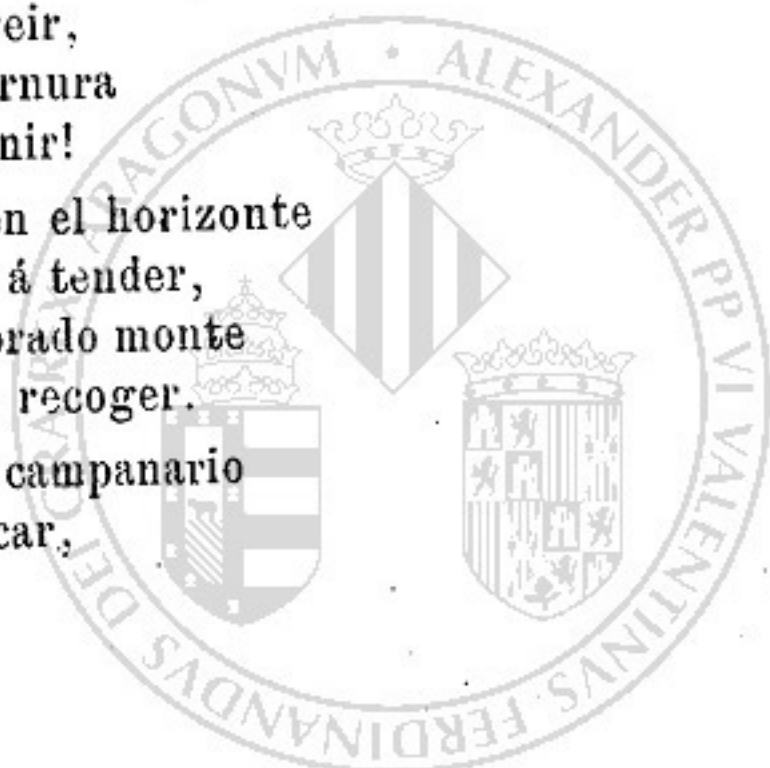
Aquella expausión dulce cual el panal de abeja,
Que hechiza en su poética, su santa sencillez,
Así como del alba, la luz, la noche aleja,
Disipa del espíritu, las sombras á la vez!

Aquel cuadro, que ofrece tan deliciosa escena,
De mágico atractivo, de encanto sin igual,
El alma, que es sensible, de dulcedumbre llena,
La mente transportando á un mundo celestial.

Pues ese hermoso cuadro, de dicha la más pura,
Que al corazón, parece, incita á sonreír,
Es delicioso idilio, que á veces de ternura
A nuestros ojos hace las lágrimas venir!

Y cuando ya el crepúsculo, se vé en el horizonte
Mostrando que la noche su vuelo va á tender,
Y ya el pastor sus redes por el quebrado monte
Para ganar su albergue se apresta á recoger.

Y en tanto que se escucha del alto campanario
La esquila lentamente el *Ángelus* tocar,



Al alma recordando la paz del santuario,
Diciendo que es la hora, en que se debe orar,

Y á aquélla, que es la Madre más tierna y amorosa,
El niño y el anciano, el siervo y el señor,
La dama y la labriega, la célibe y la esposa,
Elevan sus plegarias, con místico fervor.

Y aquel toque, sentido cual tétrico lamento
Que infunde en nuestro espíritu, de religiosa unción,
Profundo, inexplicable y dulce sentimiento,
También eso es poesía, pues mueve el corazón!

Poesía, es el sentimiento recóndito del alma,
Cuando al verter la luna su pálido fulgor,
De la tranquila noche en la apacible calma,
Evoca sus recuerdos de dicha ó de dolor.

Y cuando el alma busca la paz en el retiro,
Del mundanal bullicio huyendo con desdén,
Cuando espaciarse anhela en lánguido suspiro,
Y el llanto es su consuelo, la soledad su bien;

Aquel hondo suspiro, que cuanto más se tarda,
De la prisión del pecho, más pugna por salir,
Que así como la concha, la perla oculta guarda,
El corazón encierra por no dejarle oír;

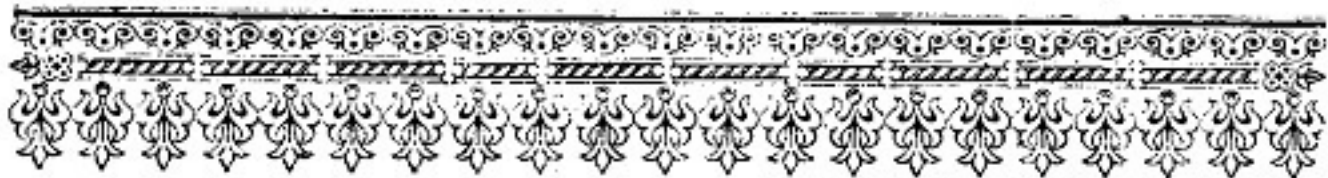
Aquella ardiente lágrima que en sí envuelve un misterio,
Y que se vá en la sombra, del mundo á recatar,
Que nubla la pupila, y es dulce refrigerio
Del alma que mitiga sus duelos al llorar;

También eso es poesía, que el que en silencio llora,
Y solo en el retiro dá curso á su aflixión,
Vé el alma en el suspiro que lento se evapora
O en lágrimas ardientes fundido el corazón!

En todo lo que es bello, el soñador poeta,
La célica poesía sabe encontrar doquier,
Así como la niña, la tímida violeta
Oculta entre las hojas inclinase á coger.

Pues flor es la poesía, de la que es el talento,
El sol que alumbra el mundo del uno á otro confín
Su sávia es la belleza, su aroma, el sentimiento;
Su vaso, el pecho amante, y el cielo su jardín!





TU RETRATO.

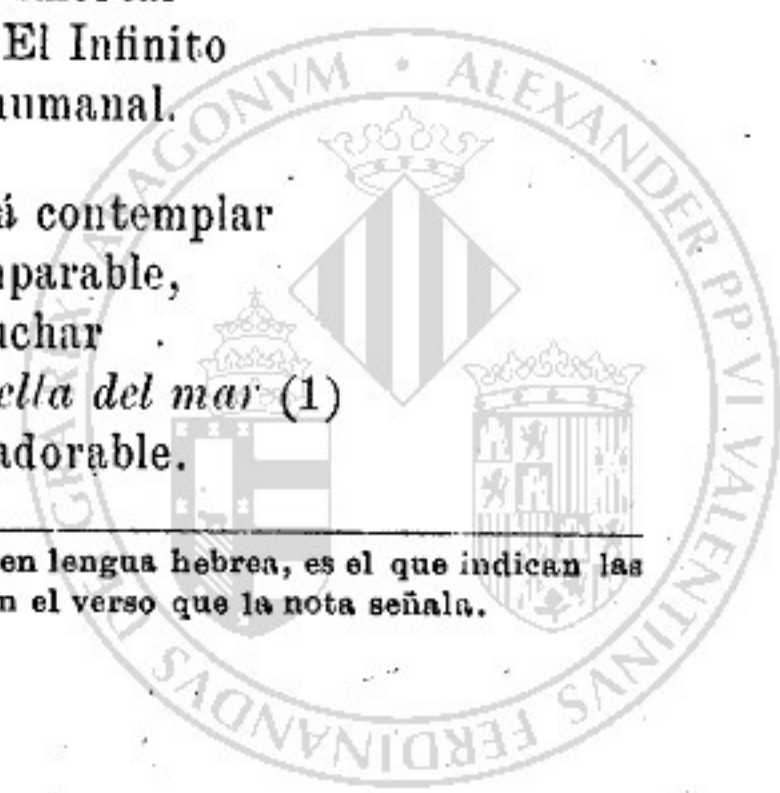
A María

MARÍA, dulce es tu nombre
Cual la música del cielo;
Es aurora de consuelo,
É iris de paz para el hombre
Que gime en aqueste suelo.

Si una mujer celestial
Hizo tu nombre bendito
Y entre todos, inmortal
Porque en Ella, El Infinito
Tomó la forma humanal.

Quando llego á contemplar
Tu belleza incomparable,
Paréceme al escuchar
Tu nombre, *Estrella del mar* (1)
Más dulce, más adorable.

(1) El significado del nombre *María*, en lengua hebrea, es el que indican las palabras impresas con letra bastardilla, en el verso que la nota señala.



Y como yo tan amante
De lo bello, siempre fui,
Lo que al mirarte sentí,
Te he de decir al instante
Cantando á lo bello en tí.

Tu retrato quiero hacer;
¿Pues por qué nó, una mujer
A otra hermosa ha de cantar,
Y sus gracias encomiar
Sin envidia, y con placer?

Si Dios, desde su alto asiento,
Al crear tanto portento,
Hizo multitud de bellas,
Como millares de estrellas
En el azul firmamento;

Y esparció miles de flores
En los campos y jardines,
Do celebrar sus amores
Cantando los ruiseñores,
Calándrias y colorines;

Y así flores cual estrellas
En los campos y los cielos,
Siempre en la paz viven ellas,
Sin envidias ni querellas,
Rivalidades ni celos.

La margarita sencilla,
A la camelia sin par
No envidia la pobrecilla;
Y su beldad no la humilla;
Antes la sabe admirar.



Que al verla lucir ufana,
Su color de nieve ó grana
No siendo en mérito igual,
En vez de odiada rival,
Solo vé á su soberana.

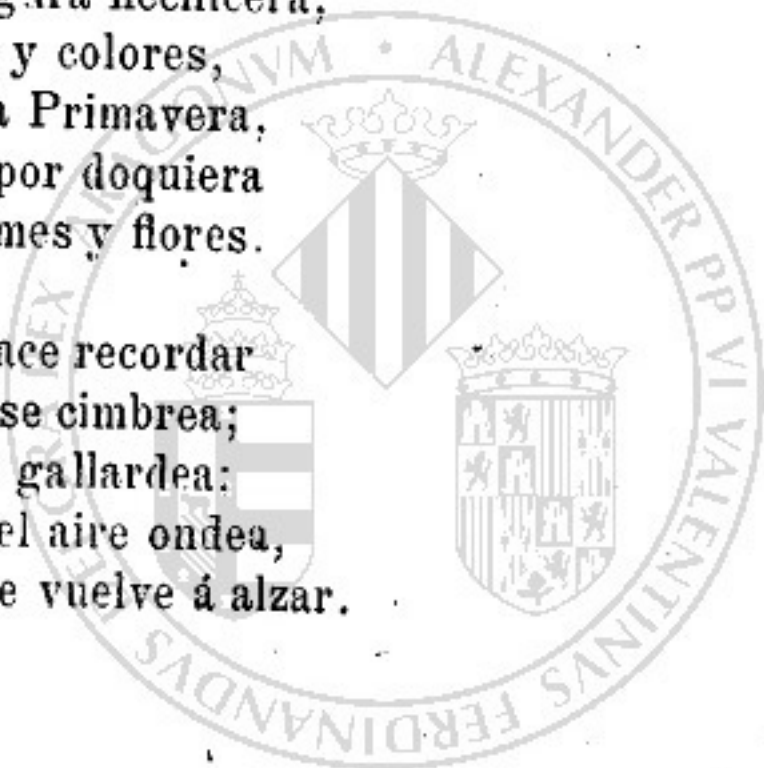
Más larga es la digresión,
Y solo es esta ocasión
De describir tu belleza,
Diciéndote con franqueza,
Lo que siente el corazón.

Para hacer la copia fiel
De tus célicos primores,
Sería preciso el pincel
De Ticiano ó Rafael.
Y de Rubens los colores.

Pues si el de Urbino, tornára
A la vida, y ver lográra
Tu belleza peregrina,
No sería la Fornarina
Sino tú, quien le inspirára!

Pues tu figura hechicera,
En gentileza y colores,
Recuerda á la Primavera,
Que reparte por doquiera
Auras, perfumes y flores.

Tu talle, hace recordar
El junco que se cimbreo;
La palma que gallardea:
Y cuando en el aire ondea,
Se inclina y se vuelve á alzar.



Tu paso es ligero, cual
El del aura matinal
Cuando resbala en las frondas
O el de la ondina en las ondas,
Del lago sobre el cristal.

Entre tu oscuro cabello
El óvalo encantador
De tu rostro, es aún más bello,
Que de la luna el destello
En una noche de amor,

El candor, su luz refleja
En tu frente despejada.
Cual su puro rayo deja
El sol, cuando ya se aleja
Sobre la cumbre nevada.

De bello y garzo color
Y expresión arrobadora,
Tus ojos en su fulgor
Reflejan el ténue albor
Que anuncia la blanca aurora.

Logra tu dulce mirar
Del alma el ódio alejar;
Del corazón el sufrir;
Hace dulzura sentir
Y con el cielo soñar.

Si de tu faz la blancura
La gardenia contemplára,
É inanimada criatura
Pensára, cosa es segura,
De celos se sonrojara,



Y la tinta sonrosada
Que le prestára el rubor,
Sería menos delicada
Que de tu tez nacarada
El delicioso color.

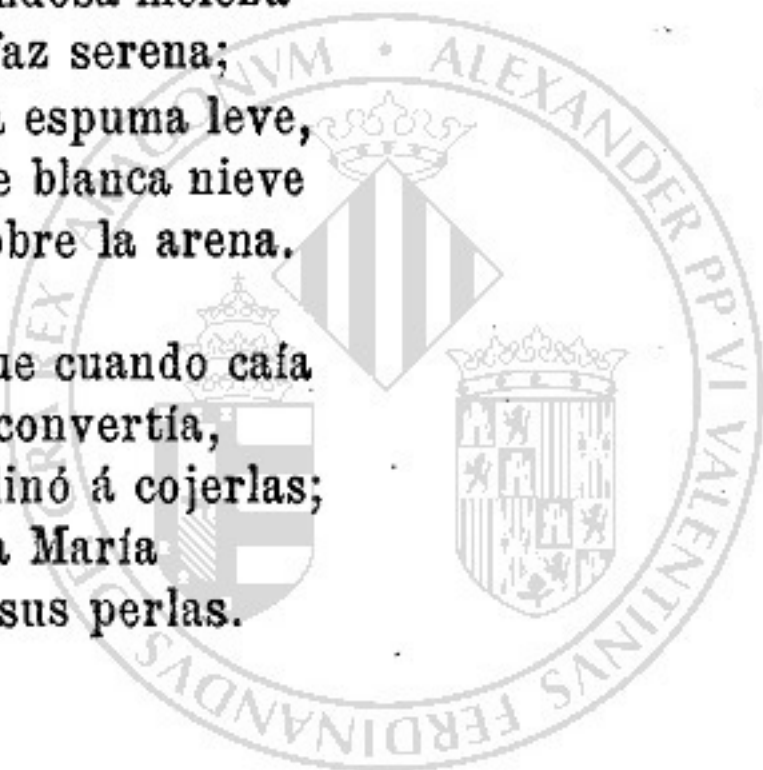
Y tu cútis que azucenas
Envidian, á colorar
No logra la sangre apenas,
Que en las azuladas venas
Se vé ténue circular,

Y ella fresca y purpurina
Se transparenta al correr,
Cual en fuente alabastrina
Se ven, de agua cristalina
Líquidas perlas caer.

Venus al salir del mar
En concha de nácar rosa
Cuando en la playa arenosa,
La nivea planta á posar
Llegó de beldad la diosa,

La rubia undosa melena
Sacudió con faz serena;
Y del mar, la espuma leve,
Cual copos de blanca nieve
Fué á caer sobre la arena.

Y al ver que cuando caía
En perlas se convertía,
Venus se inclinó á cojerlas;
Y fué tu boca María
El joyero de sus perlas.



Por eso, entre los corales
De tus labios sonrientes,
Luces dos hilos iguales
De esas perlas orientales
Que denominan tus dientes.

Un día que el artero amor,
Un escondrijo buscaba
Donde ocultarse traidor
Para disparar mejor
Las saetas que arrojaba,

Llegó en silfo á transformarse
Con alas de mariposa,
Y en tu boca á refugiarse,
Porque llegó á imaginarse
Que era un capullo de rosa.

Y tan bien se halló el rapaz
En su perfumado nido,
Que desde entonces, falaz
Turba la calma y la paz
Dejando de amor herido

El varonil corazón
Que en esos tus labios rojos
Halla su dulce prisión,
Si resiste á la atracción
De tus bellísimos ojos.

De tus labios la sonrisa,
Es tan dulce cual la brisa
Que suspira en la enramada;
É imita tu franca risa
El rumor de la cascada.



Tu voz es tan melodiosa
Como el cántico del ave;
Como el cristal sonora,
Como el arpa cadenciosa,
Como el céfiro suave.

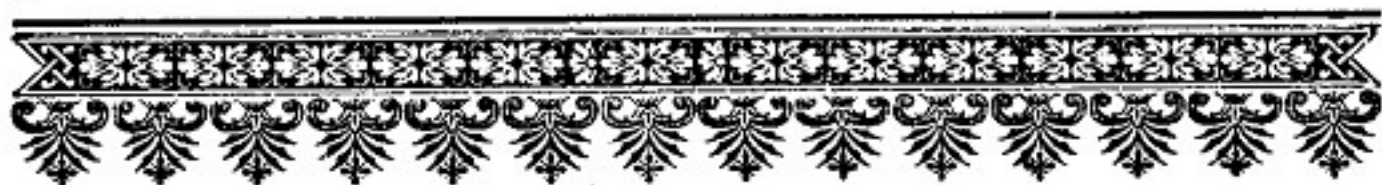
Perdona hermosa María
Si torpe la musa mía
Al describir tu hermosura,
No halla en frases galanura
Ni aún en mi lira armonía.

Pensaba hacer el bosquejo
De tu célica beldad,
Y á tu reflexión yo dejo
Ver el pálido reflejo
De tan bella realidad.

Cuando llego á contemplarte,
Tan solo siento al mirarte,
Ese entusiasmo que inspira
Al artista, cuando admira
Lo bello, en la obra de arte.

Y al contemplar extasiada,
Tu belleza angelical,
Digo: ¿Eres mujer ó hada?
¿Eres forma idealizada,
O en la forma, lo ideal?



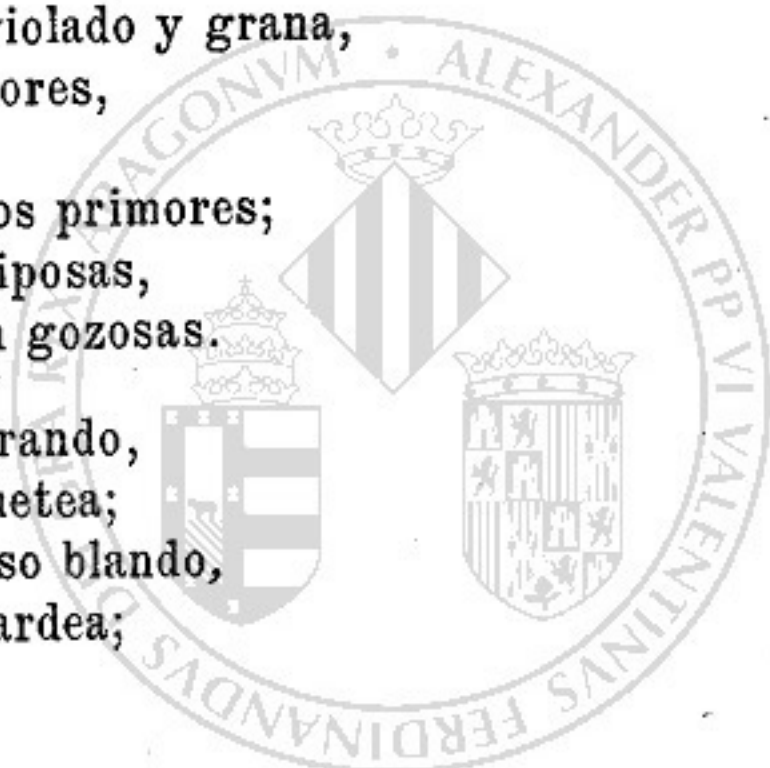


La princesa *Térmutis*

YA la risueña y sonrosada aurora
Esparce sus albores en Oriente;
Y con las perlas líquidas que llora
Corona de la flor la casta frente;
Ya la flor su corola encantadora
Desplega al saludar el día naciente,
Y en el bosque, escuchar dejan las aves
Sus acentos melífluos y suaves.

A la plácida luz de la mañana,
El prado luce su tapiz de flores,
Que de oro, blanco, azul, violado y grana,
Combinados los vívidos colores,
Parece delicada filigrana
Que á su matiz iguala en los primores;
Y con vuelo fugaz las mariposas,
A posarse en las flores ván gozosas.

El céfiro apacible, susurrando,
Con las hojas del loto juguetea;
Y también, al sentir su beso blando,
La palmera ondulante gallardea;



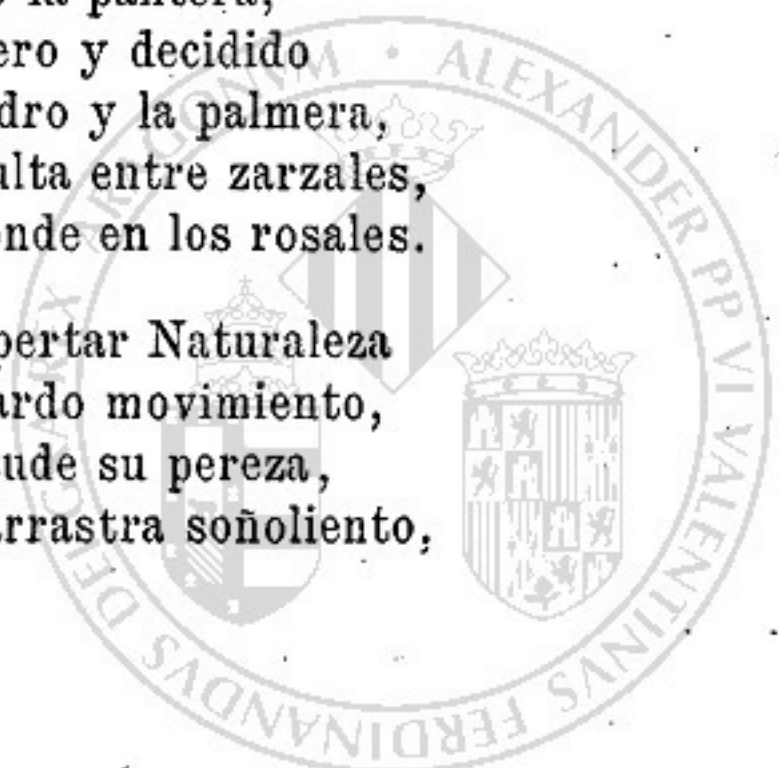
El límpido arroyuelo, murmurando,
Sobre arenas menudas serpentea,
Y la yerba cubierta de rocío
Aún muestra su verdor en el estío.

Del campestre concierto, los sonidos
El aura esparce y á la par aromas;
Las alondras se ven dejar los nidos;
En los collados y elevadas lomas,
De las tórtolas se oyen los gemidos
Y el arrullo de cándidas palomas,
En la selva retoza la gacela,
Y bala en el aprisco la ovejuela.

Rico y exuberante de hermosura,
Sus galas muestra el africano suelo;
Donde del monte en la encumbrada altura,
El águila real alza su vuelo,
Mientras del bosque canta en la espesura
El ruiseñor cual ángel en el cielo;
Donde el berrido del ternero suena,
Y el león ruge, erizando la melena.

Allí, donde el chacal lanza su aullido,
La ardilla se solaza en la ribera;
El antílope corre en el ejido;
Ágil salta bufando la pantera;
Trepa el mono ligero y decidido
A las cimas del cedro y la palmera,
La sierpe silba oculta entre zarzales,
Y la oruga se esconde en los rosales.

Se siente al despertar Naturaleza
De la tortuga el tardo movimiento,
Que ya el topo sacude su pereza,
Que el caracol se arrastra soñoliento,



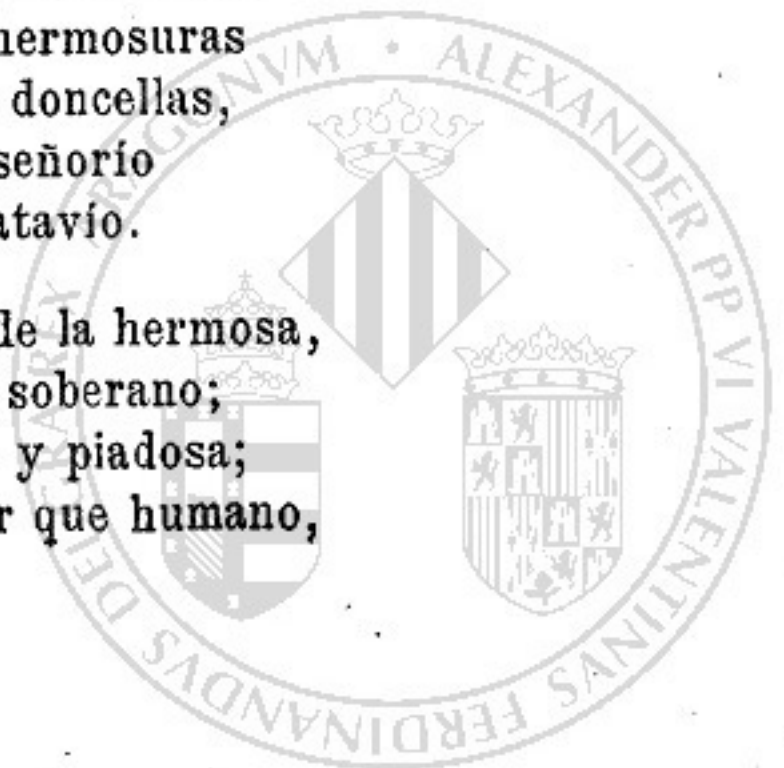
Al ventrudo hipopótamo que empieza
A espaciarse en el líquido elemento,
Y de cóncava gruta cabe el Nilo
A la boca asomarse el cocodrilo.

La tierra tiembla al imprimir su huella
El elefante sobre el suelo herboso:
La girafa su piel manchada y bella
Gentil luce al alzar el cuello airoso;
El pastor va á extraer de la camella
Á las ubres, el jugo delicioso,
Y la garza ya vuela entre las frondas,
Ó del río á zambullirse vá en las ondas.

Del rubio sol los fúlgidos reflejos,
Aún no doran la cúspide eminente
Del monte; ni los múltiples espejos
El Nilo deja ver de su corriente,
Cuando en su margen, súbito, á lo lejos
De frescas voces el rumor se siente;
Y luego de mujeres, grupo hermoso
Aparece compacto y numeroso.

Graciosas y elegantes vestiduras
Con sin igual donaire llevan ellas,
Todas lindas en rostros y figuras;
Mas cual sol eclipsando á las estrellas
Descollando entre tantas hermosuras
Una vá en aquel grupo de doncellas,
Que á todas, en belleza y señorío
Eclipsa, como en galas y atavío.

Térmutis es el nombre de la hermosa,
Hija del que de Egipto es soberano;
Su alma es noble, benéfica y piadosa;
Su corazón sensible, al par que humano,



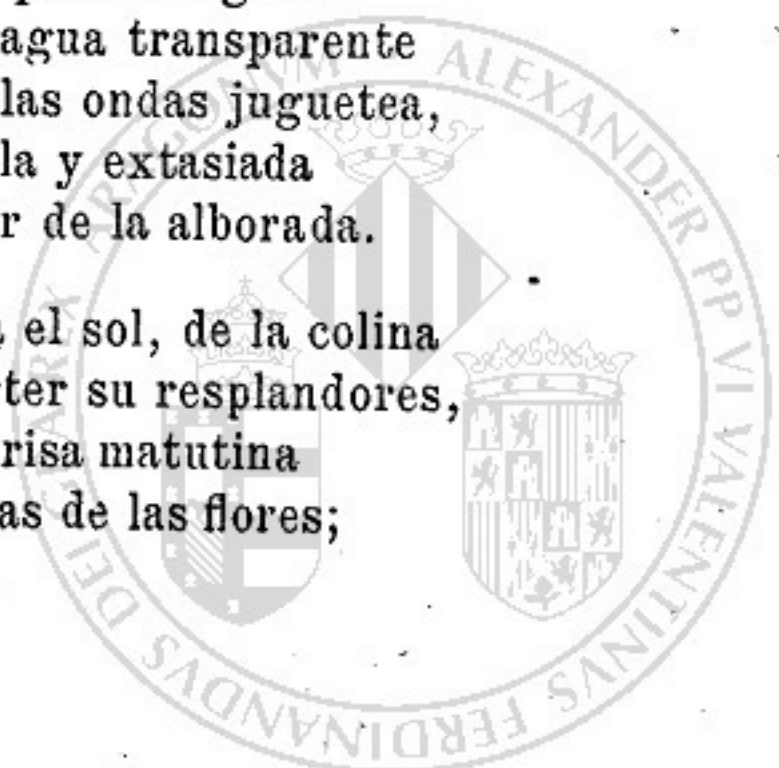
La joya es más espléndida y valiosa
Del monarca, su padre, quien tirano
Es del pueblo israelita, al cual oprime,
Y que en la dura servidumbre gime.

De un soto, bajo el toldo de ramaje,
Y del Nilo en la orilla encantadora,
Las esclavas desnudan del ropaje
A la joven princesa su señora;
La que desnuda del costoso traje
Aparece aún más linda y seductora,
Con la túnica blanca cual las plumas
Del cisne, ó de los mares las espumas.

Con pie desnudo, que quizá envidiado
Sería por Venus misma, si le viera,
Y que en terso alabastro modelado
Al contemplarle, Fidias le creyera,
Hacia el río, aunque con paso mesurado,
Cual las hadas y sílfides ligera,
Con gracia y decisión la niña avanza,
Y á las ondas intrépida se lanza.

Y dentro de la límpida corriente
En nadar con soltura se recrea:
Ora, mira gozosa y sonriente
Como en líquidas perlas le gotea
De su cabello, el agua transparente
Ya cual cisne en las ondas juguetea,
Y parece tranquila y extasiada
Las delicias gozar de la alborada.

En tanto, mira el sol, de la colina
En la cumbre verter su resplandores,
En sus alas, la brisa matutina
Le lleva los aromas de las flores;



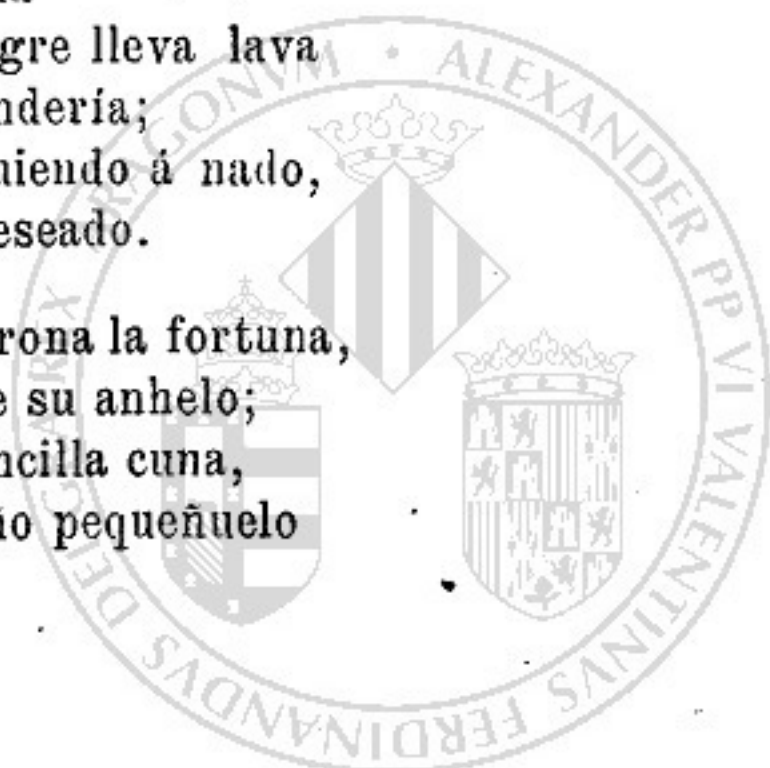
Y besando su frente alabastrina,
Hace al par de los pájaros cantores,
El concierto llegar á sus oídos
En múltiples y armónicos sonidos.

Mas de pronto la niña candorosa
Dirigiendo á lo lejos la mirada,
En la corriente limpia y caudalosa
Que se desliza mansa y sosegada,
Distinguir le parece *extraña cosa*,
que flotando en el agua sobrenada,
Cual sin cable ni remos la barquilla
Que se aleja flotando de la orilla.

Entonces llena de interés curioso,
Aquello extraño con afán mirando,
Al notar que el objeto misterioso
Se iba un tanto á la margen acercando,
Con acento, aunque firme, no imperioso,
Se dirige á su séquito ordenando,
Que traigan lo que á ver lejos no acierta,
Y que en tal grado su interés despierta.

De hablar apenas la princesa acaba,
Cuando ya con denuedo y osadía,
A las aguas se arroja etiope esclava
Cuyo color al ébano daría
Envidia, y que en su sangre lleva lava
Y su mirar el hielo encendería;
Y se afana en coger siguiendo á nado,
Aquello, por su dueña deseado.

Su empresa, al fin, corona la fortuna,
Pues ya toca al objeto de su anhelo;
El que de juncos, es, sencilla cuna,
Y en ella, duerme un niño pequeñuelo



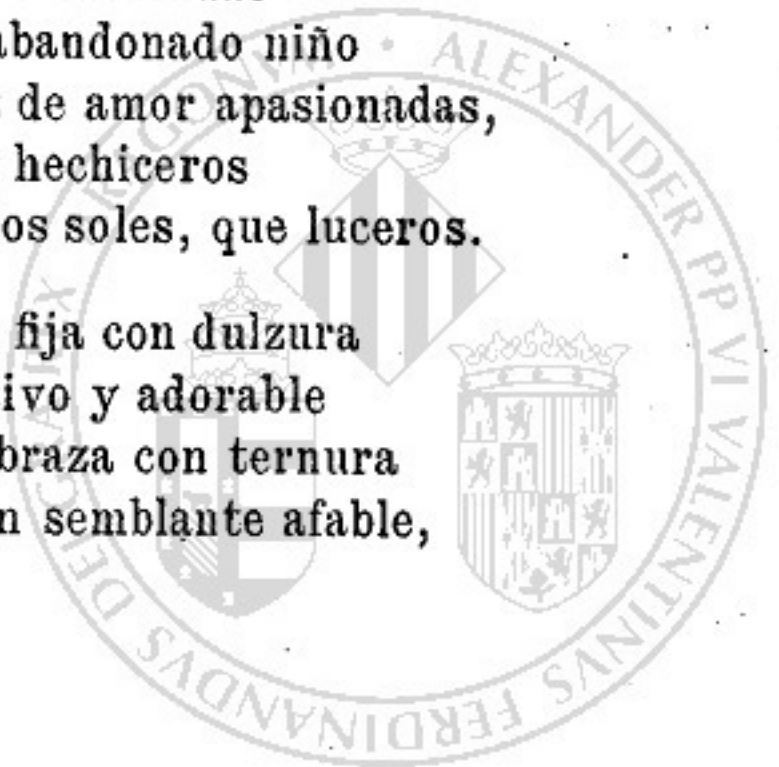
Hermoso como el rayo de la luna
Cuando al bajar desde el cenit al suelo,
A través de los olmos y nopales
Se refleja del lago en los cristales.

Cual ruge de placer la tigre fiera
Cuando apresa al cervato inadvertido;
Cual bate el ala el águila altanera
Sorprendiendo á la tórtola en el nido,
Clama y bulle la esclava placentera
Y llevando aquel ángel aún dormido,
A su dueña dirígese anhelante
Con el rostro de júbilo radiante.

Entonces, entre ufana y reverente,
Dá su carga tan leve cual preciosa
A la dama, que mira dulcemente
Y estrecha entre sus brazos amorosa,
Al niño, en cuya boca sonriente
Un tierno beso deja, cual la rosa,
Que se inclina del aura al blando rullo,
La corola á besar de su capullo.

Y le besa con íntimo cariño
Las mejillas redondas y rosadas;
Y su mano más blanca que el armiño
Estrecha las manitas nacaradas
De aquel hermoso abandonado niño
Que á sus muestras de amor apasionadas,
Al fin abre los ojos hechiceros
Que son más bien dos soles, que luceros.

Y al abrirlos, los fija con dulzura
En el rostro expresivo y adorable
De aquélla, que le abraza con ternura
Y que al mirarle con semblante afable,



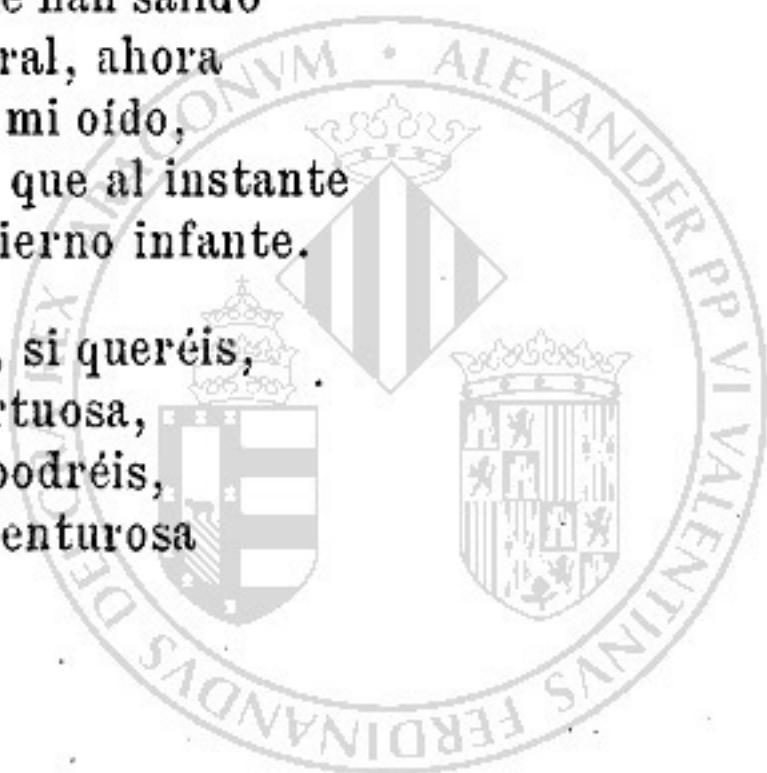
En el rostro infantil de la criatura,
Ver le parece, júbilo inefable,
Cual si probára célicas delicias
Entre tantos halagos y caricias.

Cuanto más mira al niño abandonado,
Más se aumenta su tierna simpatía;
Y al pensar que carece del cuidado
De una madre, serlo ella desearía
Al ver, de cuánto mimo delicado
Y regalo, su cuna rodearía,
A su lado por siempre ya guardarle
Resuelve, y aún por hijo allí adoptarle.

Entre tanto, la joven considera
Con dolor, que aquel párvulo inocente,
Necesita alimento, y que no espera
Dilación aquel caso tan urgente;
Cuando á una niña vé por la ribera
Que hácia allí se encamina diligente,
La que á distancia había respetuosa
Contemplado la escena deliciosa.

Y al llegar, con sonrisa halagadora,
Acento dulce y ademán rendido,
Le dice á la princesa: «Gran Señora,
»Las sentidas palabras que han salido
»De vuestros labios de coral, ahora
»Llegaron por azar hasta mi oído,
»Y por ellas, comprendo, que al instante
»Queréis nodriza para el tierno infante.

»Presentaros yo puedo, si queréis,
»Una mujer honrada y virtuosa,
»En la que ciega confiar podréis,
»Y la cual se tendrá por venturosa

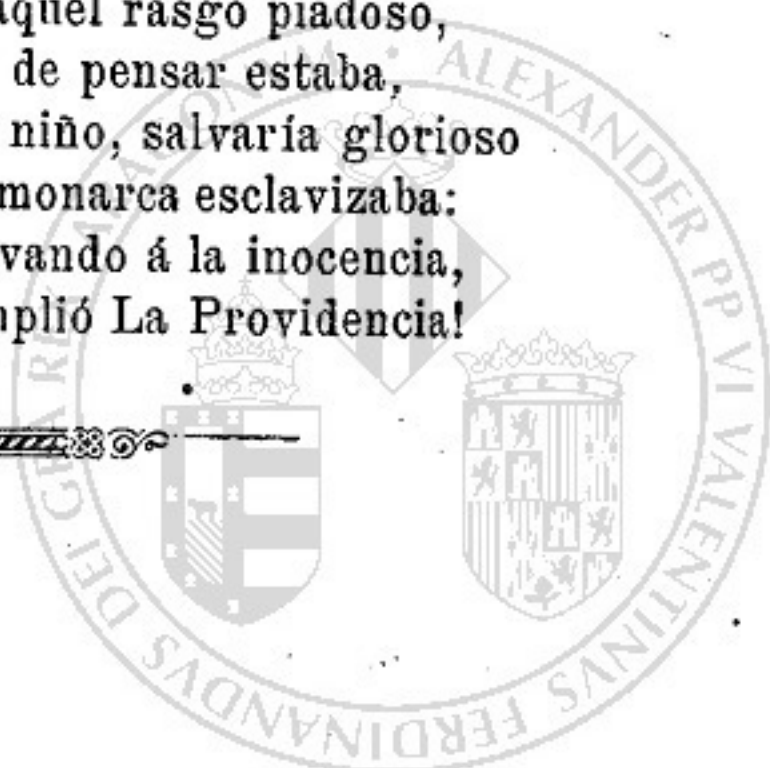
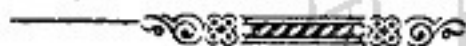


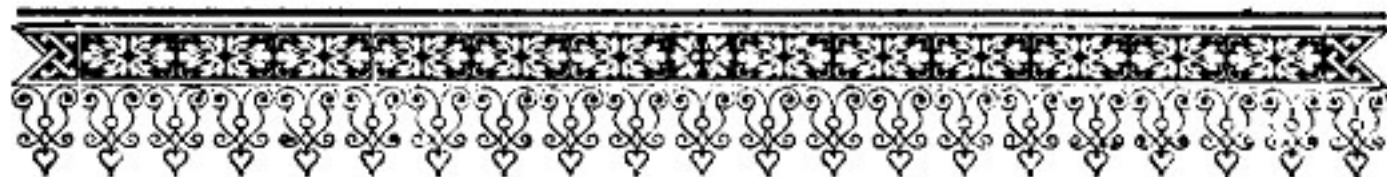
»En lactar á este niño, á quien habéis
»Adoptado por hijo, bondadosa,
»La que, además, con maternal desvelo
»Cuidará del precioso pequeñuelo.»

Térmutis, sorprendida y encantada
Del despejo, la gracia y la hermosura
De la niña, fijando su mirada
En ella, con benévola ternura,
En la cual, la inocencia inmaculada
Se mira reflejar de su alma pura,
Le dice entonces, que á su ruego cede,
Si cumplir su palabra, al punto puede.

Saltando de placer la muchachuela,
Por aquella campiña tan florida,
Más ligera ya vá, que la gacela
Del cazador huyendo perseguida,
En busca de su madre, la cual cela
Sus pasos, y aguardándola escondida
Está, y la misma, es, que la vida ha dado
Al niño de las aguas rescatado.

Moisés llamóse el niño venturoso
Que á lactar, á su madre allí entregaba
La dama, que en aquel rasgo piadoso,
Lejos, muy lejos, de pensar estaba,
Que un día, aquel niño, salvaría glorioso
Al pueblo que un monarca esclavizaba:
¡Por la piedad salvando á la inocencia,
Sus designios cumplió La Providencia!



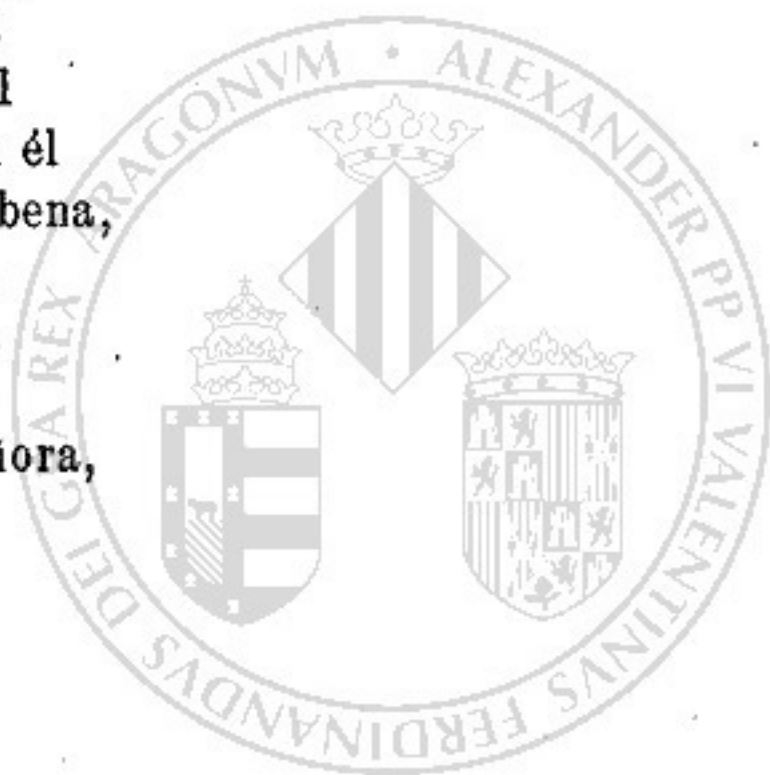


LA COPIA DE RAFAEL

DE bellísima pintura
Del célebre Rafael,
Un día ví la copia fiel
En preciosa miniatura;
Presentaba la figura
Sacrosanta de María,
La que en sus brazos tenía,
Al que es Hijo del Eterno,
Que en forma de niño tierno,
Dios, siempre Dios, parecía.

Los contornos delicados
Y finísimos colores,
Que del Eden á las flores
Se creyeran ser robados,
Hábilmente combinados
En un plano, por pincel
Diestro, parecía que en él
Se unió al nardo la verbena,
Al miosótis la azucena,
Y la gardenia al clavel.

La imagen de La Señora,
Era un modelo cabal,

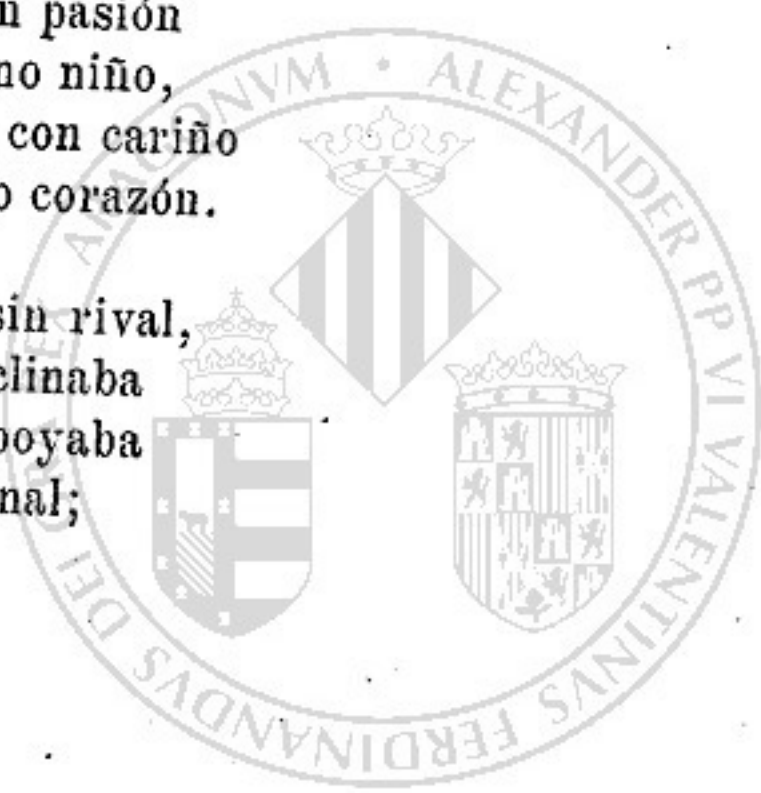


Entre humano y celestial,
De belleza encantadora;
Con la gracia seductora
Que á la mujer dió el Criador,
Esa expresión de candor
Propia de angélico sér,
Y *algo* que era á la mujer
Y aún al ángel superior.

Del talle la gentileza
Velaba, cual ancha veste,
Ámplio manto azul celeste
Que prendido en su cabeza,
Realzaba aún más la belleza
Del color de los cabellos
Tan rubios cual los destellos
Del sol, cuando al caer la tarde,
Si en el azul ya no arde,
Dá sus fulgores más bellos.

La cabellera ondulosa
De su frente de marfil
Y delicado perfil,
Aureola luminosa
Era, y tan majestuosa
Como dulce, la expresión
De sus ojos, con pasión
Fijos en el tierno niño,
Que estrechaba con cariño
Contra el propio corazón.

De la Madre sin rival,
Su cabeza Él reclinaba
Y una manita apoyaba
En el seno virginal;

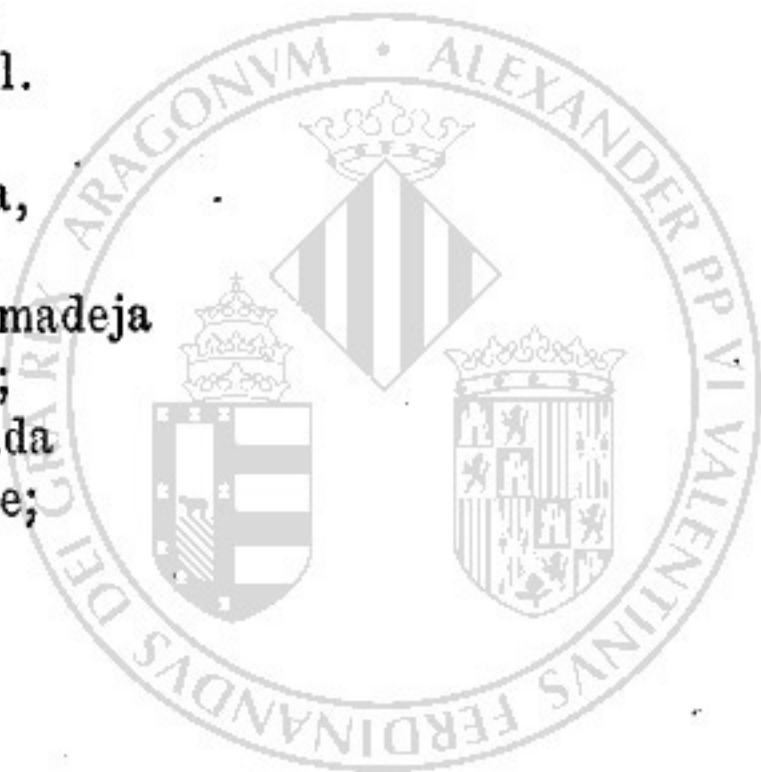


Y en el grupo divinal,
Podía ver el pensador,
De la madre el santo amor
A la inocencia amparando,
Y siempre atento velando
Por la criatura, el Criador.

Era aquel Niño, un portento
De lo más bello que encierra
En sus ámbitos, la tierra
En su anchura, el firmamento;
Y en su líquido elemento
El mar, que entre su cristal,
Guarda perlas y coral,
Como flores los jardines
Y cándidos querubines
El alcázar celestial.

Parecía el cuerpo, formado
Con la nieve apelmazada
Que en el monte, la alborada
Tiñó de color rosado:
Por leve gasa velado,
Un pie de forma ideal,
Asomaba entre el cendal,
Cual entre flores asoma
El ala, blanca paloma
Escondida en un rosal.

De su melena rizada,
Era rubia la guedeja,
Cual hebras de áurea madeja
Por las sílfides hilada;
Cual de concha nacarada
Pulida valva, su frente;

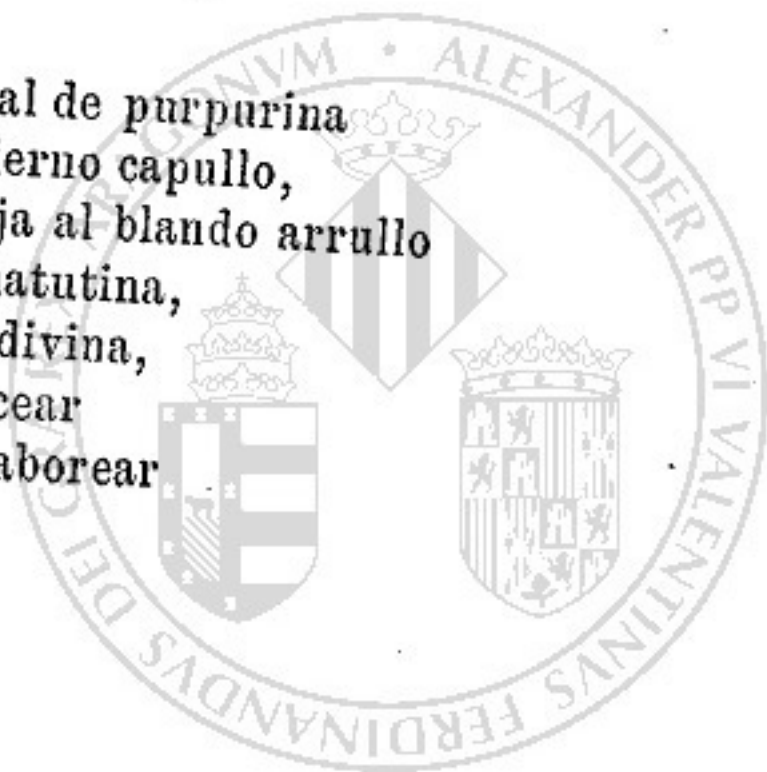


Y de nieve transparente,
Sus mejillas parecían
Pellas, en las que se abrían
Dos rosas al día naciente.

Por cejas, arcos iguales
Parecía con su pincel
Trazó el arcángel Gabriel
A sus ojos celestiales,
Que eran dulces manantiales
De incomparable ternura,
Dos prodigios de hermosura;
Dos soles de inteligencia;
Dos espejos de inocencia,
Y dos cielos de dulzura.

Así cual la soberana
Es, entre mil astros bellos
Por sus lucientes destellos
La estrella de la mañana;
Cual de perlas engalana
Y valiosa gargantilla
Fúlgido el diamante brilla,
Del Niño en la faz preciosa
La boquita deliciosa
Era primer maravilla.

Fresca, cual de purpurina
Camelia, el tierno capullo,
Que se esponja al blando arrullo
De la brisa matutina,
Aquella boca divina,
Parecía balbucear
Y leche aún saborear

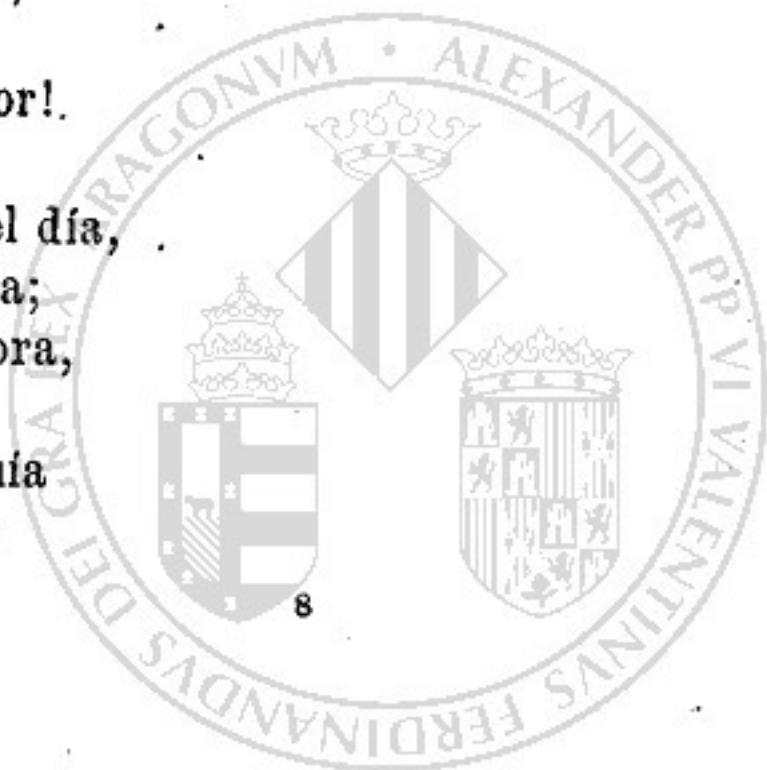


De su Madre, con delicia,
Y que por una caricia
Un beso le quería dar.

Cuando el grupo encantador
A mis solas yo contemplo,
Mi corazón es un templo,
Donde, de místico amor
Con entusiasta fervor,
Tierna plegaria levanta
De Dios á la Madre Santa,
El alma que la bondad
De Ella adora y su beldad
La admira al par que la encanta.

Rosa en el cielo plantada
Por las manos de los ángeles,
Para ser de los arcángeles
Por las ánforas regada:
Blanca tórtola mimada
Por el Supremo Hacedor,
Que el regazo del Señor
Buscáste por dulce nido,
Para regalar su oído
Con tus arrullos de amor!

Perla oriental, luz del día,
Asilo donde el bien mora;
Tú del cielo eterna aurora,
La noche del alma mía
Esclarece; y siempre guía
Mi paso débil é incierto

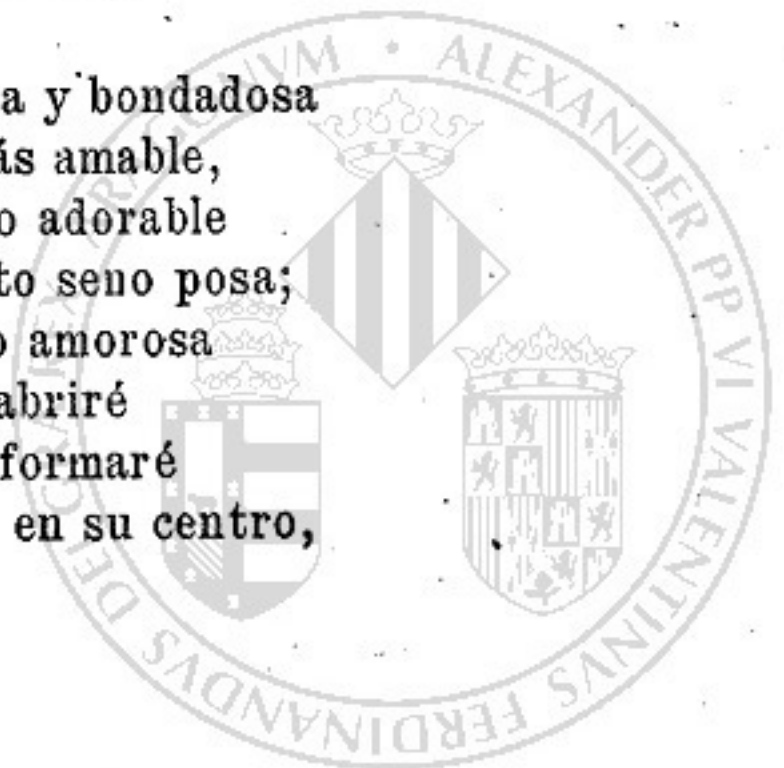


Por el mundo, donde abierto
Curso tiene la amargura,
Y sé fuente de agua pura
De mi vida en el desierto

Halle siempre en tu bondad
Refugio en mi amargo duelo;
Sé iris de paz y consuelo
En la horrible tempestad
Que mueve en la adversidad
A los tiernos corazones,
Esa lucha de pasiones
Y profundos sentimientos,
Que nos dejan desalientos
Y nos matan ilusiones.

Sea tu corazón amante
De las virtudes tesoro,
La sacra copa de oro
Donde vierta sollozante
El alma de su punzante
Fiero, insondable dolor,
Lás lágrimas por tu amor
En diamantes convertidas
Y por tu mano ofrecidas
Al soberano Creador

Madre tierna y bondadosa
De todas la más amable,
Dame ese Niño adorable
Que en tu casto seno posa;
Dámele que yo amorosa
Mi corazón le abriré
Y entonces le formaré
Pequeña cuna en su centro,

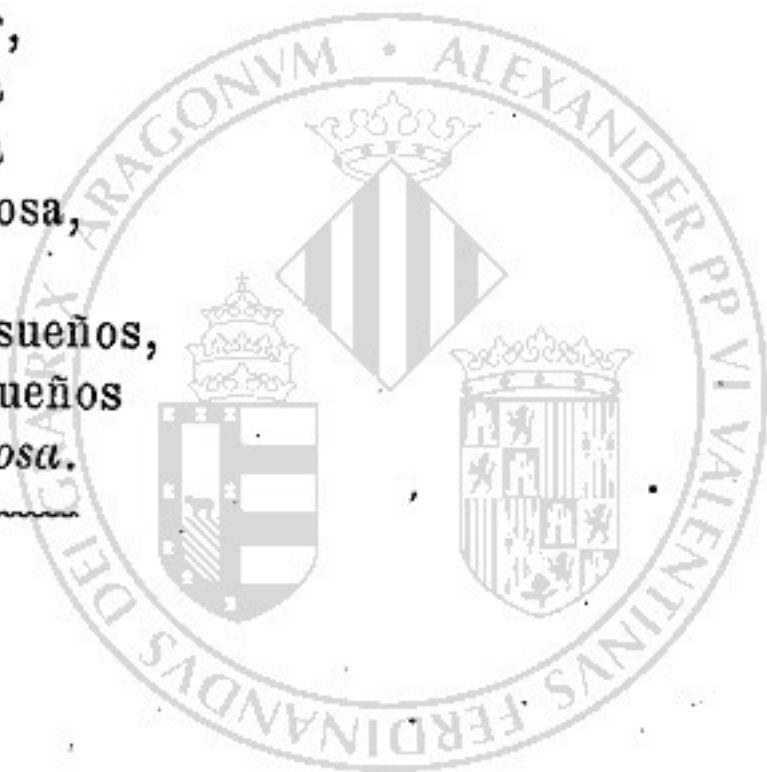


Y cuando le tenga dentro
¡Cuánto mimo yo le haré!

De su inefable ternura
Al irresistible encanto
El alma en plácido canto
Le arrullará con dulzura,
Y su célica hermosura
Al contemplar arrobada
Se ha de creer transportada
En éxtasis delicioso
Del Sér Todopoderoso
A la sublime morada.

Cuando á la noche en mi lecho,
Me vaya al sueño á entregar,
Creeré sentir palpitar
Su corazón en mi pecho;
Que con mis brazos le estrecho;
Que me mira, y que le miro;
Que con su aliento respiro,
Y me animo en su sonrisa,
Cual flor, que de fresca brisa
Se abre al lánguido suspiro.

Cuando en mis ojos extienda
Su letárgico vapor
Dulce sueño bienhechor,
El sus manecitas tienda
Como una roñada venda
Que en mi mente bulliciosa,
Toda imagen tenebrosa
Convierta en cuadros risueños,
Y haga que todos mis sueños
Sean siempre *color de rosa*.





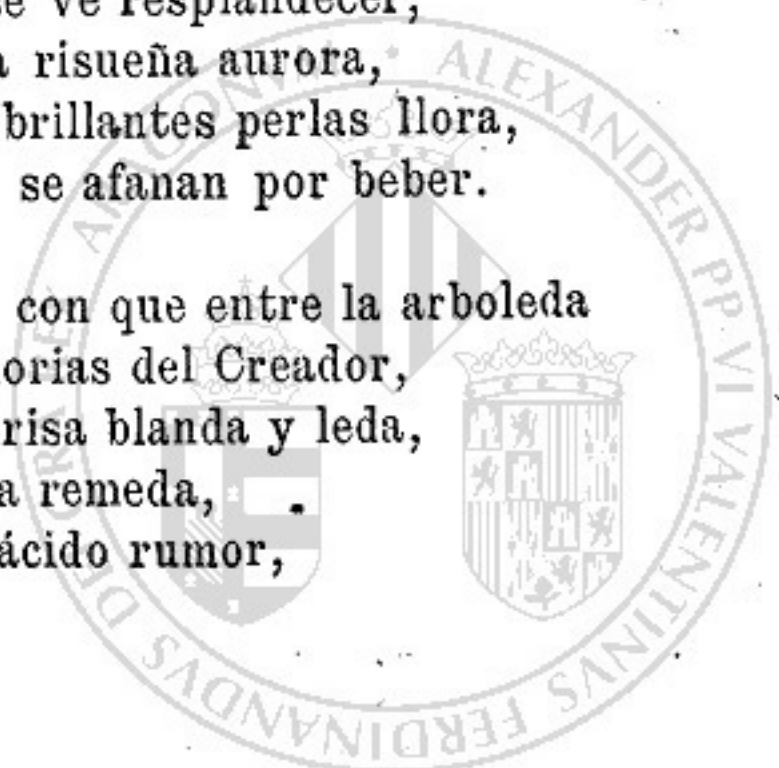
YO NACÍ PARA CANTAR

NACÍ para cantar: así desde el momento
Que hirió mi tierno espíritu la luz de la razón,
Lancé instintivamente mi voz al haz del viento,
Cantando entusiasmada con inspirado acento,
A todo lo más bello que existe en la creación.

De esos mil cuadros mágicos que ofrece la Natura
Que en tierra, mar y cielo ostenta su esplendor,
Canté á la portentosa magnífica hermosura;
A la parlera fuente, cuyo cristal murmura,
Al ave trinadora, y á la pintada flor.

Canté al bello espectáculo del campo, en esa hora,
En que en el cielo diáfano se vé resplandecer,
La luz rosada y ténue de la risueña aurora,
La que entre sus sonrisas, brillantes perlas llora,
Que así yerbas, cual flores, se afanan por beber.

Canté el dulce concierto, con que entre la arboleda
Los pájaros celebran las glorias del Creador,
Al par que suspirando, la brisa blanda y leda,
Parece que mimosa y tímida remeda,
Del canto de las aves, el plácido rumor,



También canté á la noche serena y silenciosa
Que insólitos encantos envuelve en su capuz,
Los cuales, con delicia, en calma religiosa
El alma gusta, en tanto, que dulce y misteriosa
La luna vierte lánguida y amarillenta luz.

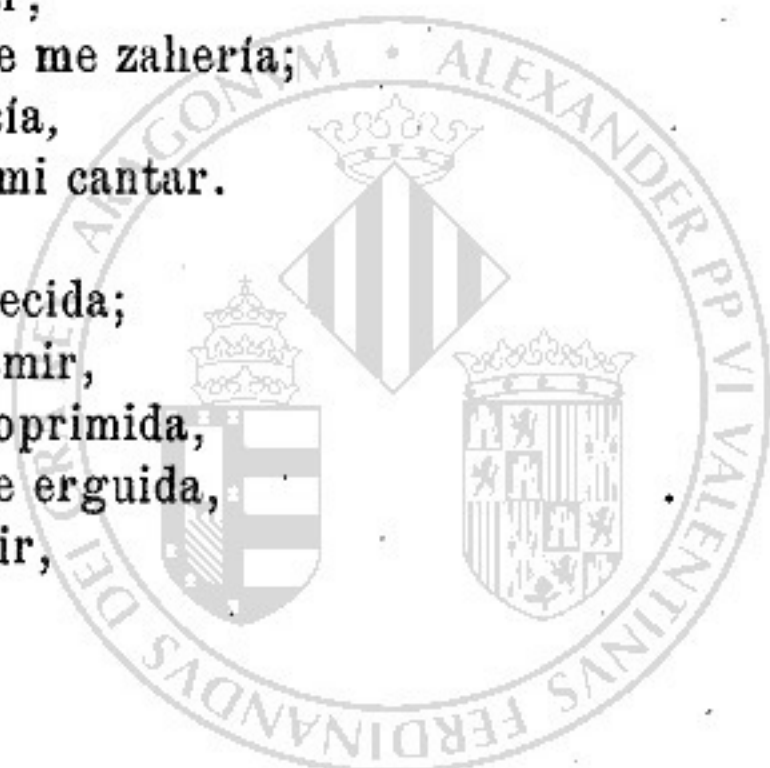
Canté también al cuadro grandioso é imponente
De bramadora horrisona y fiera tempestad
Que en truenos pavorosos, su voz alza rugiente,
Y en el azul espacio al iris esplendente
Que en franjas de colores, dá hermosa claridad.

Y siempre á la belleza, dí culto fervoroso
Do quiera viese de ella la forma ó la expresión,
Que amor apasionado sintiendo hácia lo hermoso,
Por ello, fuese humilde, espléndido ó grandioso
Sentía yo dulcemente hablarme el corazón.

Mas ¡ay! que fuí por eso, cruelmente castigada,
Pues mi destino adverso también me persiguió,
Porque de la hermosura, yo ciega enamorada,
En éxtasis dulcísimo cantaba embelesada
En versos que la musa al alma mía inspiró.

Tan solo porque versos cantaba y componía,
Y solo porque osaba la lira yo pulsar,
El vulgo, en su ignorancia, punzante me zahería;
Entonces sollozante mi voz enmudecía,
Y entonces entre lágrimas ahogaba mi cantar.

Y luego mi cabeza doblaba entristecida;
Mas sola y en silencio cansada de gemir,
Por yugo tan tiránico, sintiéndome oprimida,
Me rebelaba indómita, y con la frente erguida,
Briosa me aprestaba el yugo á sacudir,



Y llena de entusiasmo, de nuevo yo pulsaba
La lira, cuyas cuerdas mi mano hacía vibrar;
Y en cánticos sentidos mis penas expresaba,
Ó ya gratos recuerdos en ellos evocaba,
Ó en sueños el espíritu dejaba divagar.

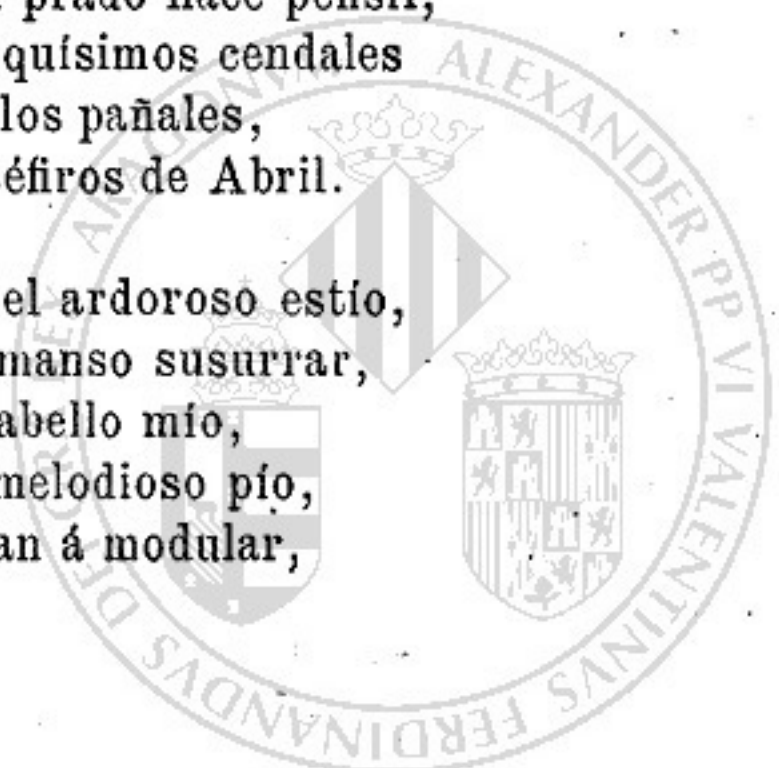
En brazos de la amable y cándida poesía,
Que tierna me halagaba en cambio del amor
Que desde que era niña, por ella yo sentía,
A veces también ella tornó en melancolía
Dulcísima, mi amargo recóndito dolor.

¡Qué imágenes de dicha y paz encantadoras,
Surgir de mi cerebro enardecido ví!
Y combinando rimas sencillas y sonoras
En rápidas, fugaces y deliciosas horas,
El tiempo, sin sentirlo, pasóse para mí.

¡Qué cuadros ideales, risueños, seductores,
Pintó en mi fantasía con mágico pincel
El númen que me inspira, poniendo en sus colores
Matices delicados que envidiarían las flores
Que abrieran sus corolas del cielo en un verjel!

Si de azahar cubiertos veía los naranjales,
Pensaba yo, que Flora, que el prado hace pensil,
De azahar los aromáticos blanquísimos cendales
Tejía de Primavera naciente, los pañales,
Mientras mecían su cuna los céfiros de Abril.

Si en las hermosas tardes del ardoroso estío,
Las hojas de los árboles, con manso susurrar,
Rozaban inclinándose con el cabello mío,
En tanto que los pájaros, su melodioso pío,
Posándose en las ramas, venían á modular,



De jóvenes amantes, creía estar escuchando
El diálogo en voz queda, en el que la pasión
Por boca del amante, del pecho rebosando,
Brotaba en frases tiernas, al par que suspirando
La amada, en un suspiro le daba el corazón.

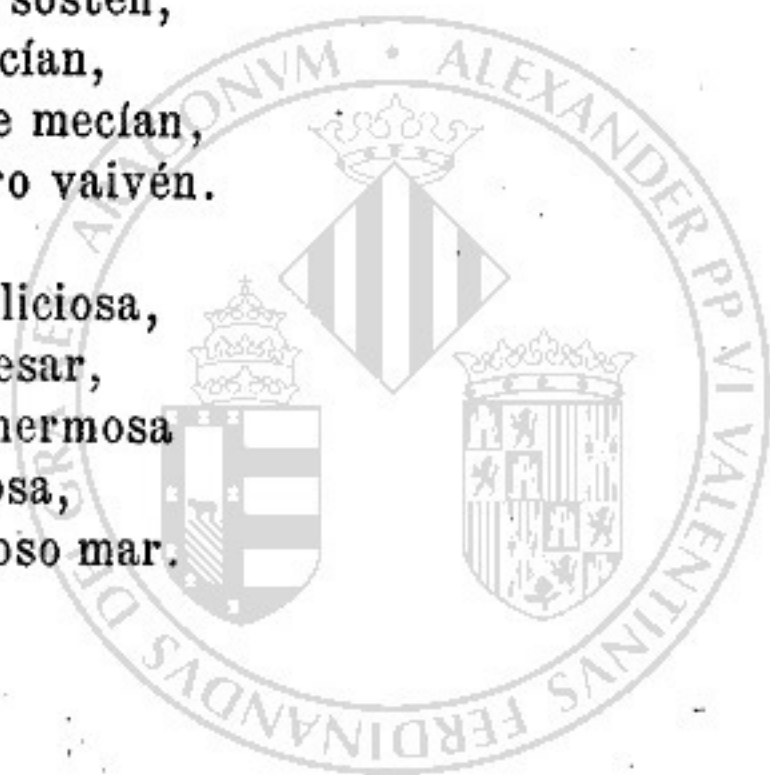
Si en el otoño, á impulso del conmovido viento,
Las hojas que amarillas del árbol ví caer,
Volaban por los aires, pensaba oír el lamento
De un alma, que en un débil y postrimer aliento,
Un mundo deja, á donde no espera ya volver.

Si el campo ya desnudo de flores y verdura,
Cubría de niveo manto el invernal rigor;
Al ver yo de la nieve la nitida blancura
Creía estar contemplando la blanca vestidura
De gracia, con que el alma se eleva á su Creador.

Á orillas del arroyo, que en límpida cascada
Rompiendo vá entre peñas el líquido cristal,
El plácido murmurio que oía yo embelesada,
Creía era cadenciosa, tiernísima balada
De náyade que oculta se hallaba en un rosal.

Si dos rosales próximos, acaso entretejían,
Sus ramas, de capullos cargadas, sin sostén,
Doblándose, columpios de flores parecían,
En donde aladas sílfides, cimbrando se mecían,
Mirándose en las aguas, del uno á otro vaivén.

Si en la arenosa playa, en tarde deliciosa,
Mis pies las mansas olas llegaban á besar,
Al dirigir mi vista por la extensión hermosa
Del agua, imaginaba mirar salir la diosa,
Que reina en los dominios del anchuroso mar.



Seguida de tritones, de ninfas rodeada,
Tan bellas, que á los astros harían oscurecer,
De caprichosa concha convexa y nacarada,
En el hendido fondo, un tanto reclinada,
Hallábase Anfitrite, un cielo haciendo ver.

Que un cielo, en verdad era su espléndida hermosura;
Su rubia crencha undosa, envidia diera al sol;
Sus hombros no cubiertos por su alba vestidura,
Vencieran á las nieves en límpida blancura,
Sus labios, á la aurora, en nítido arrebol.

Con célica sonrisa, y faz dulce y serena,
Llevando entre sus brazos al tierno Palemón
Cogido á su mamella, que de hojas de azucena
Creyérase amasada, veíala yo en la escena,
Descrita por la pluma del sabio Fenelón (1)

Y todo cuanto hermoso, miraba ó comprendía,
Tenía para mi espíritu, encanto seductor;
Y todo mi ardorosa y viva fantasía,
Con métrico lenguaje, aún más lo embellecía,
Y daba con sus galas, más vida y más color.

¡De cuántas duras pruebas y amargas decepciones,
Entre las cultas musas cantando me olvidé!
Y combinando rimas, y armonizando sonos,
En medio del combate que mueven las pasiones,
La calma de mi espíritu, si no la dicha hallé!

Y al ver que en la poesía, consuelo siempre hallaba,
Al par que el mundo vano me hacía solo sufrir,

(1) Léase el final del capítulo IV del TELÉMACO, obra célebre, del citado ilustre autor.

Llorando de despecho, á veces, yo acusaba
Amargamente al mundo, que injusto me obligaba
Con burlas, en silencio tristísimo, á gemir.

Y en queja dolorosa, al mundo yo decía:
«¿Por qué cruel me persigue tu sátira mordáz?
¿Por qué así me castiga tu dura tiranía,
Cuando ferviente culto rindiendo á la poesía,
Buscando vá en su halago, mi espíritu la paz!

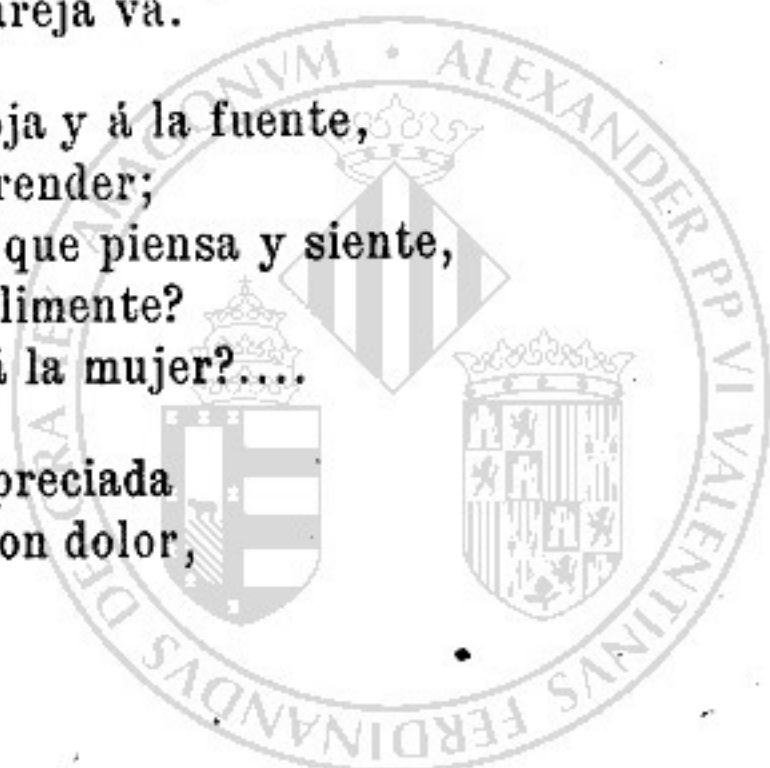
¿Por qué á pasar la vida gimiendo tristemente
En silencioso tédio me quieres condenar?
¿Podré apagar el fuego de mi exaltada mente?
¿Por qué, si tanto sufre mi corazón doliente
Pretendes que su duelo no alivie con cantar?»

Su acento dá en suspiros el aura mensajera;
Y su susurro blando, también dejan oír,
Las frondas en el bosque; la yerba en la pradera;
Y la ondulosa fuente, murmura placentera
Jugando con sus ondas, y haciéndolas bullir.

Apenas en Oriente su faz el alba asoma,
La alondra, en dulces trinos, su canto al aire dá;
La mansa oveja bala, trepando por la loma;
Y arrulla enamorada la tímida paloma
Cuando á cambiar un beso, con su pareja vá.

Si el cielo el don dió al aura, al hoja y á la fuente,
Al ave y á la oveja de hacerse comprender;
¿Con qué derecho el hombre, del sér que piensa y siente,
Pretende que en silencio sus penas alimente?
¿Por qué númen poético dió el cielo á la mujer?....

¿Será para que viva abyecta y despreciada
Muriendo en el olvido, sin gloria y con dolor,



De odioso oscurantismo al yugo encadenada
Cual topo que se agita en tétrica morada
Porque del rey del día, le ofusca el resplandor!

¿Será para que arrastre la mísera existencia
En un trabajo rudo, grosero y material,
Sin cultivar su viva, preciosa inteligencia,
Como la araña teje sus redes, sin conciencia
De sí misma, y de donde dimana el bien ó el mal!

Así, como á la abeja, del jugo de las flores,
Labrar hace panales de deliciosa miel,
Dios hizo aquí á las almas, al vulgo superiores
Gustar de la poesía los célicos primores,
Para que viendo el mundo se eleven hasta Él.

Así, de mi destino, la ley yo comprendiendo,
Ya que de la poesía Dios quiso darme el don,
En puro y sacro fuego mi corazón ardiendo
Y á impulso irresistible, mi voz obedeciendo,
Lanzarse quiere al viento, de tosca lira al son.

¿Qué importa pues, que el vulgo estúpido é ignorante,
El peso de la sátira, feroz haga caer
En la mujer poeta, si con su luz radiante
El estro la ilumina, que de ella vá delante
En la espinosa senda que debe recorrer?

Por eso, mi voz alzo en cántiga sentida,
Cual su amorosa queja exhala en su gemir
La tórtola, en la selva umbrosa, donde anida,
En tanto, que entre zarzas, silbando está escondida
La sierpe su veneno queriéndole escupir!

Y mientras el cuervo grazna del bosque en la espesura,
Oculto entre las frondas cantando el ruiseñor

Al son de la cascada que cerca de él murmura,
En notas melancólicas la cándida ternura
Expresa, del idilio de su inefable amor!

Por tanto, aún cuando el vulgo, tirano al par que injusto,
Me abrume con sus sátiras, la senda seguiré
Por donde Dios me llama, y me conduce el gusto;
Y obrando así, al criterio de mi razón me ajusto;
Dios dice á mi alma: «¡Canta!» por eso cantaré.

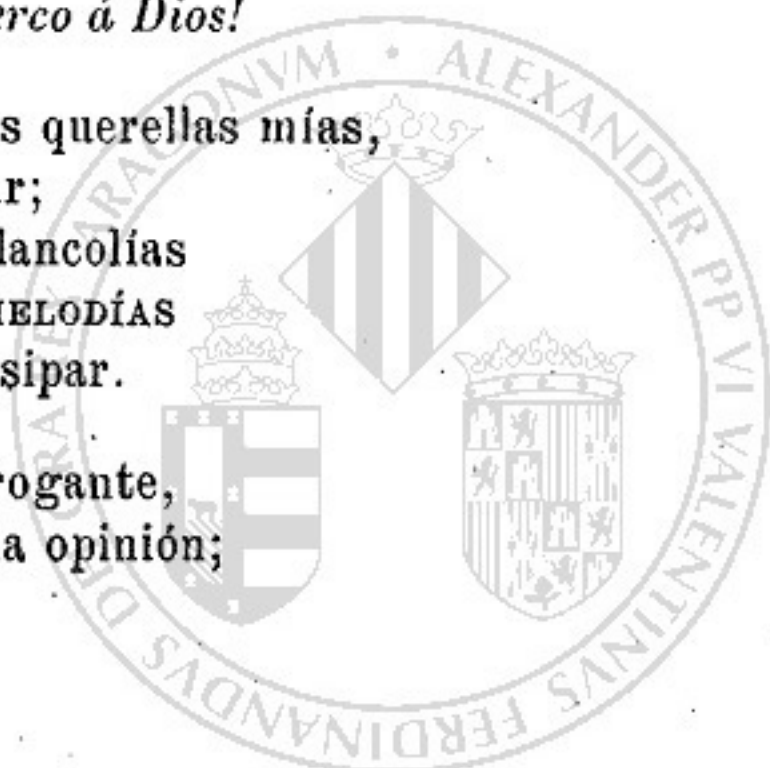
Y de ese vulgo necio, sin dudas ni temores,
Hollando la censura con firme voluntad,
Yo canto, mientras otros en frívolos amores
La dicha en valde buscan, ó en celos y rencores,
Se agitan, impulsados por loca vanidad.

Y no es porque me ofusque el brillo de la gloria,
Que otras mujeres, antes supieron conseguir;
Pues sé, que aunque de Grecia, en la famosa historia,
Al par de Homero y Pindaro, dejaron gran memoria
Corina Aspasia y Safo, sin lauro he de morir!

Y nunca á conquistarlo, me anima el pensamiento,
Ni de anhelada fama corriendo voy en pos,
Ni se la envidio á otros, pero comprendo y siento,
Que cuando pulso el arpa y al aire doy mi acento,
Me alejo de lo humano, y más me acerco á Dios!

También busco el consuelo, pues las querellas mías,
Aténua y dulcifica mi lira en su vibrar;
Que en sonos y en acentos do van melancolías
Y unidos, SON DEL ALMA las tiernas MELODÍAS
Las sombras de mi espíritu consigo disipar.

Henchida de fe noble, defenderé arrogante,
Ideas que son contrarias del vulgo á la opinión;



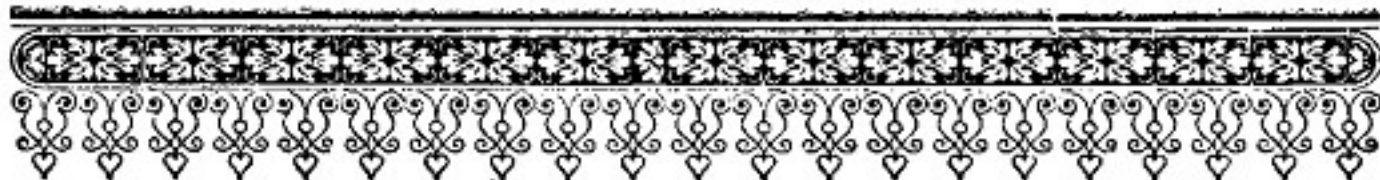
Y así cual siempre han sido, serán en adelante,
Las musas mis amigas; de Apolo haré mi amante,
Y culto á la Poesía daré en mi corazón!

En vano la ignorancia, con ciego fanatismo
Querrá que en la Poesía no busque yo la luz;
Pues ella es mi delicia; y sufriría así mismo
Por ella, hasta la muerte, como del cristianismo
Los mártires gozosos murieron por la Cruz!

Porque como el buen padre se ufana y se gloria
De honores que sus hijos supieron alcanzar,
Yo en aras de la santa, bellísima Poesía,
Del cielo hija mimada, también me inmolaría,
Creyendo en mi martirio honor al cielo dar!

Así, aunque me hostilice la humana muchedumbre,
Ó en abandono injusto, me deje fenecer,
En tanto la Poesía con su fulgor me alumbre,
Elevaré mi alma hasta la excelsa cumbre,
Donde se asienta el templo, de ese divino sér!

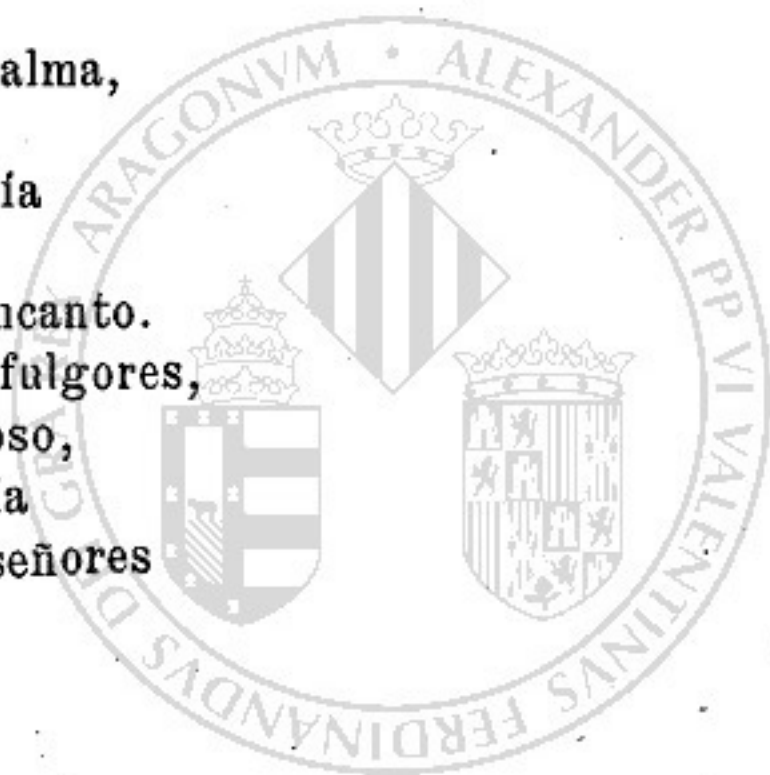




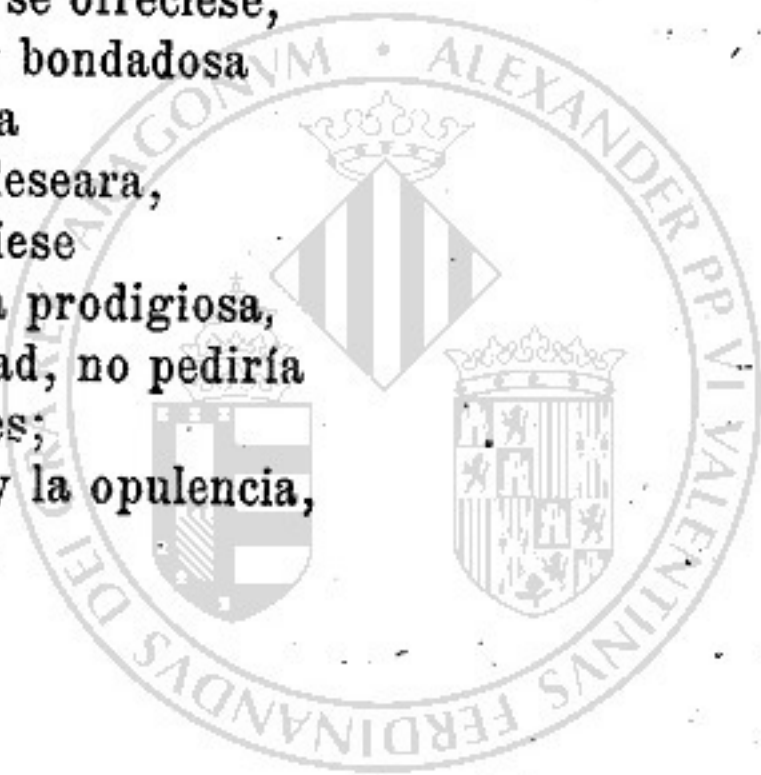
CASTUROS EN EL AURE

IDILIO.

DE Abril, en una noche silenciosa
Serena y deliciosa,
Yo dejaba vagar mi pensamiento,
En tanto que la vista al cielo alzaba,
Y absorta contemplaba
El azul y estrellado firmamento.
La amarillenta luna en el espacio
Brillaba con dulzura,
Cual esplendente y límpido topacio
Prendido como broche
Del claro cielo en el celeste manto:
De la tranquila noche
En la apacible y religiosa calma,
Enajenada el alma,
En su fondo recóndito, sentía
Dulce melancolía
Que la llenaba de inefable encanto.
Del astro de la noche á los fulgores,
Y al suspiro del céfiro mimoso,
Las hojas de los árboles veía
Agitarse, y de amantes ruisenores



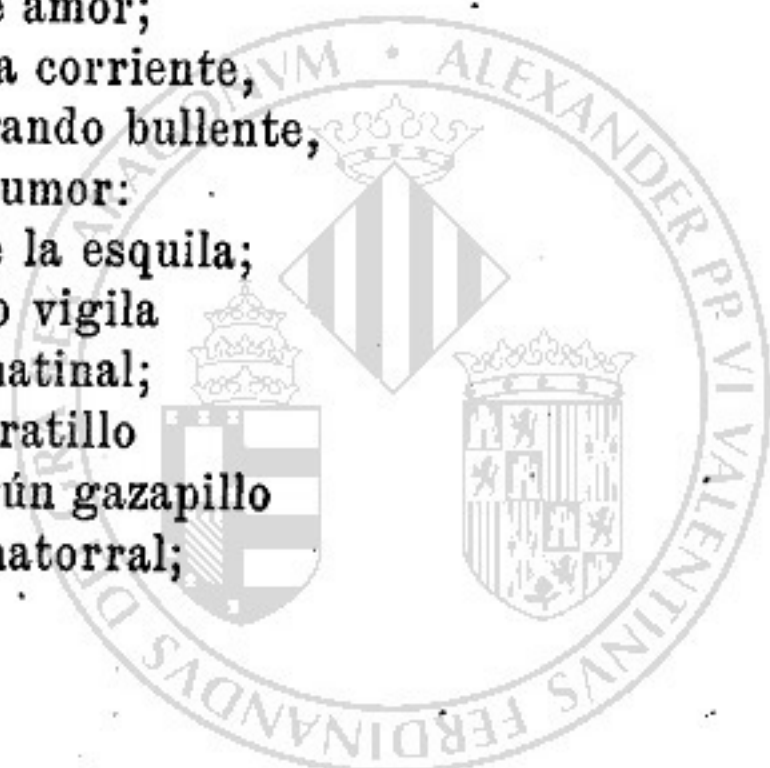
Que ocultaban su nido en la arboleda,
El canto melodioso
Halagaba mi oído dulcemente;
Y blanda, susurrando, el aura leda
Acariciaba mi abrasada frente.
Por el númen poético inspirada,
El alma arrebatada
Mirábase á regiones ideales,
Sintiéndose alejada
Del mundo y de las pompas terrenales;
Y olvidando sus penas y amarguras,
En alas de mi ardiente fantasía,
Con mágicas visiones,
Meciéndose en doradas ilusiones,
Soñaba una existencia de venturas;
Y pensaba en mis sueños venturosos,
Que así como en los cuentos fabulosos,
Se dice, aparecían
Los poderosos genios y las hadas
A los cuitados que en dolor gemían,
Y las acerbas penas que sufrían
Trocaban en delicias no esperadas,
Si un hada bienhechora apareciese
Ante mis ojos, en aquel instante,
Y con dulce y benévolo semblante
A realizar mi anhelo se ofreciese,
Invitándome afable y bondadosa
A que yo le expresara
Lo que más afanosa deseara,
Y al punto ella lo hiciese
Por virtud de su vara prodigiosa,
Yo al hada, á la verdad, no pediría
Ni riquezas ni honores;
Pues á veces, el oro y la opulencia,
Ofuscan la conciencia



Y el espíritu llenan de temores:
Y el honor que reporta nombradía,
Dure no más que un día,
Acarrea solo envidias y rencores.
Siendo elevada yo en mis pensamientos,
Tierna en mis sentimientos,
Y en gustos delicada, aunque sencilla,
Entonces solamente le pidiera
Al hada, me adurmiera
Por virtud de su mágica varilla,
Y por la misma, al despertar del sueño,
Viése este cuadro plácido y risueño.

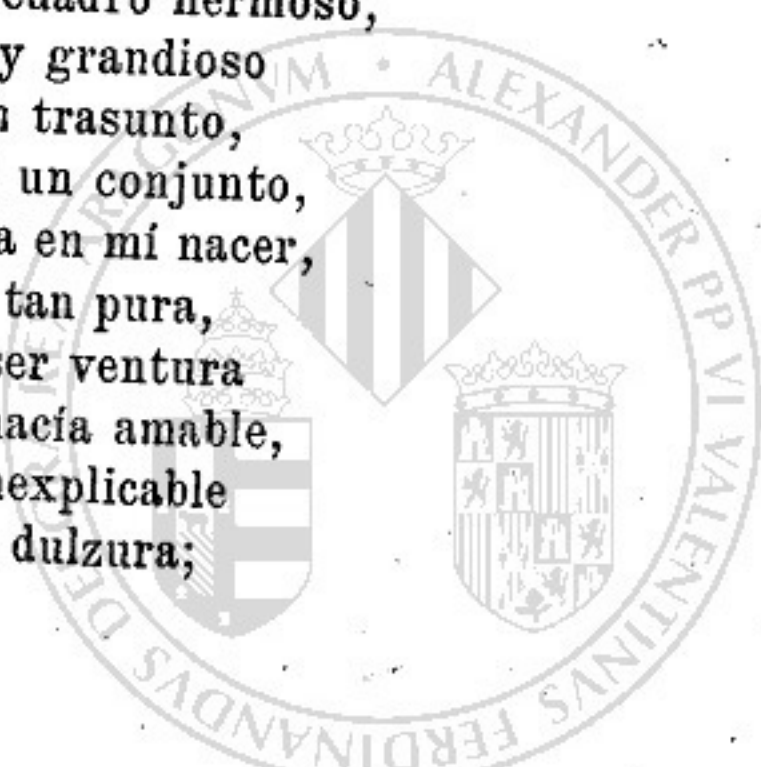
I

Nacía una serena mañana de Mayo:
Del sol lucía apenas el fúlgido rayo
La cumbre del monte, viniendo á dorar:
En medio del campo, do quiera se oía,
La alegre, armoniosa, dulce algarabía
Que mil pajarillos movían al cantar.
De brisa ligera, el lánguido arrullo;
Las hojas moverse con grato murmullo,
Del céfiro blando, al beso de amor;
De claro arroyuelo la undosa corriente,
Rompiendo entre peñas, jugando bullente,
El plácido, dulce y sonoro rumor:
Marchar el ganado al son de la esquila;
El grito del gallo que atento vigila
Y anuncia cantando la luz matinal;
El rápido salto de algún lebratillo
O el paso en la yerba de algún gazapillo
Al ir á esconderse tras un matorral;



También de una ermita, la vieja campana
A intervalos breves, oíase lejana
Tañendo con grave metálico son,
Del aire en las ondas, sonora vibrando,
A misa del alba, tocaba, invitando
Las gentes del campo á santa oración.
La brisa campestre, balsámica y pura
Vagaba entre flores, y daba frescura
Efluvios de aromas haciendo sentir;
Y en calma tan dulce, grata y deliciosa,
El alma sentíase tranquila y dichosa,
Y ardiente anhelaba á Dios bendecir!

Y aquel apacible
Concierto suave,
Del hoja, del ave,
Del aura y la flor;
Del claro arroyuelo
Quebrando sus ondas;
La brisa en las frondas
Moviendo el follaje,
El límpido cielo
Prestando al paisaje
Luz, vida y color;
Y aquel cuadro hermoso,
Sencillo y grandioso
Del Eden trasunto,
Formaba un conjunto,
Que hacía en mí nacer,
Emoción tan pura,
Que sin ser ventura
La vida hacía amable,
Y algo inexplicable
Que daba dulzura;



Terneza inefable
Que no era el placer!

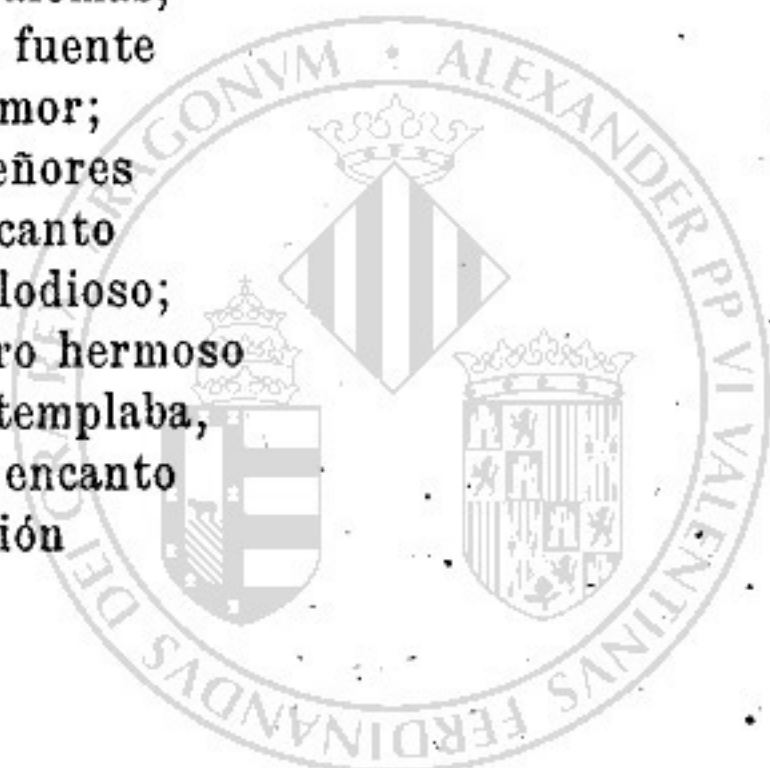
II

¿Mas dónde, en qué sitio, yo entonces me hallaba
Y qué es lo que entonces absorta admiraba
Que tal entusiasmo nacer hacía en mí?
¿Qué era el panorama hermoso y risueño;
Qué el cuadro esplendente que ni aún en un sueño
Cruzar por mi mente fogosa yo ví?
Allá en el Oriente, el alba reía;
Yo sola en un parque mi vista tendía
Girando admirada de mí en derredor;
Y allí do fijase la errante mirada,
El alma quedaba, suspensa, arrobada,
Y encanto sentía tierno y seductor.
De un monte en la falda, feraz, deliciosa,
Campestre morada, de forma graciosa,
Que holgura, y no fausto, llegaba á indicar,
Cercada de verjas y arbustos florales,
De plantas frondosas y árboles frutales,
Cual cisne entre musgo, se veía destacar:
Allí, vertió Mayo á cargas las flores,
Con gratos aromas y bellos colores,
Ornato y delicia prestando al jardín:
Sus galas lucían, la blanca azucena,
La rosa, el geranio, la lis, la verbena,
La fuscia, el jacinto y el rojo carmín.
En una glorieta de aquel parque hermoso,
Y bajo las ramas de tilo frondoso,
De acacia florida, y oscuro moral,
Se alzaba marmórea, artística fuente,
Do en honda piscina, caía transparente



En límpidos chorros el vivo cristal:
Y allí entre los árboles de alameda umbria,
De mil ruiseñores canoros, se oía
En trinos suavísimos la dulce canción,
Con notas y acentos, tiernos, melancólicos;
Y á un tiempo la fuente, los cantos armónicos,
Cual arpa imitaba con plácido son.
Allí en ámplio estanque de limpia agua lleno,
Que el cielo copiaba azul y sereno,
De varios colores, pececillos mil,
Iban bulliciosos, nadando en las linfas,
Y hendiendo las ondas, ligeros cual ninfas,
Dos cisnes alzaban su cuello gentil.
Diversas palomas, blancas ó pintadas,
A veces cruzando el espacio, en bandadas,
De gozo arrullando, veníanse á posar
Del alto tejado, encima el alero,
Y allá con su arrullo tierno y placentero
Al día que empezaba, querían saludar.

Y el blando murmullo
Que esparcía el ambiente,
Llevando en sí aromas
De yerbas y flores;
El lánguido arrullo
De castas palomas;
De límpida fuente
El grato rumor;
De los ruiseñores
El sentido canto
Dulce y melodioso;
Aquel cuadro hermoso
Que yo contemplaba,
De insólito encanto
Y pura ilusión



El alma llenaba;
Pues con su belleza,
Del pecho alejaba
La amarga tristeza
Que le dominaba;
Y con su dulzura
Parecía frescura
Daba al corazón.

III

De finca tan bella, yo era poseedora,
Y de sus dominios la dueña y señora;
Do en la primavera solía residir;
Y en este campestre gratísimo asilo,
En este retiro apartado y tranquilo,
Feliz, mi existencia veía transcurrir.
El mundo inspirándome un tedio profundo,
Allí en mi retiro, y lejos del mundo,
Gozando en el campo, feliz libertad,
Mis días de ventura, ¿en qué yo empleaba,
Y cómo mi tiempo allí se pasaba
En esta mi amable dulce soledad?
Apenas luz dando al ancho horizonte
La aurora risueña, la cumbre del monte
Bañaba con ténue y rosado arrebol,
Dejando yo el lecho, á Dios bendecía;
Ligera y gozosa, al parque salía
El que aún no doraban los rayos del sol;
Y hollando la tierra con planta segura,
La brisa aspirando balsámica y pura,
De mil ruiseñores, oía el matinal
Concierto, en acentos melífluos, suaves,
Y al par las dosméticas gallináceas aves,

Que cacareaban en amplio corral.
Hacia él dirigía mi paso ligero;
Y entraba, marchando luego al gallinero;
En él, frescos huevos poníame á coger;
Y todas las aves, revoloteando
Allí en torno mío, y cacareando,
Mostraban al verme, contento y placer.
Yo un hondo canasto, cogido llevaba,
Del que á manos llenas, del fondo, sacaba
El trigo mezclado con miga de pan;
Y en tanto que en lluvia, los granos caían,
Gallinas y pollos al punto acudían
Al simple banquete con bulla y afán;
Y allá del alero del alto terrado
Las bellas palomas, venían al cercado
Y en él se agrupaban de mí en derredor:
Y dulces palomas, y tiernos pichones,
El trigo dorado y los cañamones,
Comían afanosos, moviendo rumor.
De pico rosado y pluma nevada,
Preciosa paloma, por mí, bien mimada,
En mi hombro, arrullando, veníase á posar;
Y á poco, ligera revoloteando,
Llegaba á mi mano, mimosa jugando,
Con gracia y dulzura el grano á picar.
Después de finida mi grata faena,
Y ya terminada la rústica escena
De aquel tan sencillo cual sóbrio festín,
Gozar, yo queriendo, la mañana leda
Pasaba la extensa y umbrosa alameda
De aquel anchuroso y ameno jardín.
Entonces, de flores, las más delicadas,
Las cuales, de líquidas perlas bordadas
El alba risueña, dejára al nacer,
Un ramo formaba, mezclado con hojas,

Y luego, yo, fresas maduras y rojas,
sentada en la tierra poníame á coger.
En cesta de mimbres, las fresas echaba;
La cesta hasta el borde, de fruta llenaba;
Y luego de flores queriéndola ornar,
De frescas violetas, muy bien la cubría;
Del asa convexa, después la cogía
Y al punto en mi albergue veíase entrar.

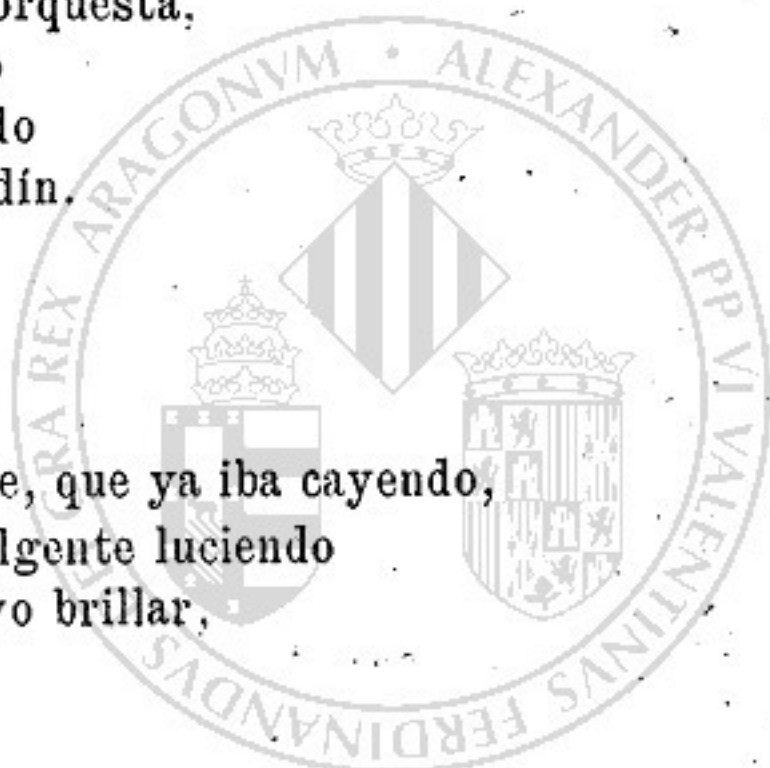
Y ya en la morada
Do había hecho mi nido,
Mi asilo querido
Mi grata mansión;
No estando cansada,
Gustaba con gana,
Sabrosa, aunque sana
Frugal colación.
Y luego, ligera,
Yo, mi cabellera
En trenzas peinaba
Sin mucho primor;
Después me aliñaba
Mudando de traje;
Luego me ponía
A hacer mi labor;
Y á veces cosía;
Y muchas bordaba;
O bien hacía encaje;
Y á un tiempo, vibrar
En alas del viento,
Oíase mi acento
En dulce cantar;
Y un tierno gilguero,
Que yo prisionero
En jaula tenía,



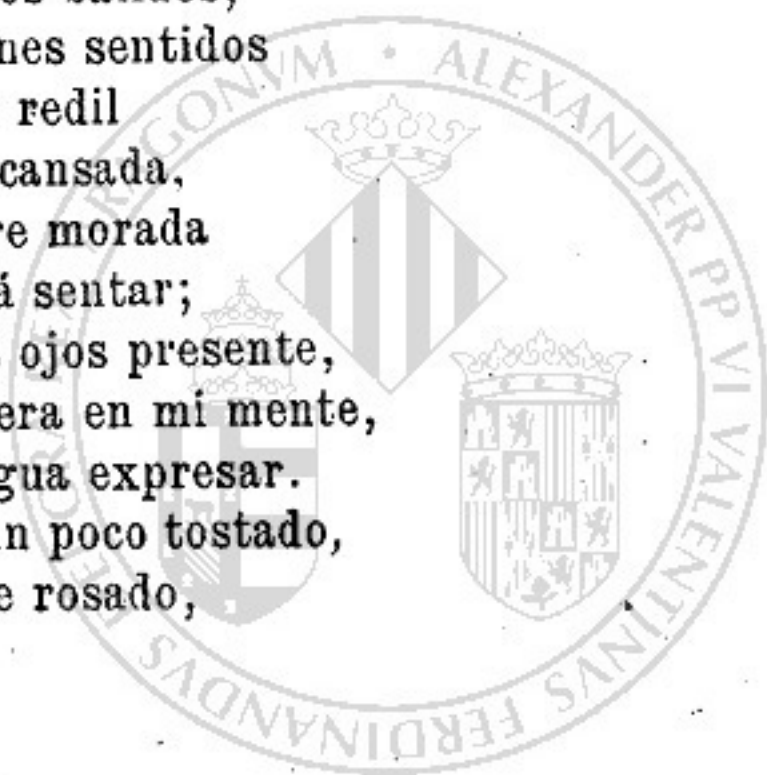
Mi canto al oír,
Mi voz repetía
Trinando armonioso,
Queriendo gozoso
Mi canto seguir:
Una golondrina
Que había construído
De arcilla, su nido,
Al pie del balcón,
La música oyendo,
Movíase afanosa
La espina sintiendo
Do la emulación;
Su voz bulliciosa
Daba; y sus hijuelos,
Mostraban anhelos
También de cantar;
Y los pequeñuelos,
Allí se agitaban;
Y gritos lanzaban
Con dulce piar;
Uniendo sus pios
A los cantos míos
Y del colorín;
Y era nuestra orquesta,
El céfiro blando
Al ir susurrando
Por todo el jardín.

IV

Y cuando en la tarde, que ya iba cayendo,
Del sol en su ocaso, fulgente luciendo
El disco de oro, veía yo brillar,



De púrpura y nácar tras bello celaje
Cual si él, con un velo de diáfano encaje
Su faz luminosa, quisiera ocultar;
Entonces, gozosa yo al campo salía,
De amigos ó deudos en la compañía,
Llevando por guarda á hermoso lebrel,
Que abriendo la marcha, nos iba guiando,
Y en mí por intervalos, su vista fijando,
Cual si me dijese, que confiára en él.
Por senda aunque estrecha, y algo tortuosa
Siempre bien florida, siempre deliciosa,
De verde colina, en grata ascensión,
Llegaba á la cumbre, do al fin de la senda,
Se alzaba una rústica alegre vivienda
De pobres cabreros humilde mansión:
Allí de aquel monte, y abajo en la falda
Cubierta de yerba color de esmeralda,
De cabras el hato veíase pacer;
Y en tanto que yerbas y flores pastando
Estaban las unas, las otras rumiando,
Al son de la esquila mostraban placer;
Y mientras en el monte las cabras pacían,
A intervalos breves, y cerca se oían,
Dolientes cual ecos de llanto infantil,
De algún cabritillo los tiernos balidos,
Y en ellos, el triste, con sonos sentidos
Llamaba á su madre al caro redil
Del largo camino, un tanto cansada,
Delante de aquella campestre morada
En piedra terrosa veníame á sentar;
Y entonces, el cuadro á mis ojos presente,
Era, cual ni en sueños le viera en mi mente,
Y en vano intentára mi lengua expresar.
De rostro, aunque blanco, un poco tostado,
Que fresco animaba un tinte rosado,



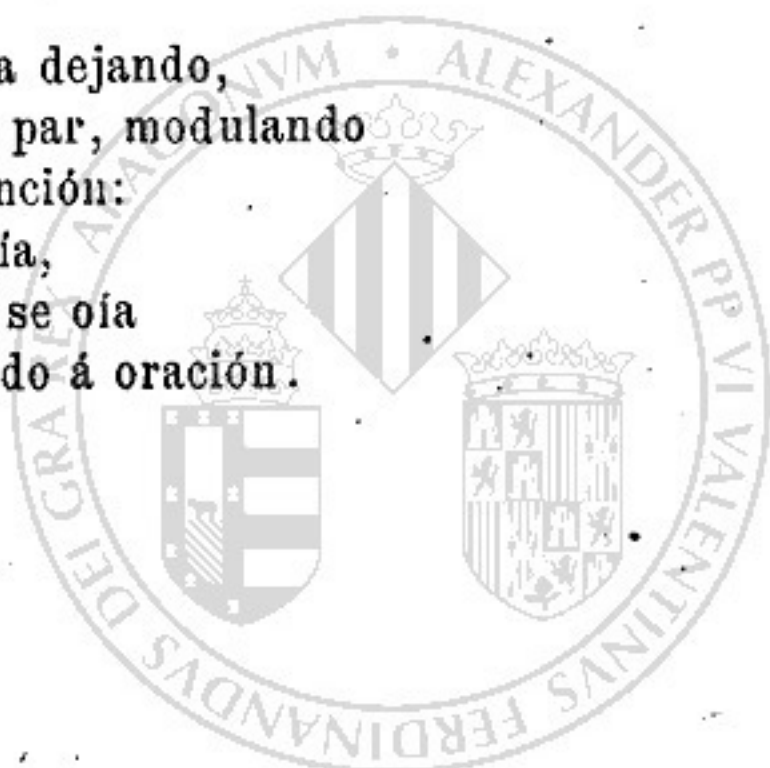
De franca sonrisa, mirada leal,
Los ojos oscuros, rasgados y bellos;
Cual perlas los dientes, y negros cabellos,
Mujer campesina, allí en el umbral
Del rústico albergue, entonces estaba,
La cual, en sus brazos amante estrechaba
A un niño pequeño de tez de jazmín,
Mejillas de rosa, labios de corales,
Cabellos de oro, y ojos celestiales,
Regalo sin duda de algún querubín.
Del niño y la madre, un poco apartada,
Frontera á la puerta, y en tierra sentada,
Había una muchacha de un lustro de edad;
Su frente, era espejo de la inteligencia
Cual lo eran sus ojos de amable inocencia;
Su dulce sonrisa, manaba bondad.
Aquella rapaza, bella hija del campo,
Con tierno conejo, de piel cual el ampo
De límpida nieve, graciosa y gentil,
En cándido juego, allí retozaba,
Y el dulce retozo, al par celebraba
Con risas ingénuas de gozo infantil.
Y de esta chicuela de faz hechicera,
La madre del niño, también madre era,
Y esposa del mismo dueño y mayoral
Del hato de cabras, entonces guardado
Por un muchachuelo, de todo el ganado
De aquel campesino, el solo zagal.
En tanto, en Poniente el sol se escondía;
Y ya sin fulgores su luz se extinguía;
Y viendo cercana la noche venir,
Pastores y reses el monte dejando,
Las ásperas peñas, ligeros trepando,
Del monte á la cumbre veía yo subir.
Y cuando el ganado reunido ya estaba,

Allí en el aprisco; ¡cuánto yo gozaba
Mirando las cabras una á una ordeñar;
Y cual, de las ubres, copiosa caía
La leche espumosa, que en chorros salía
Los sendos herrados viniendo á llenar!
Y luego, de leche tan blanca cual pluma
Del ala del cisne, cubierto de espuma
Y lleno hasta el borde, un vaso á beber
Poníame sedienta y gustosa, entre tanto
Miraba arrobada en plácido encanto,
Un cuadro bellísimo que aún pienso ahora ver.
La joven labriega que ví en la portada
Del rústico albergue, entonces, sentada
Con su hijo se hallaba bien cerca de mí,
La cual, una cabra, delante tenía,
Y cuya mamella, el niño cogía
Su boca aplicando color de rubí;
Y de él, las pequeñas manitas rosadas,
Asían dulcemente las ubres cargadas
Del jugo, que él solo quisiera extraer;
Y en tanto, la niña que de él era hermana,
Un fresco manojo de yerba lozana,
Risueña á la cabra le daba á comer.

.....

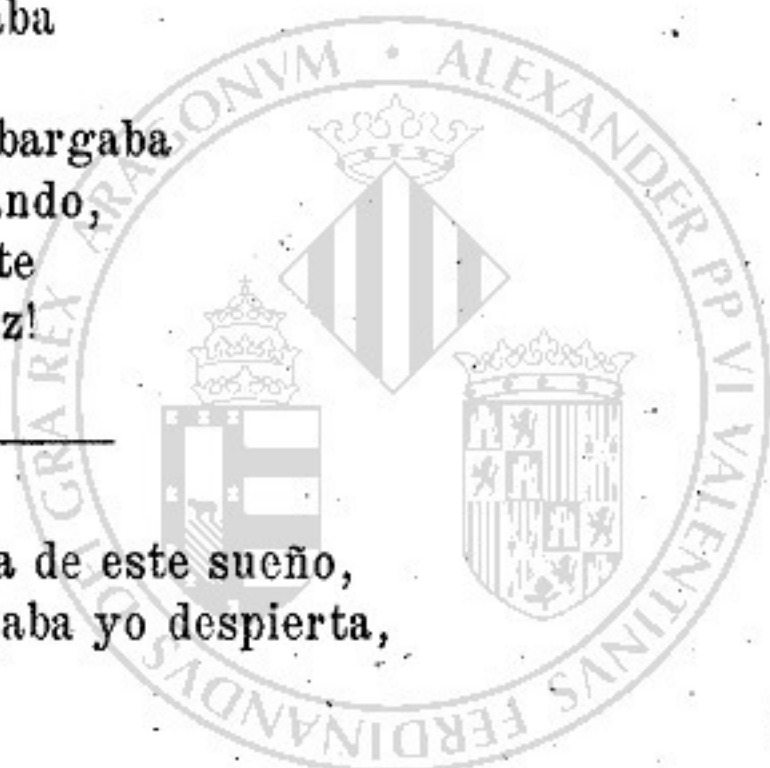
Tan bello paraje, con pena dejando,
Tornaba á mi albergue, y al par, modulando
Iba en el camino, sentida canción:
Y ya de regreso en mi casería,
De ermita lejana, la esquila se oía
Al toque del *Angelus* llamando á oración.

Mas ya anohecía;
Y á poco, sentada

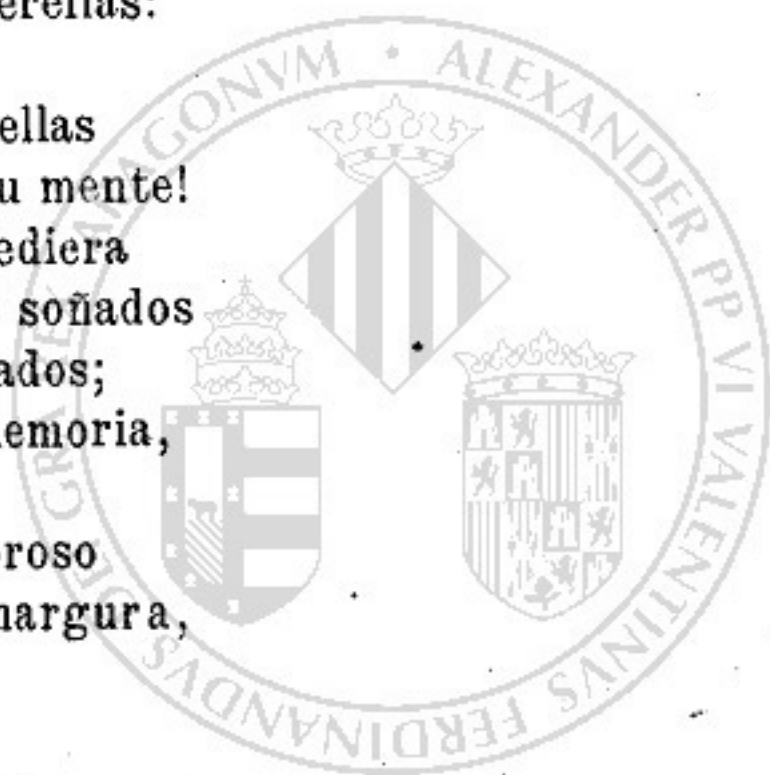


En amplia llanada
Bajo un cenador,
Verter yo veía
De lo alto del cielo,
La luna en el suelo
Su ténue fulgor.
Allí la miraba
Brillar dulcemente
Y al par de una fuente
Con plácido son,
El agua escuchaba
Caer rumorosa,
De taza anchurosa
En hondo pilón.
Mas luego me entraba
Debajo mi techo
Y me iba á mi lecho
Reposo á buscar;
Y al cielo elevando
Plegaria sentida,
Muy pronto dormida
Veníame á quedar;
Y un ángel, rozando
Mi faz con su veste,
Mis ojos cerraba
En célica paz;
Y mi alma embargaba
Un éxtasis blando,
Deliquio celeste
De dicha fugaz!

A tal punto llegaba de este sueño,
Que en mi mente forjaba yo despierta,



Y que por ser tan grato y halagüeño,
Llegué á creer que era mi dicha cierta;
Cuando de pronto, aquel cuadro esplendente,
Que hacía solo un momento,
Inundaba de luz mi pensamiento,
Despareció de mi exaltada mente!
Cuando tan dulce é inefable encanto
Cual niebla en el espacio, ví deshecho,
Sentí oprimido el pecho,
Y á mis ojos subir un mar de llanto!
Y de mi intensa pena, en la amargura,
Suspirando, á mí misma me decía;
«¡Oh! Si por dicha mía
»Fuese cierto este sueño de ventura!
»Si en realidad los sueños se tornáran,
»¡Cuán rápidas pasaran
»De mi existencia las felices horas,
»Que de este triste suelo
»Harían para mí un cielo
»De imágenes de dicha, encantadoras!»
Mas súbita, en fondo de mi alma,
Deteniendo su curso al pensamiento,
Una voz resonó en aquel momento
Diciendo así con magestuosa calma:
«Vanas á la verdad son tus querellas:
»No tu alma se lamente,
»Al ver que tantas ilusiones bellas
»Son no más que delirios de tu mente!
»Porque dime: si Dios te concediera
»Que esos delirios, hoy por tí soñados
»Tú vieses por milagro realizados;
»Cada vez que acudiese á tu memoria,
»De tu pasada historia,
»El recuerdo tan triste y doloroso
»Que llena tu existencia de amargura,

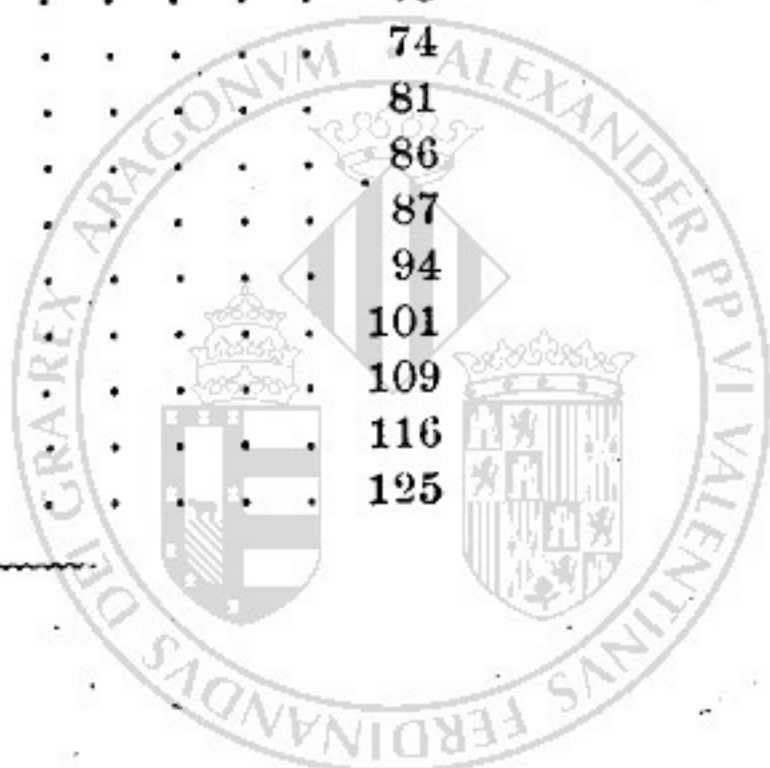


» Y turbó para siempre tu reposo;
» ¿Podrías gustar una hora de ventura
» Siquiera en abandono delicioso?....
» Esa serie de cuadros seductores
» Llenos de luz, de encanto y de poesía,
» Que formas y colores
» Tomaron en tu ardiente fantasía;
» Y cuando se mostraban más lucentes,
» No bien aparecidos,
» Los vistes con dolor desvanecidos
» Como serie de cuadros disolventes;
» Ese idilio, esos sueños inefables
» CASTILLOS que EN EL AIRE tú has formado;
» Pudieran ¡ay! ser nunca realizables
Mientras tú no olvidáses el pasado?



INDICE

	Páginas.
PREFACIO.	5
A S. M. la Reina Regente de España doña María Cris- tina de Austria.. . . .	13
El Pudor.	21
La Música.	23
La Gota de Rocío.. . . .	26
Cantares.. . . .	28
¡Oh dolor!	30
El Cementerio.. . . .	32
El Arpa, soneto.	36
Meditación.	37
El Cristiano por amor, oriental.	39
La Mujer.	44
La Hermana de la Caridad.. . . .	45
El Ruiseñor, imitación de Lamartine.	50
La Sultana, oriental.. . . .	53
A mi hija Blanca de edad de cinco meses.	56
A Dios, soneto.. . . .	61
¡Madre!	62
Al Corazón de Jesús, plegaria.	65
La niña muerta.	66
Sarcasmos de la Fortuna.	71
Gloria oculta.	73
Amar sin esperanza.	74
La oración de una niña al despertar.. . . .	81
Amor.	86
Poesía.	87
Tu retrato, á María.	94
La princesa Térmutis.	101
La copia de Rafael.	109
Yo nací para cantar.. . . .	116
Castillos en el aire, idilio.	125





FE DE ERRATAS

PÁGINAS	LÍNEAS	DICE	LEASE
7	22	periodo de tiempo	espacio de tiempo
8	21	Recordarán	se recordará
10	25	germinaron	germinaban
10	29	horroso	horroroso
15	27	cariñosa	cariciosa
16	1	febril	flébil
23	19	la suerte vaga	la mente vaga
27	2	fúlgidos diamantes	fúlgido diamante
33	13	armas sepulcrales	urnas sepulcrales
33	27	Que diversas y opues- tas emociones.	Que distintas y opues- tas emociones
35	2	oeste	veste
36	1	senti	sentía
42	24	en fulgor	su fulgor
43	4	Mientras	Mientra
44	10	Sería:	Será:
52	13	Ven	Ver
54	19	Ven	Ver
57	16	Cual es	Cual el
61	9	Así busqué	Así busque
66	10	Exento	Exausto
73	13	el genio preponente	el genio prepotente
75	24	adversión	aversión
82	29	Y las arañas	Y á las arañas
83	2	Tornado	Tornado
95	15	Celebrar	Celebran
106	19	al blando rullo	al blando arrullo
112	19	engalaua	en galana
122	29	Y mientras	Y mientra



Esta obra, es propiedad de su
autora, quien se reserva el derecho
de reimpresión y traducción.
Queda hecho el depósito que
marca la Ley.



